
jazmín
El cielo a tu alcance

El cielo a tu alcance

Jenny se quedó abatida después de la ruptura de su compromiso con Max. ¿Cómo iba a abandonarse a los sentimientos que surgieron en ella cuando conoció a Jack?

Pero él era un hombre decidido y no estaba acostumbrado a recibir un no como respuesta.

Jenny tendría que emplear todas sus fuerzas para luchar contra él.

CAPÍTULO 1

EN MENOS de diez minutos el cielo se oscureció amenazadoramente. Jenny conducía hacia el centro de la ciudad. El tráfico era denso. Se dirigió al aparcamiento del Consejo, no

muy lejos de la terminal de pasajeros de la bahía de Auckland. Después de cerrar el coche se encaminó calle abajo con la esperanza de llegar al vestíbulo de su oficina antes de que cayera la tormenta que anunciaban las nubes.

Jenny llegó a la esquina, se sacudió los pies y esperó a que los semáforos le dieran el paso. Levantó la vista y muy a su pesar, confirnó que enormes gotas de lluvia comenzaban a caer con rapidez.

-¡Qué mala suerte! -exclamó una voz junto a ella.

Cuando cambiaron las luces, la chica se apresuró a atravesar la calle. Jenny sonrió esquivando los peatones que buscaban refugio en el vestíbulo de los enormes edificios de oficinas. Al llegar a su destino, la joven se detuvo para secarse el rostro con un pañuelo de papel que sacó del bolso, en ese momento observó el borde de su falda, con una mueca de enfado. Estaba mojada y salpicada de barro.

¡Y el pelo! Sus largos rizos se le pegaban al cuello.

Con un suspiro, sacó otro pañuelo y empezó a secarse los brazos.

-¡Qué problema! --exclamó-, y en lunes.

Pensó si eso podría ser un presagio o algo parecido. Oprimió el botón del ascensor tres veces con impaciencia.

¿En dónde estaba el maldito ascensor? Seguramente uno de los cuatro aparecería en cualquier momento.

De pronto, Jenny se percató de que alguien la observaba. Se volvió con lentitud y encontró un par de ojos oscuros que la examinaban con curiosidad.

Si alguien se parecía a lucifer con seguridad era ese hombre alto y musculoso. Iba impecablemente vestido. Su rostro anguloso estaba bronceado y tenía el pelo bien cortado. «Este hombre tiene un aire satánico», pensó Jenny, incómoda. Un poco forzadamente, dirigió la mirada hacia las puertas del ascensor, convencida de que la imagen de ese individuo le molestaba.

Una señal electrónica anunció la llegada del ascensor y Jenny se subió con rapidez. El hombre también entró y se puso muy cerca de ella. De reojo, la chica se dio cuenta de que él continuaba observándola. Cuando llegaron al sexto piso, las puertas del ascensor se abrieron.

Con la cabeza en alto, Jenny salió y anduvo con paso ligero

hacia la oficina en cuya puerta había un rótulo que anunciaba a la compañía Roderick Shaw, Cantrell & Ogilvie.

-¡Qué tal! -Suzy, la recepcionista, la saludó con cara de excitación-. ¿Adivina quién es? -preguntó e hizo un gesto ante el sonido insistente del timbre que demandaba su atención.

Jenny sonrió y atravesó la recepción elegantemente amueblada. Avanzó por el pasillo alfombrado para dirigirse al tocador con la intención de secarse el pelo y retocarse el maquillaje antes de ir a su escritorio.

Pero hasta la hora del café, Jenny no tendría la oportunidad de contagiarse del entusiasmo de las noticias que tenía Suzy. Notó algo especial en el ambiente de la oficina, la reacción de sus compañeras le causó curiosidad.

-¿Qué tiene de maravilloso? ¿Como decís que se llama? ¿Benedict?

Use, la secretaria privada del señor Roderick, el socio mayoritario de la compañía, arqueó las cejas y miró a Jenny un tanto escandalizada.

-¿Cómo se llama? ¡Benedict!, querida Jenny, es el Benedict de Benedict, Benedict & Parteners. ¡Su oficina está en el último piso y manda sobre todos nosotros!

Lise hizo una pausa y luego continuó:

-El señor Benedict no solamente encabeza el bufete de más éxito, cuya enorme lista de clientes la forman lo mejor de la élite social de Auckland, sino que también es millonario y soltero... a los treinta

y cinco anos ha logrado eludir el matrimonio y créeme, el rótulo de «ámalas y déjalas» debería estar prendido en la solapa de cada uno de sus trajes.

Jenny frunció el ceño, desconcertada, mientras Suzy se tomaba su café.

-¡Me da escalofríos! -exclamó Suzy maliciosamente, retorciendo con los dedos un mechón de su brillante melena castaña.

-No me gustaría estar sola con él. ¡Nunca podría mantener la imagen de señorita sofisticada y frívola que suelo aparentar con casi toda la gente!

-Regresó a su oficina esta mañana, según dicen -intervino Judy con interés recorriendo con una mirada el rostro de las otras mujeres-. ¿Qué estragos causaría durante su último viaje? Todas las mujeres de los dieciséis a los sesenta años de edad se derriten junto a él. Me pregunto si aún sigue o ya dejó a aquella muchacha escandinava. Use, creo que es su nombre.

Judy tenía un brillo de interés en sus ojos grises.

-Sus relaciones eran evidentes antes de que él partiera a ese viaje al extranjero. Asistieron juntos a algunos bailes en fiestas de sociedad. ¡Si yo tuviera esa suerte! -añadió con envidia.

Suzy tornó unos sorbos de su café, pensativa.

-Creo que él tiene una fabulosa mansión en las afueras de Hall Moon Bay, muy extensa, y decorada con el estilo de una hacienda española. Tiene ¿¡ni¿¡ de llaves. En realidad recibe visitas muy a menudo.

Jenny las miró perpleja.

-Habláis de él como si fuera una estrella de cine. Con todo eso, ¿por qué no se ha casado?

-Demasiado precavido, Jenny -aclaró Judy con un poco de ironía y sarcasmo——. El solamente tiene que aceptar y un sinnúmero de chicas aparecerán corriendo. Así, ¿quién necesita casarse?

-Ma parece un hombre desagradable. Espero no tener la degracia de encontrarme con él -comentó Jenny, con énfasis.

-Lo sabrás si eso sucede... -insinuó Lise misteriosamente.

Sucedió antes ele lo que Jenny esperaba, fue durante la tarde en que Grant Ogilvie le preguntó si podría quedarse a trabajar más tarde, hasta terminar el borrador de una demanda que le interesaba presentar a un cliente a la mañana siguiente. La empresa daba en esas ocasiones una hora para cenar y a las seis en punto Grant se puso la chaqueta y esperó pacientemente en la recepción a que Jenny se retocara el maquillaje y se arreglara el pelo.

El restaurante se encontraba en una estrecha calle a unas cuantas manzanas de la oficina.

Había poca luz y se veían muchos clientes. Un camarero los condujo hasta una mesa vacía. De pronto, Grant oyó una voz y se volvió. Era el señor Benedict, que los invitaba a sentarse a su mesa.

-Muy amable por su parte, señor Benedict, ¿está usted seguro de que no le importa la intromisión? --preguntó Grant, indeciso.

Jenny se asombró al descubrir el diabólico destello de la mirada oscura del hombre que estaba sentado a escasos centímetros de ellos. ¡Así que él era el señor Benedict!

-No, en absoluto -respondió él con delicadeza--. No creo conocer a su secretaria. Grant -añadió una vez que tomaron asiento.

Su tono era burlón y Jenny sintió simpatía por la turbación del hombre más joven.

-Disculpe, por supuesto que no, ¿cómo podría conocerla? -se disculpó Gran-. Jenny, te presento al señor Benedict de Benedict, Benedict & Partners. Jenny Meredith.

Grant observó la reacción de Jenny y no tuvo la menor duda de

que ella ya había oído hablar sobre el señor Benedict. Su reputación en los tribunales era de respeto y admiración por parte ele los demás ahogados.

-Bienvenida a la comunidad legal, Jenny Meredith -dijo el señor Benedict con suavidad, mientras recorría con la mirada su cuerpo.

«Este hombre es una amenaza», pensó Jenny con enfado mientras hacía una ligera inclinación de cabeza como contestación.

-Le sugiero el filete mignon -añadió el señor Benedict---, es la especialidad de este sitio.

-¿Tú qué deseas, Jenny? -preguntó Grant, y su tono indicaba claramente que el gran hombre había hablado en favor del filete mignon y no había otra opción que pedirlo.

- Prefiero cordero asado con salsa de menta y verduras -afirmó la joven sonriendo.

-¿No quieres filete rnignon? --volvió a preguntar Grant, dudando.

-No.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro del señor Benedict.

Minutos más tarde, Jenny se sobresaltó cuando él se inclinó y tocó el anillo de plata que ella llevaba en el dedo anular de su mano izquierda.

-¿A su esposo no te importa que trabaje usted tan tarde? Cono si su mano la hubiera quemado, la chica retiró la suya y le miró con indignación. ¿Quién se creía que era para tener derecho a investigar su vida privada?

-No estoy casada, señor Benedict -contestó con frialdad. Él continuó examinando

su rostro.

-¿Y no tiene deseos de estarlo? -preguntó, sonriendo. Jenny le miró a los ojos y conteniendo su indignación, contestó: -Aún no estoy convencida de que algún hombre valga la pena.

-Dígame, ¿cuándo considera usted que un hombre vale la pena, Jenny Meredith? -continuó el odioso señor Benedict, con indolente persistencia.

Jenny sentía deseos de gritar, pero se contuvo. Con aparente calma, le aseguró:

-No creo que mi opinión le interese, señor Benedict, le agradeceré que se abstenga de divertirse a mi costa.

El señor Benedict miró sus bien formadas curvas, que se insinuaban bajo la blusa de muselina de color crema. El pelo, de color castaño claro, le caía por la espalda. Sus ojos eran de color avellano y en su mejilla izquierda aparecía un hoyuelo cada vez que

sonreía.

Tenía la piel tersa y su apariencia era delicada.

-No se adelante -concluyó enigmáticamente-. Me interesan sus opiniones.

Jenny le sostuvo la mirada con firmeza, consciente de su análisis. No podía evitar que ese hombre arrogante le causara recelo. ¿Por qué explicarle la razón por la que había decidido tapar la señal que le dejó en el dedo anular el anillo de compromiso que había llevado durante más de un año, hasta hacía cuatro semanas? Sintió que la hcrida volvía a sangrar al pensar de que Max decidió huir en el último momento. Solamente tres días antes de la boda, él le envió una carta desde el aeropuerto un poco antes de coger el avión que le llevaría a Sydney.

Aún se estremecía ante lo difíciles que habían resultado para su madre, viuda y para ella, las llamadas telefónicas que habían tenido que hacer y la devolución de los regalos de boda. Ante las miradas de burla que le lanzaban sus conocidos, ella sintió la necesidad de huir de todos ellos. Con fingida alegría, tuvo que guardar su traje de novia en el nuevo juego de maletas.

Auckland, Nueva Zelanda, una metrópoli en North Island, a más de cien kilómetros al norte de su pueblo de Tauranga, parecía el lugar ideal para empezar de nuevo. Su madre se retorció las manos con ansiedad cuando Jenny se negó terminantemente a ir a vivir, con un pariente lejano al barrio de North Shore. La joven sugirió alquilar un apartamento. Era una mujer independiente, con veinticuatro años, aunque aparentaba muchos menos.

Se registró en un hotel al llegar a Auckland y a los dos días encontró un agradable y moderno apartamento al este de Auckland Beach. Allí no había escasez de empleos para secretaria. Al principio pensó en (lar un completo cambio a su entorno judicial, pero la agencia de empleos la convenció de continuar dentro de la profesión legal teniendo en cuenta la atractiva oferta que uno de sus clientes hacía.

Al saber que la oficina estaba situada en un moderno y enorme edificio cercano a la bahía, Jenny aceptó.

Consciente de que el señor Benedict la miraba con insistencia, Jenny adoptó un aire de indiferencia y contestó:

-¿Ah, sí? -arqueó una ceja y le miró fijamente por una frac

ción de segundo-: Dudo mucho que su interés le durase, señor Benedict. En cualquier caso -continuó con falsa dulzura-, ¿no le parece que esta conversación no tiene sentido?

Él la miró furioso y Jenny se arrepintió de no haber pasado por

alto sus provocativos comentarios. Se dio cuenta del alivio de Grant cuando el camarero colocó sobre la mesa la exquisita comida.

-Se ha salvado de monmento, señorita Meredith -afirmó el señor Benedict al tiempo que firmaba la cuenta que le presentó el camarero--. Con permiso -dijo sin preámbulos mientras se dirigía con rapidez hacia la puerta de salida.

-Yo diría -afirmó Grant con expresión divertida-, que no ha terminado este episodio.

Jenny apretó los labios y desdobló la servilleta sobre sus rodillas.

-Pero, ¿quién se ha creído? -comentó con enfado-. ¡Oh, por Dios! Cambiemos de tema. Estoy segura de que si vuelvo a escuchar el nombre de Benedict, voy a gritar.

Cirant la miró con curiosidad mientras cortaba su carne.

-¿Tanto te desagrada?

Jenny asintió con vehemencia mientras miraba el plato que tenía delante. Se dio cuenta de que su aversión por el señor Benedict era exagerada.

Esa noche, un poco después de las nueve, llegó a su apartamento y al cerrar la puerta oyó que el teléfono sonaba con insistencia. Preguntándose quién podía llamar a esa hora, contestó rápidamante. Era su prima Dianne, que la invitaba a cenar con otras dos parejas al día siguiente.

«¡Qué fastidio!», pensó la joven. Dianne era bien intencionada, pero a ella no le gustó la idea. Jenny se negó explicando que había estado trabajando hasta muy tarde en la oficina, pero Dianne, inflexible, le recordó que era la tercera vez que no aceptaba. La joven accedió sin ánimo.

Al día siguiente por la noche, la joven se dirigió al aparcamiento del edificio después de haber pasado la tarde mecanografiando artículos y memorandums con gran número de cláusulas. Le dolía la cabeza y hubiera dado cualquier cosa por no salir esa noche.

Puso el coche en funcionamiento y dio marcha atrás para salir de entre dos coches. Estaba pensando en lo que se pondría para la cena, cuando sintió una sacudida acompañada del ruido de un choque. Apagó el motor alarmada, con un ligero temblor en el cuerpo, bajó y se dirigió a la parte trasera del vehículo. Sintió que el corazón se le detenía al ver que era el señor Benedict quien inspeccionaba la parte delantera de su Mercedes Benz.

Ese automóvil no se veía por ninguna parte cuando Jenny dio marcha atrás, pero no estaba dispuesta a perder el tiempo tratando de convencerle.

-Como se detuvo a medio salir de su aparcamiento supuse que había visto el coche por el espejo retrovisor e intentaría cederme el paso -comentó él, irónica--, si antes de echar marcha atrás hubiera tenido usted la precaución de mirar para los dos lados, se habría dado cuenta de que no había espacio suficiente.

Jenny le miró con fastidio, reconociendo muy a su pesar que él tenía razón.

-¡No es para tanto! -exclamó, malhumorada-. Usted debió tener cuidado al descender por la rampa para no aparecer detrás de mí con tanta rapidez.

-Mi estimada señorita -dijo él conteniéndose, y Jenny percibió sequedad en su tono de voz-. Está bastante claro que...

-Yo no soy su estimada de ningún modo -le interrumpió furiosa.

-Y no será estimada por nadie, si insiste en ser tan quisquillosa -contestó con aspereza.

Sus palabras la hirieron profundamente. La cabeza le zumbó al mismo tiempo que sintió un pinchazo en los párpados... eran lágrimas a punto de brotar.

-Parece que el daño no ha sido grave en ninguno de los dos coches -logró decir, vacilante, al mismo tiempo que comprobaba que el faro izquierdo estaba roto.

No le cabía la menor duda de que el coche de él había sufrido el mayor daño.

Jenny abrió el bolso y buscó un papel y una pluma.

-Creo que el procedimiento correcto es intercambiar nuestros datos.

Tuvo la sensación de que escribía con demasiada prisa su nombre, dirección y número de registro.

El señor Benedict cogió en silencio el papel que ella le entregó y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta; enseguida sacó una agenda de piel y una pluma. Garabateó algunas líneas, despegó la página y con una reverencia se la dio.

-Au Revoir, Jenny Meredith -exclamó sin quitarle la vista de encima, mientras ella guardaba el papel dentro del bolso y se retiraba dando la vuelta por la parte trasera del coche.

La chica se dio cuenta desde un principio de que el coche de él la seguía por la carretera y cuando giró, no pudo resistir la tentación de echar un vistazo por el espejo retrovisor. Él sonrió y agitó la mano en señal de despedida, hecho que le aceleró a Jenny el pulso e hizo que la sangre acudiera a su rostro debido a la indignación que sintió. Habiii sido culpa de él, estaba segura de ello, pero la había hecho sentirse como una incompetente

quinceañera.

Esa tarde, el tráfico era denso y tardó más tiempo del acostumbrado en llegar a su apartamento. Una vez dentro, tiró su bolso, se quitó los zapatos y empezó a revisar los sobres que había cogido del buzón al entrar. La cuenta de la luz, un folleto con las ofetas de la semana para el hogar y una carta de su madre. Hora y media más tarde, después de bañarse y arreglarse el pelo, se dispuso a leer la carta de su madre mientras se secaba el pelo. Al parecer su hermana, Jane, cinco años menor que ella, estaba otra vez cn dificultades. Había reservado un billete de avión para Australia: quería viajar con otras dos chicas tan irresponsables como ella. Y Jenny debía ir el fin de semana para tratar de disuadirla.

La joven sonrió recordando que a los diecinueve años, Jane sabía lo que quería y se dedicaba a conseguirlo. Mientras se pintaba las uñas pensó que un fin de semana en su casa no era mala idea. Sería agradable tener atenciones con su madre y por el bien de Jane, trataría de convencerla de que su hermana era suficientemente capaz ele cuidarse sola, estuviera en Melbourne o Mount Isa.

Dianne y su esposo George pasaron por Jenny a las siete y media y le presentaron al hombre que habían elegido para ser su pareja esa noche. Jim Bickerton era de mediana estatura, su pelo era de color rojizo.

Los ojos de Jim brillaron con un destello de admiración al ver lo atractiva que era la joven. Los dos, él y Jenny, intercambiaron un ligero guiño cuando Dianne mencionó su título en medicina... ¡nada menos que un médico! En el restaurante se unieron a ellos dos parejas ntás. El grupo estaba completo y Jenny supuso que debía agradecerle a Dianne y a George que la hubieran incluido en esa reunión.

Le resultaba difícil convencer a Dianne de que aún era demasiado pronto para entablar amistad con otros hombres y que prefería ser independiente un poco más de tiempo.

En el restaurante, Jenny pidió filete mignon y mentalmente se aseguró de que la preferencia del señor Benedict por ese plato no tenía nada que ver con su elección. Algo debía funcionar mal en su interior, se reprochó, el último hombre en quien hubiera deseado pensar era en el odioso señor Benedict. Instintivamente, su mirada recorrió el lugar. En una apartada esquina encontró un par de brillantes ojos mirándola con atención.

¡El señor Benedict en persona, ni más ni menos! A su lado se encontraba una hermosa rubia. Ella era muy sensual, notó Jenny al

verlos bailar momentos más tarde. Vestía un modelo precioso, que revelaba una espléndida figura que el más severo crítico aprobaría. ¿Sería ella Ilse, la muchacha escandinava que le habla mencionado Judy?. no pudo evitar notar que el señor Benedict se movía con mucha agilidad y que había en él un aire peligroso. Recordaba el trozo de papel con su nombre escrito «J. Bertedict». Cómo se llamaría, qué nombre podía representar esa letra.

Jim Bickerton resultó ser un agradable compañero. Era fácil conversar con él y Jenny se sintió un poco culpable al recordar que había pensado que su compañía sería aburrida. Corto, compensación aceptó salir con él a una fiesta la noche siguiente, luego se arrepintió porque era demasiado agradable para darle falsas esperanzas.

La mañana del miércoles tuvo varias sorpresas para.lenny. Grant Ogilvie estuvo fuera de la ciudad durante el día y olvidó dejarle preparado el dictáfono. Bryce Shaw estaba en la corte, no regresaría hasta avanzada la tarde, y las otras chicas no tenían trabajo pendiente que entregar. Suzy era la única que parecía necesitar ayuda. Jenny observó con exasperación la gran canasta llena de expedientes listos para archivar. Qué remedio quedaba. debería ponerse manos a la obra y ordenarlos todos.

Jenny trabajó tenazmente subiendo y bajando por la escalera portátil muchas veces para colocar los expedientes en su sitio. No se dio cuenta (le que la puerta se abría hasta que oyó que las bisagras chirriaban, pensó que sería Suzy para invitarla a quc la acompañara a tostar el té de la mañana. Con rapidez, subió al escalón más alto para poder colocar uno de los expedientes en la parte superior del archivador.

-Solamente tardaré un momento. Pásamelo Suzy, esta allí -Jenny sonrió y entonces hizo la pregunta quc le había estado aguijoneando desde la noche anterior--. Por cierto, ese insoportable hombre, ese tal Benedict, ¿qué significa la J. de su nombre?

Huho un momento de silencio y entonces ella se quedó helada al reconocer el tono seco e inconfundible del hombre que estaba detrós de ella.

-Jack, Jenny Meredith, Jack Benedict.

La joven tragó saliva, nerviosa, deseando con toda su alma que se la tragara la tierra.

-¡Oh! ¿Quería usted verme? -preguntó segundos después, al ver que él no daba ninguna explicación por su súbita aparición en la oficina ele archivos.

-Preferiría hablar cara a cara, si no es demasiado pedirle, a pesar

de que sus caderas sean tan atractivas -finalizó el señor Benedict burlonamente.

-¡Oh, es usted el más...!

La joven se volvió con rapidez y no pudo evitar perder el equilibrio.

Cuando estaba a punto de caer, él la atrapó con facilidad y ella forcejeó con desesperación para librarse de la terrible fuerza de sus brazos.

-¡Detente, preciosa! -exclamó con suavidad.

Un destello de misterio apareció en aquellos ojos oscuros que tenía a sólo unos centímetros por encima de su cabeza.

-No me llame así -gritó la chica airada.

Estaba enfurecida porque él había usado tan a la ligera ese apelativo cariñoso, que ella no consideraba un halago.

Con gran esfuerzo, Jenny controló su acelerada respiración, se arregló la falda del vestido de punto que llevaba puesto y aparentando docilidad, preguntó:

-¿Deseaba usted verme?

El señor Benedict la miró con impaciencia.

-Supone bien, señorita Meredith -respondió con firmeza-, ayer omitió anotar el nombre de su compañía de seguros.

Jenny parpadeó ante aquella formalidad. Él la estaba poniendo en su lugar y lo había hecho bien, pensó enfadada.

-¡Oh, perdón! -logró decir con sobriedad, mirándole a los ojos-. Es la State Insurance. ¿Necesita el número de póliza?

-No. gracias, ya no le quitaré más tiempo -le dijo al mismo tiempo que se alejaba hacia la puerta.

Jenny le vio desaparecer. Se preguntaba por qué él había preferido ir personalmnte en vez de usar el teléfono. El recuerdo de sus brazos alrededor de su cuerpo durante aquellos breves segundos la estremeció más de lo que ella se atrevía a reconocer. Poseía un poderoso magnetismo... peligroso. Comprometerse con algún hombre era lo último que deseaba y mucho menos con Jack Benedict, ¡dehería estar loca! El resultado final de una relación con un hombre como él parecería como el de un guión de película. Frecuentaría a una joven, la colmaría de halagos y la seduciría con experta facilidad para después dejarla abandonada. Muy bien, ella no caería en su trampa.

Algo que la tranquilizó fue que había muy pocas probabilidades de volver a ver a Jack Benedict, salvo, tal vez, en el ascensor o en el vestíbulo de la planta baja. Él se movía en un círculo social muy diferente al que ella frecuentaba y las posibilidades de verle fuera



de la oficina eran muy remotas.

CAPÍTULO 2

JENNY aprovechó la hora de la comida para ir de compras y eso le levantó el ánimo. Dentro de una amplia caja de cartón, estaba un vestido de ensueño: era largo, de muselina india de color crema. Tenía un escote muy pronunciado, más de lo que ella hubiera deseado. Las mangas eran largas, recogidas en los codos con algunos lazos de encaje. Con su piel de color miel y su pelo castaño era una elección perfecta. Jenny esperaba ponérselo esa noche.

Hahía tiempo para tomar un baño, arreglarse el pelo y maquillarse con especial cuidado. Jim no pasaría por ella hasta las ocho y media, pero a pesar de eso, Jenny se sentía nerviosa. Ésa sería la primera vez que ella saliera a solas con un hombre desde que Max la había plantado; extrañamente sentía como si hubiera pasado mucho tiempo desde entonces, pero en realidad no era tanto, sólo cinco semanas y a pesar de ello no le dolía corto debiera.

Jim llamó a la puerta pocos minutos antes de lo convenido y lanzó un silbido de dmiración al contemplarla.

-¡Estás muy hermosa! -exclamó---, no habrá un solo hombre en la fiesta que no desee que desaparezca para intentar pretenderte.

Jenny rió alegremente al coger el bolso de noche y cerrar la puerta.

-Gracias por esas amables palabras, estimado señor. Pero has de saber que soy muy fiel, en las buenas y en las malas, estarás condigo toda la velada.

La sonrisa de Jim mostraba que estaba encantado.

-El placer es todo mío, créeme.

Se dirigieron hacia Howick, barrio que se encontraba en el sureste de Bucklands Beach, donde estaba el apartamento de Jenny-Jim le había dicho la noche anterior que un médico amigo de él se iba a casar pronto y había comprado una casa. Esa noche ofrecía una fiesta para inaugurarla.

Jenny admiró la casa tan pronto como bajaron por la escalera que llevaba a un amplio salón. Parecía una mansión; sus muebles eran de buen gusto. Había música suave y gente por todas partes. Jim localizó a sus amigos y se los presentó.

Hasta después de quince minutos la joven no se sintió relativamente tranquila, ayudada sin duda por un vaso de una bebida que contenía alcohol, y cuyos ingredientes eran desconocidos para ella. Cuando sus ojos empezaron a acostumbrarse a la poca luz, descubrió que había algo familiarmente molesto en aquella alta figura que estaba a poca distancia. Los hombros anchos... En ese instante él volvió ligeramente la cabeza y su perfil

se distinguió con claridad.

-¡Santo cielo! -Jenny sintió un nudo en la garganta y una peculiar tensión la invadió-. ¡Maldición!

-¿Qué pasa, Jenny? Parece como si hubieras visto un fantasma -dijo él al notar el brillo de sus ojos y el temblor de sus manos.

Jenny le miró como si deseara refugiarse en él.

-¿Qué te hace pensar eso? Tal vez lo que pasa es que se me está subiendo a la cabeza esta bebida -contestó.

Era poco probable que Jack hubiera llegado solo, pero de cualquier manera, ella debía apartarlo de su mente si no deseaba nada con él. Benedict resultaba demasiado atractivo era capaz de inquietar los pensamientos ele cualquier muchacha, « en especial los tuyos, Jenny», pareció decirle una voz en su interior.

-En ese caso será mejor que comas algo -sugirió Jim, dirigiéndose a una pequeña mesa de servicio para coger algunos bocadillos. Jenny le sonrió y cogió un poco de queso de tina bandeja.

-¡Tu método es efectivo, doctor! -bromeó al tiempo que daba un pequeño mordisco a un trozo de queso.

-¿Hubieras preferido que no lo intentara? -le preguntó agudamente Jim.

Jenny movió la cabeza de un lado a otro.

-No, eres un joven muy agradable, Jim Bickerton -agregó con dulzura brindándole una amplia sonrisa.

-Y tú me lo agradeces como si fuera tu hermano -enfatizó él con un ligero pestañeo de sus ojos azules.

-Si tuviera un hermano no sería tan delicado como tú -respondió la joven tratando de ser agradable.

En ese momento los anfitriones invitaron a Jim a subir a conocer una habitación que habían acondicionado como laboratorio.

-¿No te importa, Jenny? -le preguntó con seriedad-. No estaré ausente mucho tiempo.

La chica le sonrió con naturalidad.

- No me atrevería a decir que sí -contestó alegremente. Pero cuando se quedó sola empezó a ponerse nerviosa. Después de todo, quizá no la hubiera visto, pensó.

-¿Se divierte, Jenny Meredith?

La voz de Jack Benedict la sacó bruscamente de sus reflexiones.

-¿Debo suponer que usted no? -preguntó sintiendo que su corazón comenzaba a latir apresuradamente.

-¿Por qué imagina eso? -preguntó, y sus ojos brillaron con cierto misterio al ofrecerle un cigarrillo.

Jenny vaciló un momento, pero enseguida cogió el cigarrillo y lo colocó entre sus labios, se inclinó para coger fuego del encendedor mientras observaba la mano bronceada de él.

-No ha contestado a mi pregunta -inquirió, imperturbable, observando la mano temblorosa de Jenny.

«¡Qué molestia de hombre!», pensó Jenny. Ella no acostumbraba a fumar, lo hacía sólo en reuniones sociales y esto provocó que se notara su falta de experiencia. De repente él le quitó el cigarrillo de entre los dedos. Con determinación, lo apagó en un cenicero y se volvió para mirarla.

-Las niñitas como tú deberían estar metidas en la cama desde muy temprano y no salir de noche -le aconsejó con una inclinación.

Jenny le miró con hostilidad.

-¿Ah, sí?-dijo con insolencia y añadió-: ¿A salvo de perversos lobos que desayunan niñitas?

Sintió un escalofrío cuando encontró en su mirada un destello de mofa. ¡Realmente ese hombre era una amenaza!

-¡Magnífico! -exclamó Jack Benedict, escudriñando con indolencia las facciones de Jenny.

La chica controló su inconsciente deseo de pegarle y desvió la mirada hacia el impecable nudo de su corbata de seda. Llevaba una ropa muy elegante, sin duda alguna, un hombre de la posición de Jack Bcnedict tendría por costumbre acudir a los mejores sastres para hacerse sus trajes.

-Esta conversación parece demasiado ridícula, ¿no lo cree así, señor Benedict? -preguntó la joven en un intento de no parecer tan maleducada.

-Estoy de acuerdo con usted, Jenny Meredith -respondió él-. Te sugiero que olvides eso del señor Bcnedict fuera de la oficina, recuerda que hemos sido presentados formalmente.

Jenny tocó con la mano izquierda parte de la fina muselina de su vestido y miró a los detrás invitados.

-Dudo mucho que nuestros conocidos aprueben mi comportamiento al llamarte por tu nombre de pila -replicó, tranquila-. Es poco probable que nos reunamos a menudo.

Con tono sombrío, corto si se hubiera torrado tiempo para escoger las palabras adecuadas, él le dijo, enfadado:

-Entonces permíteme informar a nuestros conocidos de que cenarás conmigo mañana por la noche.

Jenny abrió los ojos con incredulidad, sentía que el rubor encendía sus mejillas.

-Perdón, pero yo no pensé que...

-¿Por qué no? -la interrumpió.

Jenny vaciló. En su cabeza había una caótica mezcla de emociones.

-No me gusta intervenir en esta clase de juegos -logró decir por fin, dispuesta a encontrarse con una amonestación en su mirada.

-Te invito a cenar conmigo, no a compartir mi cama. En contra de tus pésimas conclusiones, no necesariamente espero una cosa seguida de la otra.

Jenny sintió un mareo, estaba avergonzada y sentía que la sangre se agolpaba en su rostro, era solamente por educación por lo que no se decidía a darle la espalda a ese odioso y arrogante hombre.

-Disculpe, señor Benedict, pero no puedo aceptar. De cualquier manera, estoy segura de que tendrá una multitud de números telefónicos pertenecientes a hermosas mujeres, de las cuales, cualquiera estará encantada de recibir su invitación -terminó, con aparente dulzura.

-¿Puedes o no? -dijo con calma-. Dime, Jenny Meredith, ¿es por el compromiso que tienes con el hombre con quien has venido acompañada esta noche. por que no quieres acompañarme? Dudo mucho que él sea capaz de controlar todas las emociones que hay dentro de ti y que amenazan por salir.

-¿,Qué atrevimiento es éste? -preguntó, furiosa.

-¡Oh, siempre he sido atrevido, Jenny Meredith! -sonrió—-. Te llamaré mañana a la oficina.

-Perderás el tiempo -contestó Jenny.

-Ese juicio déjamelo a mi -replicó con enfado.

Le costó un esfuerzo respirar tranquila y aparentar estar normal, pero lo logró en el momento en que Jim llegó a su lado. Ella esperaba que Jack Benedict se escabullera pero él permaneció junto a ella durante diez minutos o niás, dando la apariencia de ser un amigo encantador. Cuando Jack se retiró, Jim le preguntó si había algo más entre ellos.

Jenny lo negó con énfasis, pero no logró convencer a Jim de que no le unía nada a ese hombre. sólo aumentó su curiosidad, cosa que la enfadó aún más.

-Me es completamente indiferente ese hombre -declaró con vehemencia-. Jack Bcnedict es demasiado egoísta y si nunca vuelvo a verle, estaré complacida de ello.

-Me parece que protestas demasiado -observó Jim con suavidad.

-¡Jim Bickerton! Te lo advierto, si vuelves a mencionar el asunto, o el nombre de ese hombre otra vez, llamaré un taxi y me

iré a casa -exclamó, furiosa.

-Está bien, está bien -Jim se rió y puso las manos como escudo para defenderse--. Lo prometo.

Jenny se calmó poco a poco: se sentía avergonzada.

-Perdóname, en realidad yo... –dijo arrepentida, levantando una mano para echar hacia atril un mechón de pelo que había caído sobre su mejilla-, ¡es que ese hombre me irrita!

-Bien, vamos a movernos un poco. Hay una pareja que quiero que conozcas y si deseas bailar podemos hacerlo al final del salón. Jenny sonrió. Tratando de borrar la seriedad del rostro de Jim. añadió, dejando su vaso:

-¡Pensé que nunca me lo pedirías!

Jim movió la cabeza fingiendo desesperación y la condujo hasta donde se encontraban algunas parejas bailando.

-Me permito recordarle, estimada señorita, que debo presentarme en el hospital mañana a las siete de la mañana. Tú tal vez tengas tina gran energía después de permanecer sentada en una oficina todo el día, pero yo soy un médico muy ocupado.

-Eso quiere decir que me llevarás a casa antes de la media noche, ¿no es así? -preguntó con coquetería al empezar a balancearse al ritmo de la música.

-¡Sí! -afirmó mirándola a los ojos.

La risa de Jenny era alegre, contagiosa, daba un especial brillo a su mirada.

-Me preocupan tus pacientes, Jim Bickerton. Creí que los médicos eran jóvenes llenos de dedicación.

-Sí, lo somos—contestó sonriendo-, pero no excluimos los pequeños placeres de la vida.

-Si tú piensas lo que yo pienso... -dijo Jenny apasionadamente, pero su acompañante la interrumpió.

-Ese brillo dorado de tu pelo tiene alguna razón de ser -recalcó Jim, dándole un ligero apretón en una de sus mejillas-. Tranquila, Jenny, nunca avanzaré a menos que la victoria sea una conclusión inevitable.

-¿Y conmigo lo será'? -preguntó con calma, viendo cómo él movía la cabeza de un lado a otro con solemnidad.

-De ningún modo, pequeña. La coquetería no es tu estilo. Dime, ¿qué piensas de Auckland? -le preguntó cambiando de conversación mientras giraban al compas de la nostálgica melodía.

-Admiro tu forma de cambiar de tema de conversación -comentó Jenny-. Te haré mi mejor descripción de los atractivos de Auckland. Las tensiones son mayores que en Tauranga. Todos tienen prisa para

llegar al trabajo o regresar a casa. A la hora de mayor tráfico, la ciudad se convierte en un manicomio. Pero amo las playas

y las calles de los barrios. Hay casas antiguas magníficas y otras de los estilos más modernos.

-Mi padre tiene una lancha bastante grande que la familia usa los fines tic semana, si el tiempo lo permite. Quizá quieras unirte a nosotros el próximo domingo -sugirió Jim-, te llamaré mañana por la mañana, después de que me haya asegurado de la hora a la que nos marchamos.

Jenny se negó con un movimiento de cabeza.

-¡Oh, Jim, me gustaría tanto, pero no puedo este domingo! ¡Tengo que ir a casa, pero en otra ocasión iré con gusto! -le aseguró.

-Está bien -respondió Jim.

Era una fiesta divertida, aunque Jenny descubrió ocasionalmente una sonrisa dirigida hacia ella de Jack lenedict. A él no le faltó compañía femenina, siempre que le miró parecía haber una chica diferente a su lado, lo que hacía casi imposible adivinar cuál (le ellas era su acompañante esa noche.

Cuando Jenny se marchó con Jim, un poco después de la media noche la fiesta parecía que duraría algunas horas más.

Jenny tomó un sorbo de café, depositó la taza en el plato y echó un vistazo por el pequeño salón que las jóvenes utilizaban para la hora del café.

-No parece que lise siga siendo la número uno con Jack llenedict -explicó Judy, animada, al tiempo que cogía un bizcocho de la bandeja y le daba un mordisco-. Le vi la otra noche en compañía de una mujer alta y rubia, tipo nórdico; ellos estaban en el mismo restaurante que Bill y yo.

Jenny levantó la cabeza y las miró. ¿Cuál sería la reacción de sus compañeras si ella les dijera que Jack Benedict había estado en la misma fiesta a la que ella asistió en compañía de Jim la noche anterior y aún más, que la había invitado a salir?

El timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos, Suzy se dirigió hacia la recepción para cogerlo. Volvió enseguida con una brillante sonrisa en su expresivo rostro.

-Es para ti, Jenny... -le anunció con intencionada voz.

Jenny la miró sorprendida y dejó su taza con café sobre la mesa

-Ésta en tu extensión -Suzy sonrió bonachonamente al ver a Jenny dirigirse hacia la puerta.

«Jim», pensó Jenny. «Debe ser Jim para acordar la fecha en que saldremos la próxima semana».

-Hola -contestó la joven con calma-. Soy Jenny Meredith

Casi se cae al suelo por la sorpresa al escuchar la profunda e inconfundible voz de Jack Benedict a través de la línea telefónica.

-Buenos días, Jenny Meredith, soy Jack Benedict. Su voz era tremendamente atractiva.

-Buenos días --contestó la joven.

-Por tu falta de entusiasmo, ¿debo suponer que mi invitación a cenar será rechazada?

-¿Por qué yo, señor Benedict? -preguntó Jenny sorprendida.

-¿Por qué no Jenny Meredith? Acepta, no me digas que tienes miedo de cenar conmigo.

-No del todo. Sería una pérdida ele tiempo... para ti -respondió con firmeza torciendo los labios en espera de su irónica respuesta.

-Pasaré por ti a las siete.

-No, yo no... -se interrumpió al escuchar un ligero zumbido en el aparato en lugar de su voz.

Jenny se echó el pelo hacia atrás con un movimiento de enfado. ¡Jack tenía la arrogancia y seguridad del diablo! Bien, aceptaría salir con él solamente para probarle que era insensible a sus galanteos.

-¿Y bien? -Suzy llegó de la otra oficina con aire inquisitivo-, ¿te ha pedido una cita?

Jenny sonrió.

-Sí, Suzy, para cenar esta noche.

-¡Oh, eso es maravilloso! -los ojos de Suzy brillaron con placer-. ¿Qué te vas a poner?

Jenny rió y movió la cabeza ele un lado a otro en señal de desaprobación.

-¡Dame tiempo, apenas acabo de colgar el auricular!

-Está bien -le sonrió Suzy con simpatía--. Pero recuerda conlarme todo mañana a la hora del té.

Jenny le hizo un gesto y se dirigió a su escritorio.

-Eres tan terrible y traviesa como mi hermana Jane.

-Bien, si al final no puedes decírmelo, no me meteré -contesló Suzy sonriendo, mientras se iba.

Jenny se pasó el resto del día afligida, no sabía si llevar un vestido negro o una falda de color rojo, hasta el tobillo, con una blusa entallada. Cualquier elección sería buena, pero el vestido negro era infinitamente más llamativo. Al final, se decidió por la falda roja y la blusa blanca. Si quería tener éxito en convencer a ese hombre de que estaba persiguiendo una causa perdida, entonces no debía llevar nada extravagante.

Más tarde, Jenny conternpló su apariencia en el espejo. Su pelo

caía por su espalda. Con un profundo suspiro, cogió el bolso de noche y miró su reloj ele pulsera. Un minuto antes de las siete, se oyó el ruido de un coche en la entrada y a Jenny se le aceleró el pulso.

-Buenas noches -le dijo ella al abrir.

-Encantadora, Jenny Meredith --dijo a su vez Jack mientras su mirada la recorría de pies a cabeza.

-¿Nos vamos? -sugirió la joven con sequedad.

Jack se apartó y la siguió al coche.

-No te voy a comer -le dijo apenas dirigió el automóvil hacia la ciudad.

-No te lo permitiría, Jack Benedict --añadió la joven.

Los labios masculinos se curvaron en una sonrisa.

-Entiendo perfectamente.

Jenny prefirió no hacer comentarios, hasta que llegaron al restaurante y ocuparon una mesa en un discreto rincón.

-Tal vez prefieras ver el menú --sugirió con amabilidad- entonces me dirás lo que te apetece.

Jenny le miró y dijo:

-Gracias.

El camarero se presentó con la carta ele vinos y Jenny comprobó, después de una breve consulta, que estaba de acuerdo con la selección de Jack, quien mostró preferencia por un excelente vino blanco de la región.

-Si te aconsejara el pollo a la fricassée, sin duda preferirías langostinos o cualquier otro plato que no se asemejara en lo más mínimo al pollo -comentó Jack, irónico.

-Al contrario -replicó Jenny con dulzura-. ¿Quién soy yo para dudar de la opinión de tan buen conocedor?

Jack arqueó las cejas en señal de regocijo.

-Bien, bien -exclamó-. ¿Esto puede ser una tregua en perspectiva?

-Pollo a la fricassée y melocotones flameados de postre -pidió Jenny, prefiriendo ignorar su pregunta maliciosa.

Jack levantó su copa de vino y la llevó con solemnidad hasta sus labios.

-Creo que tenernos una interesante conversación pendiente, la cual fue interrumpida hace algunas noches -la miró en silencio-. Estabas a punto de decir cuándo consideras, Jenny Meredith, que un hombre vale la pena.

La chica le miró con incredulidad.

-No esperarás que te conteste a eso, ¿verdad?

Los labios de Jack se curvaron en una forzada sonrisa.

-Claro que sí, Jenny. Estoy seguro de que tu respuesta será importante.

-Creo que no, de hecho, estoy segura de que tú no lo harías. -Oh. no, no estoy de acuerdo -murmuró con suavidad. Jenny tomó aire con un gesto de impaciencia.

-Muy bien -dijo molesta-. Algunas cualidades son honestidad, paciencia y comprensión.

-Eso parece digno de elogio, Jenny Meredith. Pero, ¿qué hay acerca de la total consumación del fuego de la pasión? ¿O es que esa emoción no entra en tu ideal de pareja? -preguntó Jack.

Jenny sintió que sus mejillas se teñían de rojo, cogió su vaso de vino y tomó un sorbo.

-¡Tus comentarios irónicos me parecen molestos y como no soy una de tus numerosas admiradoras, me niego a permanecer aquí para ser objeto de tu cinismo!

Colocó el vaso sobre la mesa y con un movimiento hizo el intento de marcharse. No supo si su gesto llamó la atención, todo lo que deseaba era huir de ese hombre que estaba sentado frente a ella.

-Estoy apenado por mi brutal comportamiento, siéntate -le pidió Jack tratando ele persuadirla-. Por favor, Jenny.

La chica le miró indecisa. En ese presiso momento llegó el canrerero con los apetitosos platos de pollo a la fricassée. Jack buscaba su mirada con avidez.

-Te prometo no pronunciar palabra hasta que hayamos cenado-dijo muy serio.

La joven le miró con cautela, después, centró su atención en la srromática comida. Extrañamente, su mutuo silencio durante el resto de la cena no fue incómodo para ninguno de los dos. Una o dos veces Jenny le miró y encontró con desconcierto que él la observaba de forma enigmática.

-¿bailarás conmigo, Jenny? -preguntó Jack después de que el camarero retirase los platos vacíos.

La joven le miró por encima del borde de su copa de vino e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Pero desgraciadamente, la música se convirtió en una suave y ensoñadora melodía que hacía bailar muy juntas a las parejas. Ella quería retirarse de él, evitar cualquier contacto, pero sus brazos la rodearon con fuerza y la estrecharon contra su cuerpo. Con severidad, Jenny se dijo que debería odiar ese momento, pero por extraño que pareciera, se sentía en paz con ella y con Jack Benedict.

Sentía algo especial al permanecer entre sus brazos, como si se hubieran conocido en otro mundo y ahora sus almas se encontraran. ti sueño era tan real que cuando sintió una sacudida que la empujó contra el no hizo el menor esfuerzo por evitarlo y a los pocos segundos sus brazos se aferraron al cuerpo de Jack. Le pareció que pasaba un siglo antes de que la música cambiara y ellos se dirigieran hacia la mesa.

-¿Cenarás conmigo mañana?

-Lo siento, pero no puedo. tengo que ir a mi casa este fin de semana. precisamente mañana por la tarde al salir de la oficina. Gracias -respondió tranquila.

-Entonces, tendré que esperar hasta la semana que viene.

-Tal vez -respondió Jenny.

No sería prudente volverle a ver. Se había sentido demasiada atraída y eso era peligroso.

Momentos más tarde. Jack detuvo el coche frente a la puerta de apartamento; vio que Jack apagó el motor y bajó del coche para abrir le la puerta. Sin pronunciar palabra, ella descendió, apretando el bol so, como si eso le proporcionara una cuerda de salvamento.

-Au Revoir, Jenny -dijo Jack, mientras inclinaba la cabezí para rozar con los labios su sien.

-Buenas noches --contestó, temblorosa.

Dió media vuelta y se dirigió hacia la puerta, metió la llave en la cerradura y cerró con rapidez. Solamente cuando escuchó que el coche se alejaba, su respiración volvió a ser normal.

CAPÍTULO 3

AL SALIR de la oficina, Jenny condujo hacia el sur de la ciudad, en dirección a Tauranga. Se sentía relajada y tranquila.

¡Qué paz y tranquilidad se respiraban en el campo después del bullicio de la ciudad! Las grandes extensiones de hierba y pasto v la exuberante vegetación cubrían la tierra ondulada.

El verano había terminado hacía pocas semanas y probablemenle no habría luz después de las siete y media. Jenny no quería reconocerlo. pero conducir a campo abierto por la noche le asustaba, por tonto que pareciera. Formas oscuras parecían salir de la nada y envolver el coche. La joven sentía miedo al pensar que el coche se averiara y la dejara expuesta a cualquier peligro.

Las Llanuras Hauraki se extendían ante su vista, eran hectáreas de paisaje llano, con grandes ciénagas y zonas de maleza muy espesa. Más allá, se leventaban los oscuros montes de Pareoa.

Eran casi las siete cuando la joven tomó las sinuosas curvas de Karangahake George, había altas montañas a los dos lados de la carretera; cerca se veía un río con antiguas estructuras de hierro enmohecidas por el tiempo.

Al oscurecer, Jenny pasó por los cultivos del municipio del Katikati e inconscientemente aumentó la velocidad. Mientras las luces tic Tauranga y Mount Maunganui brillaban en la distancia, ella respiró aliviada. Faltaba poco para estar a salvo en su casa.

Volver al hogar siempre era grato, estar otra vez en el pueblo donde vivió los años de la niñez resultaba reconfortante, ya no importaba la distancia que había que recorrer. Era bonito recordar aquellos días despreocupados, cuando lo más importante era jugar. El saber estaba asociado al colegio y aunque se consideraba como una labor necesaria, resultaba divertido poner trabas para librarse de un día de escuela. Ella no tenía queja, había recibido una buena educación, y no había ocurrido nada durante su adolescencia que sembrara nada de desdicha. Ahora la vida había cambiado y ella tenía que recibirla con entusiasmo y una sonrisa. Practicaba el tenis, el baloncesto y el squash en su tiempo libre y varios clubes la habían incluido en sus equipos.

Pensando en el pasado, Jenny se preguntó si la súbita muerte de su padre había tenido que ver con la necesidad de aferrarse a Max Enfield, un joven simpático quien hasta entonces había sido Lirio más de los muchachos del grupo que ella frecuentaba.

E l descubrimiento de que los dos se necesitaban no llegó de pronto, fue lento. Siempre se encontraban al salir del trabajo, los martes se veían para tomar café, acostumbraban a ir al cine los

sábados o bien a asistir juntos a bailar. Los viernes iban de compras o simplemente paseaban por las tiendas disfrutando de los escaparates. Pronto se hizo una costumbre que Max acudiera como invitado a cenar en casa los domingos y mucho tiempo antes de que ellos lo decidieran, todo el mundo dio por hecho que Jenny y Max se comprometerían.

La joven pensó con tristeza que su compromiso había llegado por costumbre. Para ser completamente sincera, tenía que reconocer que su orgullo había sido herido, que Max no había tenido el coraje suficiente para decirle en su cara que él consideraba su próximo matrimonio como un error. Se sintió terriblemente sola, pero no con el corazón desgarrado.

Cuando Jenny dio vuelta a la curva, la luz del porche brillaba como dándole la bienvenida. Apagó el motor del automóvil y tocó el claxon. Casi enseguida se abrió la puerta y apareció una mujer regordeta de mediana edad. Apretó a Jenny contra su amplio pecho con tanto entusiasmo, que casi la tira.

-¡Mi querida Jenny! -exclamó la señora Meredith abrazándola con cariño-. ¡Qué maravilloso es volver a verte!

Depositó un sonoro beso en la mejilla de su hija. La joven sacó del coche la maleta y algunos paquetes.

-¿En serio, mamá? -preguntó Jenny con amabilidad-. ¡Pero si solamente han transcurrido cuatro semanas desde que me fui! Ten, aquí tienes un regalo, es para ti, ¡no lo mires hasta que estemos dentro!

Abrazó a su madre por los hombros y entraron juntas. Una vez en la cocina, la joven aspiró profundamente el aroma de un delicioso estofado.

-Hay algo de pastel de limón con nata batida y tengo algunos de esos deliciosos bizcochos de queso que tanto te gustan. Ahora vas a comer bien, querida, porque estoy segura de que las cosas que tomas en la ciudad no son muy nutritivas.

Jenny sonrió.

Estoy segura de que intentas mandarme de regreso a Auckland con cuatro kilos más de peso -le dijo sonriendo a su madre.

¡-No te vendrían mal! -replicó la señora Meredith dándole un ligero apretón en la mejilla.

-¿Llegará Jane pronto a casa? -prguntó la chica mientras se comía un trozo de pastel (le limón.

-Sí, eso creo -contestó su madre, cautelosa-. Bob Sanderson paso por ella a las siete y aseguraron que estarían de regreso a tiempo para ver una película de la televisión.

Frunció el ceño y añadió:
-¡Oh, Jenny! Tu hermana es demasiado joven para ir a Australia. Está tan decidida que nada la hace cambiar de opinión. ¿Quién sabe qué le puede pasar tan lejos de casa? En esas ciudades con gente tan variada. Tienen diferentes costumbres y he oído que es demasiado peligroso andar por la noche.
Jenny sonrió.
-Mamá, estás pensando en Sydney y en particular en King Cross. En cualquier caso, estoy segura de que la mayoría de los turistas son gente agradable.
La señora Meredith movió la cabeza en señal de desaprobación.
-Hay serpientes muy vencncjas en el norte. ¿Y qué rne dices de los aborígenes? Creo que son aún más primitivos en el interior.
Jenny apartó el plato vacío y posó una mano sobre el brazo de su madre.
-Jane tiene demasiado sentido común. Es madura, realista y sabe lo que quiere. No la puedes culpar por eso, o privarla de ir a Australia si ella así lo desea. Jane no es frívola, algún día será la esposa de un gran hombre --le sonrió con cariño tratando de borrar su gesto de preocupación-. Si Jane fuera hombre, estarías de acuerdo en que anduviera por ahí admirando las maravillas del mundo, pero hoy en día es aceptable que las jóvenes viajen a otros países. No estoy de parte de Jane, pero ya casi tiene veinte años y ha trabajado durante los últimos cuatro.
-Supongo que pensarás que es una tontería por mi parte tratar de retenerla un año más -le dijo llorosa, su madre.
Jenny estrechó su mano y le acarició la mejilla.
-No, tú nunca haces nada tonto, madre. Supongo que es difícil para ti reconocer que Jane es una mujer joven con suficiente edad para empezar su vida lejos de casa. Todos los polluelos tienen que abandonar el nido algún día.
La señora Meredith asintió y se puso de pie vigorosamente argumentando que necesitaba una taza con café.
El ruido de un coche entrando en el garaje anunció la llegada de Jane y su último amigo, Bob. Su hermana le había confiado algunos meses antes que Boh deseaba salir con ella, pero Jane prefería sólo una buena amistad.
-¡Jenny, te veo terrible! -Jane la abrazó durante algunos segundos-. ¿Algún hombre astuto ha descubierto tus virtudes ocultas para cortejarte y conquistarte?
-No lo creo -replicó Jenny sonriendo mientras saludaba con la mano a Bob, que estaba atrás-. No tengo ningún deseo de ser

cortejada por ningún hombre, ni astuto, ni nada, gracias.

-¡Ah! -exclamó su hermana con cierto descaro-, si no te conociera bien, tal vez me convencerías de que piensas eso. ¿Tú qué opinas, Bob?

-Si yo fuera cinco o seis años mayor, la enamoraría apasionadamente. -respondió Boh sonriendo.

-Semejante galantería merece una taza con café y doble ración de pastel de limón que ha preparado mamá. Sentaos todos, yo prepararé la cena -respondió Jenny alegremente mientras se dirigía a la cocina para poner la cafetera al fuego.

Cuando volvió a la sala con la cafetera, la película estaba empezada. En silencio, sirvió a cada uno la taza de café y un trozo de pastel.

Bob estuvo con ellas hasta después de que terminase la película. Luego se marchó asegurando que era porque al otro día había planeado ir con Jane al circuito de carreras.

-¿Jenny, vendrás tú también, ¿no es así? -preguntó Jane.

Jenny hizo una breve pausa y lo negó con la cabeza.

-No, gracias. Prefiero quedarme con mamá, de todas formas, nunca me han interesado las carreras.

No vamos a permitir que te quedes encerrada en casa todo el fin de semana ¿verdad Bob? En ese caso, vendrás con nosotros mañana por la noche. Ken, el hermano de Boh y su prometida vendrán y Eloise y Jeremy también. Bob mencionó esta tarde que su padre está esperando un huésped que viene a Auckland a pasar el fin de semana, y que supuestamente es un empedernido solterón. Le será fácil i Boh convencerle para que te acompañe. Cenaremos y después iremws a una fiesta que se realiza en una casa sobre la playa de Onm:uiu.

¡Hey, calmate! --Jenny agitó una ruano en el aire rebelándose-Yo no encajo en vuestros planes, además, no estoy dispuesta a aceptar citas con desconocidos, de ninguna manera.

Bob se volvió para mirar a Jane con afecto.

-Si no vienes con nosotros, Jenny, tu dulce hermana se pondría triste.

-Estaría tan encantada de que fueras, Jenny -comentó la señora Meredith. El gesto de ansiedad había desaparecido de su rostro, como ya es costumbre, Elvira Hamilton me pidió que la acompañara al cine mañana por la noche y por otra parte, Jane desea que vayas con ellos, deberías ir.

Jenny asintió mirando a Jane con resignación.

-Todo está arreglado entonces --dijo alegremente Jane, cogiendo

a Bob por un brazo para acompañarle a la salida.

En cuanto ellos se marcharon, Jenny hizo una mueca de ironía. Se preguntaba cómo se sentiría el día siguiente por la noche. Ésa sería la primera vez que apareciera en una reunión sin Max y seguramente habría gente en la fiesta enterada de la reciente ruptura de su compromiso. Sólo quedaba la probabilidad de que el empedernido solterón, huésped del padre de Bob, tuviera otros planes y declinara la invitación, o que ella se tumbara en la playa hasta quemarse la piel. ¡Seria un medio muy doloroso de eludir la fiesta pero posible!

Cuando minutos más tarde Jane regresó a la cocina, Jenny estaba secando los últimos platos de la cena.

-¿Mama se ha ido a la cama? -preguntó Jane.

-Sí -contestó la joven-. ¿Quién es ese hombre invitado de los padres de Bob?

Jane encogió los hombros.

-No tengo la menor idea de su nombre. Creo que es un pariente lejano de la madre de Bob. un primo segundo o algo así. La primera cosa que hará Bob por la mañana será invitarle, me confirmará si asiste cuando me llame por teléfono -Jane miró las manos de su hermana y se percató del anillo que llevaba en el dedo anular-. Es bonito, pero, ¿por qué lo llevas? Unas horas bajo el sol serán suficientes para tapar la huella que escondes bajo ese anillo. Francamente, estoy asombrada de que no hayas tratado ya de hacer algo.

Jemes retiró la mano, molesta.

-Mamá va a salir mañana y como tú estarás fura todo el día, yo he planeado ir a la playa.

Jane la miró arrepentida al tiempo que le estrechaba la mano con afecto.

-No seas tan susceptible. Jenny. Yo en tu lugar pensaría que has tenido la suerte de escapar. Max no era el hombre indicado para ti -la abrazó con cariño y contuvo un bostezo-. ¡Oh! Me voy a la cama, ¿,vienes?

La mañana del sábado era brillante y clara los rayos del sol cubrían la tierra con su calor y la casa estaba alegre. El ruido de la radio se mezclaba con las alegres voces que charlaban. En ese momento, Bob llegó para recoger a Jane; la señora Meredith había salido y Jenny estaba preparando un termo con café para llevar con algunos bocadillos a la playa. Jane colocó los brazos alrededor del cuello de Bob al enterarse de que había convencido al huésped de su familia para que fuera el acompañante de Jenny durante esa

noche.

-¡Adorable, eres adorable! -gritó con entusiasmo, ante el desconcierto de Jenny, que estaba muy cerca de ellos.

Cunea no quería conducir hasta muy lejos, Jenny se quedó en un sitio cercano a los lugares destinados para acampar. El sitio era tranquilo y el lugar ideal para tomar un baño de sol. Era un hermoso día. el sol quemaba y la brisa agitaba las hojas de los árboles.

Pensó que esa noche podía llevar un vestido de seda dorada que tenía en el armario o tal vez una atrevida blusa con la espalda descubierta, que formaba parte de las locuras de su guardarropa. Max nunca la había visto así, pero si la viera, seguramente no lo aprobaría. 1 ta una indumentaria perfecta para otra chica, pero no para su chica. ¡Bien. ella no había sido mucho tiempo su chica y podía vestir como le diera la gana! ¡El vestido de seda dorada sería lo mejor!

A pesar de que Jenny sabia lo bonito que era el vestido y lo bien que le quedaba, prefirió ignorar el silbido de admiración que lanzó Jane al verla cuando estaban terminando de maquillarse. El vestido era fantástico y ella estaba realmente hermosa. De pronto, un coche llegó por el camino y se detuvo en la entrada. Jenny miró ansiosa a Jane. Esta le ofreció una brillante sonrisa y la animó a que fueran juntas hacia la puerta.

E:n el vestíbulo, Bob saludó a las dos jóvenes y les presentó a su acompañante. Jenny le miró y por poco dio un salto hacia atrás. ¡Era Jack Benedict! Por un segundo. los ojos de Jenny parecieron salirse de sus órbitas. aunque intentó dominarse.

-...Ya nos conocemos -manifestó Jack, sonriendo--. ¿No es así?

-Sí, de Auckland -logró contestar Jenny con aparente calma.

-Nuestra oficina está en el mismo edificio -aclaró tranquilamente Jack, mientras pasaban al salón.

Es una gran coincidencia -comentó Jane, sonriendo, mientras lanzaba una mirada de interrogación a Jenny-, después de todo lo que hicimos para que Jenny nos acompañara esta noche. Ella tiene aversión a salir con desconocidos -le dijo a Jack.

-¿Queréis tomar algo antes de irnos? -preguntó con delicadeza Jenny.

-Bob siempre toma vermouth, así que le prepararé su copa. Jenny puede atender tus necesidades -le sugirió a Jack sonriente.

«¡No te atrevas a hacer comentarios, Jack Benedict!», le amenazó mentalmente mientras miraba furiosa la bandeja de copas.

-Whisky con hielo y agua -solicitó Jack burlonamente. Parecía

adivinar sus pensamientos.

Jenny trató de ignorar su mirada penetrante cuando cogió el vaso que ella le ofreció segundos después. Se sentía tan nerviosa que daba la impresión de ser una adolescente en su primera fiesta. Nunca le había pasado eso. Lo que menos deseaba era dar a entender que le estaba afectando la presencia de ese hombre.

-Supongo que Bob te ha dicho que iremos a una fiesta después de cenar -le comentó Jane a Jack-. La hermana de Eloise, a quien veremos en el restaurante con su prometido, tiene una fabulosa casa en la playa de Omanu y esta noche da una fiesta de bienvenida a su novio. El estuvo el año pasado en Sudamérica construyendo edificios y puentes.

Se marcharon un poco después. El coche de Jack recorrió con rapidez los kilómetros. Cuando estuvieron instalados en el restaurante, en la gran mesa con los demás amigos, Jenny empezó a tranquilizarse. La conversación entre las cuatro parejas era amena y durante la cena Jack fue solícito y atento.

Él arqueó una ceja con gesto interrogante cuando ella, con un movimiento de cabeza, rechazó el vino que le ofrecía. Por alguna razón, Jenny sentía una imperante necesidad de estar despejada el resto de la noche y si se mareara, aunque levemente, por tomar demasiado vino, eso le impediría pensar con claridad.

Poco antes de las diez, abandonaron el restaurante y emprendieron el camino hacia Omanu, donde la fiesta estaba en su apogeo, a juzgar por la gran cantidad ele coches que había en la puerta de la casa. Había gente por todas partes, el vestíbulo estaba lleno, así como el comedodr, el pasillo y la terraza, desde donde se podía contemplar el mar. Mary Ellen, la hermana de Eloise, les dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

Durante un rato estuvieron juntos, bebiendo y tratando de charlar a pesar de la música, pero poco a poco las otras parejas desaparecicion y Jenny y Jack se mezclaron con los demás invitados. Jack parecía estar fascinado, observando cómo Jenny daba pequeños sorbos a su bebida; de pronto, sin pronunciar palabra, colocó las copas sobre una mesa cercana y la tomó en sus brazos. Bailaron lentamente al ritmo de una suave melodía y Jenny pensó que debía ser la muchacha más envidiada de todo el salón y sonrió.

-¿Encuentras algo divertido? -le preguntó él en voz baja. La joven levantó la cabeza y le miró sonriendo.

-Dudo mucho que te preocupe mi estado de ánimo –replicó con coquetería.

El examinó su rostro antes de detenerse en su boca. ----Prefiero a la verdadera Jenny.

-¿Cómo es posible que pretendas conocerme? -le preguntó, indignada.

-Estás actuando, querida Jenny -le reprochó con suavidad Jack. Sus dedos se clavaron en los brazos de la joven cuando ella intentó huir.

-Yo no soy tu querida Jenny -susurró enfurecida.

-Creo que ya inc has dicho eso antes -le recordó mientras sus manos se movían hacia su cintura para estrecharla aún más.

Jenny luchó en vano tratando de librarse de su abrazo.

-Déjame -susurró la joven entre dientes, y por un momento pensó en recurrir a trucos infantiles como pisarle o tirarle del pelo. -Si yo fuera tú no lo haría -le advirtió mientras le besaba en la frente.

Jenny movió la cabeza de un lado a otro con furia y le dio un puñetazo en el pecho.

-¡Te odio, Jack Benedict! -exclamó.

Jack la miró con furia y ella casi gritó al sentir que sus brazos la estrujaban.

-Todavía no tienes por qué odiarme.

Jenny luchaba con desesperación por soltarse de esos brazos que le hacían daño.

-Si no me sueltas inmediatamente... te... te voy a...

-Ya es hora de que algún hombre te someta, Jenny Meredith.

-¡Pues no serás tú! -respondió.

-¿No? -arqueó una ceja-. Será un reto dominar esa mirada de enfado y convertirla en una de sumisión.

Jenny le miró, furiosa, y sus ojos brillaron por las lágrimas que amenazaban con escapársele.

-No sé qué estás tratando de conseguir.

-Quizá no -afirmó, suavizando el fuerte apretón de sus brazos-. Deseo paz Jenny, aunque sólo sea por esta noche -sugirió, y su tono era amistoso.

Jenny le miró suplicante.

-¡No quiero que este desastre de esta noche se repita! -exclamó, pesarosa, levantando la cabeza para buscar su mirada. El entornó los ojos con furia contenida.

En la penumbra del salón, empezó a escucharse una obsesionante melodía. Algunas parejas bailaban muy despacio, balanceándose al compás de la música.

De pronto. Jenny ignoró a la gente que estaba a su alrededor.

Sus ojos estaban clavados en los de él. Jack la estrechó contra su cuerpo y la besó. Jenny abrió la boca para protestar, pero sus palabras se perdieron. Los labios de él eran fuertes e implacables, y ella estaba tan confundida y exhausta, que casi se cayó al suelo cuando él la soltó.

La necesidad de huir la hizo bajar la escalera precipitadamente. Sin tener en cuenta que la arena estropearía sus zapatos, se dirigió hacia la playa.

Después de alejarse un poco, se detuvo y casi dando traspiés se quitó los zapatos y anduvo por la orilla del agua con ellos en la mano. La luna brillaba, las sombras se reflejaban en la suavidad del piar. Sentía el frío de la noche en la piel después del calor de la casa. Jenny se ruborizó, avergonzada. ¿Qué era lo que le había impulsado a provocarle hasta ese punto?

Se llevó los dedos temblorosos hacia los labios, con la mirada perdida en el horizonte. ¿Qué era lo que pasaba en su interior, que la incitaba a hacer daño y herir? ¿Qué la impulsaba a decir cosas que no tenía el intento de pronunciar? ¡Debía estar loca para haber aceptado la compañía de Jack Bencdict! Había algo en ese hombre que le erizaba la piel, parecía casi como si alguna fuerza extraña los uniera. ¡Si por lo menos lograra escapar e irse a su casa!

- ¿Pretendes estar aquí el resto de la noche? -le preguntó con uavidad Jack,

Jenny se volvió asustada y entonces recordó que las lágrimas aún humedecían su rostro. Con rapidez, dirigió la mirada hacia la inmensidad del mar. Lentamente, empezó a andar con la cabeza baja, recogiendose el vestido un poco para evitar que se mojara con el agua del ruar. Él andaba junto a ella, a escasa distancia.

- ¿Por qué me sigues? -preguntó Jenny después de un momento.

- En parte, porque si no lo hubiese hecho, algún hombre no tan sobrio, al verte con ese vestido, habría pensado que sus galanteos serían bien recibidos --respondió Jack, y ella casi podía adivinar una sonrisa en su voz.

Con un suspiro, Jenny dio un paso para retirarse del agua y se volvio para contemplar el mar en la distancia. Todo estaba tan tranquilo, la quietud de la escena parecía calmar los pensamientos desvaneciendo las preocupaciones cotidianas.

Jenny sintió que Jack se acercaba a ella. Sus manos eran firmes y su roce sorprendentemente amable cuando la obligó a mirarle.

Ella levantó la cabeza, le miró en silencio y trató de ordenar sus pensamientos en un intento de evitar palabras vanas.

Él se acercó aún más, la cogió de la barbilla y le levantó la cara.

-Eres una joven demasiado quisquillosa, Jenny Meredith, me pregunto por qué.

Sus labios se posaron en los de ella y sus brazos le rodearon el talle.

Contra su voluntad, la chica correspondió a la caricia. Los labios masculinos eran expertos y lograron rendirla por completo. Las caricias anteriores le parecían una burla. comparadas con lo que podía demostrar ese hombre. Sintió que se hundía en un oscuro olvido, donde ella era incapaz de pensar claramente. Fue como llegar a casa después de un viaje muy largo, los brazos de él eran su refugio.

El tiempo no significaba nada, ella era indiferente a cualquier otra cosa que no fuera ese momento, hasta que algo le advirtió que estaba perdiendo el control y que le besaba con pasión.

Hizo un intento por librarse de su abrazo, estaba avergonzada.

Jack la soltó con suavidad. Bajo la luz de la luna parecía más imponente. Jenny no lograba coordinar sus ideas para pronunciar algo coherente.

-No luches contra eso, preciosa -dijo Jack con voz cálida y profunda-. Será una absoluta pérdida de tiempo... -le recordó, sonriendo.

-Yo... yo... -acertó a prununciar Jenny, confusa, pero sus palabras fueron detenidas por Jack que puso un dedo en sus labios.

-No son necesarias las explicaciones -le dijo en un susurro.

CAPITULO 4

Al dia siguiente sorprendió a Jenny recordando con claridad cada instante de las horas transcurridas en la casa de la playa. Después de que Jack y ella regresaron sintió algunas miradas de curiosidad sobre ellos. Su hermana Jane frunció el ceño y una sonrisa se dibujó en sus labios. J.enny permanecía absorta tratand,o de descifrar en la profunda mirada de Jack, ese mensaje que tema no poder entender.

A pesar de sus protestas, Jenny se encontró aceptando aplazar su regreso a Auckland esa tarde. Habían planeado ir con Jane, Bob y el padre de éste a pescar en la lancha. Terminarían el día asando chuletas a la orilla de la playa.

Por fin, se quedó dormida y despertó poco antes del desayuno. Estaba pensando en la excusa más conveniente para negarse a ver a Jack la próxima vez. Necesitaba ordenar sus pensamientos, pensó mientras guardaba su ropa en una maleta. ¿Qué era lo que él había dicho la noche anterior? ¿Qué quería dominarla? ¡La presunción de ese hombre era irritante! ¡Bueno, pues ella le mostraría que nunca sería sumisa y lo que era más, tendría que buscar retos en otra parte!

-¿Qué estás haciendo, por amor de Dios? -preguntó Jane desde la puerta.

Jenny recogió con naturalidad su ropa interior y la bata; en su rostro se reflejaba disgusto cuando se volvió para mirar a su hermana.

-No sé por qué acepté ir hoy, realmente no puedo. No me gusta pescar y sólo pensar en... la compañía de ese hombre llamado Benediet, ¡es demasiado! -exclamó con vehemencia-. Yo he venido para estar con mamá y casi no la he visto. He estado en reuniones y paseos por ti, no por mi voluntad. ¡Yo todo lo que quiero es un tranquilo fin de semana! ¿Por qué no me dejáis estar sola?

-Pero, ¿qué pasa? ¿A qué se debe todo esto? ¡Cálmate, Jenny! Jane la miró apenada y fue hacia ella para sentarse en el borde de la cama.

Jenny lanzó un suspiro largo y profundo, a modo de disculpa.

-Soy yo, Jane -reconoció con melancolía-, parece que donde quiera que voy hay un pariente o un amigo empeñado en incluirme en alguna cena o fiesta, una sutil forma de empeñarse en casar a los demás, que no engaña a nadie. Sólo me hace daño.

Jane permaneció en silencio, recordando la ausencia de Jenny en la casa de la playa la noche anterior. No podía olvidar la cara de su hermana cuando regresó en compañía del hombre más fascinante

de la fiesta. Bueno, después de todo, quizá lo mejor era dejar que las cosas siguieran su propio curso.

-¿Por qué no le sugieres a mamá llevarla con tía Madge? Tú sabes que no es fácil para ella ir hasta allí y así podrás conducir hacia Auckland a la hora que quieras, después de la comida. Claudelands es tan tranquilo, en especial en ese sitio donde está la granja -dijo Jane, entusiasmada por haber encontrado tan buena solución-. Sé cómo te gustan los animales, en esta época del año habrá gran cantidad de crías.

Jenny logró sonreír, se sentía apenada. ¿Cómo explicar que ella, que apenas una semana antes había jurado no comprometerse con un hombre cuyo magnetismo y encanto habían asertado un duro golpe a su equilibrio, había sucumbido en un momento? Tenía que rechazar el viaje en lancha por su propio bien.

-Por favor, Jane -le pidió, mientras se dirigía al cuarto de baño-. Avisa a mamá mientras me ducho. Quiero salir tan pronto como sea posible, venga o no mamá.

-Está bien -afirmó Jane animada-. Organizaré las cosas, creo que hay un autobús que sale de 1lamilton cerca de las seis de la tarde los domingos. Encontraré un sitio, estoy segura.

-De acuerdo.

Un vistazo a su reloj le bastó a Jenny para darse cuenta de que tenía escasamente una hora antes de que Boh y Jack llegaran.

A la señora Meredith le desconcertó el poco tiempo que le costó a Jenny terminar el desayuno y preparar el coche. Optó por no hacer preguntas, sin duda, sus hijas tenían una buena razón para hacer lodo aquello.

Jenny respiró aliviada, en cuanto dirigió el coche hacia Kaimai Kanges, agradecida de haber salido antes de la llegada de Bob y Jack.

Tan pronto como dejaron atrás el pueblo de pescadores y llegaron . campo abierto, Jenny se sintió mejor. Aprovechó para admirar el paisaje. El calor de la mañana aún no era excesivo, el aire era fresco y limpio. ¡Qué maravilloso sería subir por esas pendientes cubiertas de hierba y sentarse en lo alto del monte, alejada de las presiones diarias; contemplar el paisaje, alimentar el espíritu y lograr con ello un alivio a sus confundidos pensamientos!

Su madre miraba cómo pisaba el acelerador, pero a pesar de estar nerviosa por la velocidad a la que iba su hija, no hizo ningún comentario, sabía que no era un momento oportuno para hacer preguntas acerca de su acelerada partida.

Madge les dio una entusiasta bienvenida, y las saludó con gran

alboroto. Después de un rato, Jenny dejó a su tía y a su madre charlando animadamente. Fue con lentitud hasta la empalizada de color blanco que señalaba los límites de la granja. Era un sitio acogedor y bien cuidado, su tío Dan había dejado allí gran parte de su vida y estaba orgulloso de ella. Había invertido todo el dinero en equipos de la mejor calidad y en cabezas de ganado. Jenny aún recordaba los días felices que había vivido allí durante sus vacaciones escolares. ¡Maravillosos días los de su niñez, cuando ninguna nube gris le empañaba la vida!

Había enormes hileras de álamos bañados por el sol, que parecían mirar hacia el cielo azul. Jenny permaneció allí algún tiempo deleitándose con respirar el aire puro de la campiña. Todo era tan tranquilo, que momentáneamente hacía posible olvidar la fuerza de aquellos brazos que la sujetaron apenas doce horas antes.

Se mordió el labio interior estremeciéndose con sólo recordar la habilidad de él para besarla. Aquel tiempo que permanecieron tan cerca el uno del otro la hacía sentirse temerosa y a la vez desconcertada.

Molesta, fue de regreso a la casa, su deber era ayudar en la cocina a su tía Madge.

La comida que había ese día era la que se solía hacer los domingos por esa zona. Cordero asado con salsa de menta, acompañado de patatas fritas, calabaza, remolacha y coliflor. De postre había tarta de fresas recién cortadas, cubierta de nata. Su tía Madge sonrió satisfecha al ver que todos comieron sus deliciosos platos.

Dan alabó las dotes culinarias de su época, sus ojos azules se iluminaron y en sus labios apareció una sonrisa que marcó aún más las arrugas de su rostro curtido por el sol y el viento del campo. Era un hombre de gran estatura, alto y robusto, con algo especial en su modo de ser que hacía que Jenny le guardara un profundo cariño. En ese instante, su tío le sonrió cariñosamente, su gesto era de curiosidad y afecto.

-¿Cómo te va en Auckland, Jenny?

-Me gusta -contestó sinceramente, con una sonrisa que dejó ver sus blanquísimos dientes.

-Estaremos allí el próximo fin de semana. Tal vez por la noche. Dejaré que Madge se pierda en todas aquellas tiendas -hizo una pausa y lanzó una pícara mirada a su esposa-. Te invitaremos a cenar, de modo que déjame tu número de teléfono antes de que te marches.

-Sí -asintió Jenny, y colocando los codos sobre la mesa preguntó>-: ¿Por qué no vais a mi apartamento? hay espacio suficiente, ¡por favor, tío Dan, dime que lo haréis!

Los dos rechazaron su propuesta explicando que preferían hospedarse en uno de los hoteles más céntricos, así evitarían usar el coche.

Jenny se fue a Auckland un poco después de las tres de la tarde. En cuanto llegó a los pueblos más importantes, el tráfico aumentó considerablemente. Eran más de las seis de la tarde cuando llegó a su apartamento. Cenó una taza de café y un bocadillo. Se dio un baño y se metió en la cama.

El lunes transcurrió sin incidentes, a pesar del temor que Jenny tenía de encontrarse en cualquier momento con Jack Benedict. Eso hizo que al llegar a su apartamento colocara la llave en la cerradura con toda tranquilidad. Se sentía desilusionada, a pesar de que cual quier enfrentamiento entre ellos le aceleraba el pulso y le provocaba cierto malestar en el estómago.

Estaba empezando a saborear unos huevos revueltos acompañados de pan tostado, cuando sonó el teléfono. Se sorprendió al escuchar la grata y alegre voz de Jane.

-¿Jane? ¿Pasa algo? -preguntó con ansiedad.

-No, nada, Jenny -contestó su hermana-, sólo que no te dije que Bob llegará mañana a Auckland en viaje de negocios. Le sugerí que se pusiera en contacto contigo, quizá podáis salir juntos a alguna parte.

Durante algunos segundos hubo sólo silencio, Jane esperaba la respuesta de Jenny.

-Jenny, no te importa, ¿verdad?

-No, por supuesto que no. Estaré encantada -logró decir-. Puede llamarme a la oficina durante el olía. Coge un papel, voy a darte el número.

Jenny esperó un momento y le dictó el número a su hermana.

-Está bien, ya lo tengo. Bob llegará por la mañana, tal vez pueda llamarte desde el aeropuerto. Oh, por cierto, no tuve oportunidad de contarte los acontecimientos del domingo. Tengo mi billete de avión para Australia, iré a Sydney dentro de tres semanas, pero antes estaré unos días en Auckland para hacer algunas compras. Me quedaré en tu apartamento y Bob llevará a mamá un día antes de la partida. Supongo que no te opones a que Sue y Emma pasen la noche con nosotras. Ellas habían planeado pasar la noche en un hotel, pero todo será más fácil si estamos todas juntas. ¿No te parece demasiado, verdad?

Jenny hizo una mueca de resignación. ¡Jane lo organizaba todo a su manera!

-Está bien, pero avísame con tiempo --dijo, y después de una pausa añadió--: ¿Lo pasaste bien ayer?

-¡Pensé que nunca lo preguntarías! Sí, fue un olía precioso. Jack Benedict preguntó dónde estabas y yo me vi obligada a contestarle. ¡Me sentí como si estuviera declarando en un juicio! Con sinceridad, creo que está fascinado por ti. Fue muy inteligente y encantador y logró hacerme hablar acerca de la familia. Me temo que mencioné algo de Max y tú.

Jane titubeó y Jenny suspiró para contener su enfado.

-¡Jane! ¿Cómo pudiste hacerlo? -exclamó, furiosa.

-¡Oh, Jenny! Fue tan fácil como si Boh o cualquier otra persona de su familia me lo hubiera preguntado -replicó a la defensiva-.

¡No comprendo por qué te alteras!

Jenny suspiró otra vez con resignación.

-Está bien, Jane. Ya está hecho.

-Me tengo que ir, Jenny. Voy al cine con Sue y Emma. Mamá te envía besos. Que lo pases bien con Bob. Adiós.

Bob llamó cerca de la hora de la comida y dejó un mensaje con Suzy. Había sacado entradas para el cine esa noche, llamaría a Jenny a las siete a su apartamento. Jenny sonrió agradecida. Le urgía terminar el día, había sido una de esas mañanas en las que no hay un minuto de descanso.

A pesar de que estuvo trabajando durante la hora de la comida y sólo empleó diez minutos en comerse un bocadillo, no terminó hasta poco antes de las seis. Corno consecuencia, cuando Bob llegó a su apartamento, ella aún se estaba vistiendo y tuvo que esperar diez mimitos antes de que Jenny se presentara en la sala. Se quedó consternada al saber que Bob había llegado en un taxi que los estaba esperando.

Jenny se puso un vestido blanco y cogió un chal para protegerse ole¡ frío. Tuvo poco tiempo para arreglarse el pelo, así que solamente se lo cepilló y se lo sujetó con un lazo en la nuca. Se maquilló muy poco, tan solo un pequeño toque de sombra y lápiz de labios. No era muy aficionada a maquillarse demasiado, pero siempre procuraba reservar por lo menos cinco minutos para aplicarse con calma y cuidado los pocos cosméticos que usaba.

El taxi los dejó delante de la entrada del cine, en la calle Oueen y sólo pasaron dos minutos antes de que el telón subiera. Después de diez minutos, Jenny se dio cuenta de que el asiento que había a su lado estaba vacío. Eso era muy raro, porque la película era

inteesante y a simple vista la sala se encontraba totalmente llena. En se preciso momento descubrió una figura alta y esbelta, vestida de oscuro, que se dirigía hacia ella y segundos después se instalaba a su lado.

-Mis disculpas por llegar tarde -murmuró una profunda voz muy cerca de su oído.

Jenny se volvió sorprendida, al reconocer la voz de Jack Benedict.

-No sabía que fueras a venir -logró decir cuando se repuso de la sorpresa.

-A juzgar por tu voz-dijo en tono más bajo-, quizá hubiera sido mejor.

La razón le indicó a Jenny que debía contenerse y evitar comentarios; prefirió mirar hacia la pantalla. Le resultaba difícil concentrarse, algunos diálogos le parecieron incomprensibles.

Pensaba que todo había sido una conspiración en contra suya. La rabia contra la arrogancia de ese hombre crecía en su interior. En el intermedio, cuando las luces se encendieron, se levantó con ganas de fumar un cigarrillo y salió al vestíbulo.

Poco a poco los espectadores salieron a fumar también y pronto el aire se hizo pesado. Jenny empezó a sentirse mal, tremendamente mareada y empezó a sudar. En un esfuerzo desesperado, respiró profundamente para no caer. Lo último que recordaba era la exclamación de Jack al ver que ella se desplomaba. Él la sujetó por los hombros para evitar que cayera. Cuando abrió los ojos, se encontró con su mirada llena de ansiedad, pero intentó librarse de su brazo.

-Espera unos minutos. Pronto estarás bien, casi pierdes el conocimiento -le dijo Jack, forzándola a permanecer quieta hasta que su rostro recuperó el color-. l stoy seguro de que no has cenado, ¿no es así?

Jenny movió la cabeza, todavía un poco aturdida.

-No hubo tiempo -respondió confusa.

-¿Has comido?

-Lise estuvo fuera y habia tanto que hacer que trabajé sin parar hasta las seis de la tarde. Sólo comí un bocadillo.

Jack hizo un comentario en voz baja y después dijo:

-Las niñitas como tú, necesitan protegerse de ellas mismas. Jenny sonrió, todavía mareada.

-Creí que lo correcto era: las niñitas como tú deben quedarse en casa, metidas en la cama.

-También eso, Jenny Mercdith -sonrió enigmáticamente. Ella se

ruborizó.

-¡Estáte quieta! -le ordenó con firmeza-. Ahora te llevaré a un restaurante y si te pones cabezota te llevaré a cuestas ¿está claro?

Seguro que lo haría, pensó Jenny con gesto de resignación. ¿Quién se podía oponer ante tal arrogancia? ¡Siempre se salía con la suya!

-Bob --dijo Jack arqueando las cejas y Jenny le rogó con la ni¡rada que los acompañara.

-Bueno, creo que yo debería... -empezó a decir, indeciso, mirando a Jenny con tristeza-, la culpa ha sido mía, no te pregunté si habías cenado. Debí suponer que...

-Evidente -le interrumpió Jack con sequedad-. En el futuro, nunca supongas con las mujeres, son una especie muy contradictoria.

La noche era fresca. casi fría, Jenny disfrutó de la pequeña caminata hasta el restaurante.

En pocos minutos Jenny tenía delante de ella la cena, acompañada de una botella de vino rosado. Jack prefirió excluirla de la charla y ella dedicó toda su atención a la comida. Era un pequeño restaurante con una pista para bailar, pero los dos hombres parecían no tener intención de hacerlo. De pronto, Jenny tuvo deseos de marcharse. ¡Quería estar entre los brazos de Jack!

Algo de lo que sentía debió delatarla, porque de pronto sus ojos se encontraron con los de él. Durante unos instantes, los dos se miraron. Ella se sintió increíblemente vulnerable. ¡Si él pudiera leer sus pensamientos, aseguraría con satisfacción que otra mujer había sucumbido a su gran encanto!

La situación se hizo más incómoda cuando una atractiva joven llegó hasta la mesa y saludó a Jack con efusividad de antiguos amigos. Tal demostración de afecto hizo que Jenny sintiera unos celos que nunca habia experimentado. Estaba sentada allí, callada y apartada, deseando con toda su alma no haber conocido a Jack Benedict y odiando su debilidad por haberse atrevido a pensar en la remota posibilidad de que él sintiera afecto por ella.

Salieron poco antes de la medianoche y Jack prefirió llevar primero a Boh hasta su hotel. Cuando llegaron al apartamento de Jenny, él apagó el motor del coche y preguntó:

-Bueno, y ahora, ¿qué pasa? -el tono de voz indicaba que estaba molesto.

Jenny volvió la cabeza para otro lado, con la firme intención de no mirarle e ignorar la tensión que sentía en el estómago.

-No sé a qué te refieres --contestó, sofocada.

-¿No? Me sorprendes -dijo él bruscamente.

-Parece como si sintieras un sádico placer en atormentarme, señor Benedict -gritó Jenny-. Supongo que se debe a que no soy una de las múltiples mujeres que caen a tus pies.

Hubo un tenso silencio, durante el cual ella controló su respiración.

-Me haces sentirme cono si fuera un jeque con un enorme harén -replicó con un destello peligroso en sus ojos oscuros.

-Por lo que veo, no estás muy equivocado -contestó con frialdad.

En el rostro de Jack apareció una sonrisa siniestra.

-¡Ah! Lo asombroso sería que no existieran rumores en la oficina --comentó con cinismo-. ¡habiendo escapado tan recientemente de una desastrosa relación, tienes miedo de salir ele esa concha en la que te has escondido para protegerte, ¿no es así?

Jenny apretó los puños y le golpeó en el pecho.

-Eso es muy cruel para que lo menciones --dijo entre dientes. -La verdad es cruel -repitió él En ese momento Jenny le odió.

-Soy inmune a tu famoso encanto y no tengo ninguna intención de formar parte de tu colección.

-¡Dios mío! ---exclamó Jack con ironía-. ¡Eres una pícara perversa, Jenny Meredith! ¿Cuál era su nombre? ¿Max? ¿Max nunca comentó que besas como un ángel? O quizá era tan joven e inexperto que no supo conocer a una cálida y maravillosa mujer cuando la vio.

Jenny se quedó boquiabierta por la sorpresa. ¿En realidad pensaba así o solo era uno de sus ardides para hacerla caer?

-Lo que haya sucedido entre Max y yo es algo que no te importa -dijo después de un breve silencio, y su voz era cortante.

-Oh, Jenny ---dijo con más suavidad-, no soy un joven inexperto al que resulta fácil engañar.

--No tengo ninguna duda de ello -replicó-. Quiero quedarme sola. Tus intenciones me parecen desagradables y puedo asegurarte que... que...

Las lágrimas que corrían por sus mejillas le impidieron continuar. Abrid la puerta y salió del coche.

Una vez fuera, echó a correr hasta la puerta de su apartamento. ¿Qué había hecho? ¡Qué huida tan tonta! Las lágrimas empapaban sus mejillas y con un ademán brusco se las secó con el dorso de la mano.

-¿Es esto lo que estabas buscando? -preguntó Jack mientras abría la puerta del apartamento.

Jenny se dirigió rápidamente al cuarto de baño y encendió la

luz.

Él la sujetó por los hombros para detenerla. Con firmeza, la obligó a volver el rostro hacia él. Ella apoyó la cabeza sobre su amplio pecho tratando de contener las lágrimas que le inundaban los ojos. ¡Qué tonta era! Se mordió el labio inferior con ansiedad para detener el temblor que la invadía. Debía haber algo en ella que no funcionaba bien, porque lo único que deseaba era llorar y llorar hasta más no poder. Levantó una mano y trató de explicar lo que le pasaba, pero no logró articular palabra.

Jack la estrechó contra su pecho. No supo cuánto tiempo pasó. pero poco a poco se fue tranquilizando.

Descansar sobre su pecho era como llegar a un refugio y ella se negaba a abandonar la tranquilidad que sus brazos le ofrecían.

-Estoy avergonzada -susurró en voz baja, en un intento por recobrar la compostura.

Él no hizo comentarios, con el dedo índice le levantó la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos. Cuando él inclinó el rostro hacia ella, en sus ojos sólo había ternura.

El corazón le dio un vuelco al sentir que sus labios le acariciaban las mejillas. Finalmente, él reclamó su boca; ella estaba tan vencida que sus labios se abrieron ante la insistente presión. El beso parecía eterno. Cuando él levantó la cabeza, ella cesó de llorar, con el deseo (le que la besara de nuevo.

Jack pasó uno de sus dedos por la mejilla de Jenny, trazó la línea de su boca y preguntó:

-¿No fingirás más?

La joven dijo que no con un movimiento de cabeza.

-¿Por fin estás convencida de que no deseo sumarte a mi famosa colección? -preguntó con toda calma.

Jenny le miró un momnto tratando de descifrar su expresión, pero era incomprensible.

Realmente no lo sé -contestó con sinceridad.

-Doy una fiesta en mi casa, el viernes por la noche -le dijo, mientras sus ojos examinaban su rostro con detenimiento-. ¿Vendrás?

-Disculpa, pero no puedo -contestó, porque se sentía insegu ra de sus emociones.

-¿Es un modo muy sutil de decirme que tienes miedo? -le pre guntó, molesto, posando las manos en su cintura.

Jenny sintió un ligero cosquilleo en el estómago cuando él se acercó y deslizó las manos hacia sus hombros.

-Acepté una invitación para ir a cenar -explicó con voz ahogada.

-Cancélala -ordenó Jack, mientras la besaba en la boca con rapidez para acallar sus protestas.

Después de un rato, él levantó la cabeza y Jenny sintió los labios ligeramente hinchados y temblorosos. Un intenso rubor le cubrió las mejillas.

-¿Bien? --dijo él, sonriendo. Ella le miró a los ojos.

-Lo siento, pero no puedo. Mis tíos van a venir y me pidieron que cenara con ellos, si ahora me niego, no estaría bien.

-¿Se hospedarán aquí, en el apartamento? Jenny le explicó que no.

-¿Me llamarás tan pronto como vuelvas? -preguntó-. Pasare por ti.

Le miró, sorprendida.

-¿A las once o doce de la noche?

Jack sonrió divertido.

-¿Por qué no? Muchas fiestas no terminan hasta después de esa hora.

-No estoy segura -contestó Jenny.

-Si no me telefoneas a medianoche, vendré aquí y te sacaré de la cama por tus largos y sedosos cabellos -añadió con toda calma-. Será mejor que te pongas algo adecuado para nadar. Hay una piscina.

Jenny le miró con ansiedad.

-¡No te atreverás! -exclamó.

-¿No? -preguntó irónicamente-. Y horra esa expresión de ansiedad. No organizo fiestas que incluyan bañarse desnudo.

Jenny casi se atragantó de la impresión. Desesperada, desvió la mirada eludiendo analizar sus palabras.

-¿Está eso incluido en mifamoso repertorio de fechorías y desenfrenos! Ven -le pidió con firmeza-, te lo ruego, por favor. -Yo... yo... no quise decir eso ----tartamudeó, avergonzada. Él la miró irónicamente.

-No necesitas aclararlo, tu expresión lo dice todo. Temblorosa, le dio la espalda. Se sentía cansada. -Creo que lo mejor será ir -respondió.

-Y si no... -dijo Jack con voz suave-. ¡Seguramente haré algo deplorable!

La chica comenzó a temblar sin poder controlarse, a pesar de sus esfuerzos, parpadeó y las lágrimas rodaron con lentitud por sus mejillas.

Cuando la vio llorando, Jack exclamó con frialdad:

-¡Estás llorando otra vez! Dios, ayúdame... ¡Te daré de azotes! -

dijo bruscamente, en un intento por parecer furioso.

Era más de lo que la joven podía soportar. Estalló en sollozos, echó a correr hacia la habitación y cerró la puerta apoyándose sobre ella; estaba sofocada, como si acabara de correr kilómetros.

Oyó que llamaba, estaba segura de que en cualquier momento forzaría la puerta.

-Vete, por favor, vete -suplicó la chica.

Transcurrieron algunos minutos antes de que él saliera de la casa.

El ruido de un coche a punto de partir, hizo que su respiración se normalizara.

Jenny estuvo apoyada sobre la puerta mucho tiempo. demasiado confundida y sin fuerzas para apagar las luces e irse a la cama.

CAPÍTULO 5

EL MIERCOLES parecía interminable, el teléfono hacía saltar a Jenny cada vez que sonaba, sus compañeras la miraban con curiosidad preguntándose la razón por la que parecía tan intranquila.

Por la tarde estaba fatal, y Grant Ogilvie le comentó cuando ella le pidió que le repitiera la última frase del dictado:

-Jenny, ¡estás muy mal! Esto puede esperar hasta mañana. Si no te sientes bien, tómate el día libre.

La joven movió la cabeza y respondió:

-Es sólo un dolor de cabeza, que desaparecerá si me voy temprano a la cama y tomo una pastilla. De todos modos, gracias.

A los pocos minutos tapó su máquina de escribir, aceptó de buena gana las palabras amables de Suzy, mientras sentía sobre ella la mirada curiosa de Lise. Cuando el ascensor descendió y las puertas se abrieron, durante un agónico segundo creyó que la alta figura vestida de oscuro que estaba en la esquina de atrás era Jack Benedict: pero no fue así y sintió alivio.

El tráfico que había a esa hora era muy abundante, mucha gente regresaba a su casa del trabajo.

Una vez en el apartamento, Jenny se dejó caer en la silla más cercana con el correo en la mano. Comer... el sólo pensar en ello le hacía ponerse enferma. Sólo tomaría una taza de café caliente y un bizcocho, en la cama, pero antes se daría un baño.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Después de que sonara varias veces, fue a contestar. Se tranquilizó cuando escuchó al otro lado de la línea la voz de su prima Dianne. Le contó los detalles del fin de semana en su casa, excluyendo los que le recordaban a Jack.

El agua tibia de la ducha logró eliminar la tensión de su cuerpo.

Le costó algún tiempo lavarse el pelo y no pudo evitar sentirse culpable al utilizar demasiada agua caliente. El timbre de la puerta sonó cuando se estaba poniendo una toalla en forma de turbante en la cabeza. Se tapó apresuradamente con una bata y se dirigió hacia la

puerta.

-¿Quién es? -preguntó, inquieta.

-Jack Benedict.

¡Oh, no!, no podía ser él, seguro que no era.

-¿Jenny? --dijo él, al tiempo que daba la vuelta al picaporte.

-Está cerrado, estaba bañándome -dijo, insegura-. Tendrás... tendrás que esperar hasta que me haya vestido.

-Esperaré -respondió con frialdad.

Rápidamente entró en la habitación y buscó ropa interior limpia, pantalones y un blusa sin mangas. Se enrolló la toalla en la cabeza y fue hacia la puerta.

Elestaba formidable. La camisa que llevaba puesta acentuaba el bronceado de su piel y le daba un aire atrevido a sus facciones. El color gris plata de sus pantalones contrastaba con el color oscuro de

sus ojos. La miraba enigmáticamente.

-¿Ya has cenado? -preguntó, sin preámbulos. Su expresión se endureció cuando ella jugueteó con la toalla que tenía en la cabeza.

-¿Qué... qué quieres? -inquirió, nerviosa, recordando que no estaba vestida de forma adecuada.

-¿Qué quiero? -su voz era áspera-. Mi querida Jenny, si yo contestara a tus preguntas me considerarías un desvergonzado y como virtuosa doncella, temerosa de perder tu virtud, huirías -concluyó con ironía.

La joven se apartó de él enfadada. El movimiento fue tan rápido, que hizo que el turbante cayera. ella se lo colocó de nuevo mientras lanzaba un gemido de exasperación.

-Déjalo -sugirió Jack quitándoselo de la cabeza.

El se acercó y empezó a friccionar el pelo con energía.

Estaba tan cerca que podía percibir el aroma de su cuerpo. Era un hombre distinto a los que habla conocido antes, su presencia despertaba en ella sentimientos que no conocía. Era como despertar de un profundo sueño y sentirse atemorizada, no por él, sino por su propía debilidad. Resultaba desconcertante acudir desesperada a los principios morales que hasta entonces había conservado sin dificultad; sabía que debía luchar con desesperación para poder resistirse ante él. Sofocó una risa histérica. Era las dos cosas: hundirse o mantenerse a flote.

-Ahí está bien -Jack lanzó la toalla con descuido sobre una silla, entonces levantó su rostro y la miró sonriente-. En este momento pareces la bruja de uno de esos programas de televisión para niños.

Jenny se soltó de él y se llevó las manos al pelo con desesperación.

-¡Me costará años deshacer estos nudos! --le reprochó.

-Estás mostrando de nuevo tus púas, preciosa -comentó Jack con sequedad-, pensé que la noche anterior habíamos borrado cualquier necesidad de fingir.

Jenny dio media vuelta hacia él, sus ojos brillaban de indignación.

-¿Qué te propones, Jack Bencdict? ¿Es un desafío para probar lo irresistible que eres? ¿Te molesta que no hayas logrado aún

seducirme? ¿Es por eso por lo que sigues buscándome?

Jack la miró con frialdad. Su rostro se contrajo de furia. Jenny se dio cuenta de que él se estaba conteniendo para no zarandearla. Sabía bien que merecía un castigo. Si él se marchaba y decidía no volver a verla, difícilmente podría culparle.

-Es una lástima que no hayamos llegado a intimar lo suficiente como para castigarte de una manera adecuada. Créeme, implorarías caridad.

Observándole, Jenny no lo dudó ni un instante. Parecía implacable. De pronto sintió que no tenía sentido continuar luchando contra él. ¿Qué le había dicho cuatro noches atrás, en la casa de la playa? «No luches contra ello». Ella, inconscientemente, pedía una tregua, sus ojos reflejaban debilidad y desolación. Estaba desesperada y quería encontrar las palabras adecuadas para explicarle por qué le atacaba tan obstinadamente, llorar y pedirle que dejara de herirla.

-No sé por qué te molestas conmigo -logró decir por fin en un susurro-. Parece que tenemos que lanzarnos insultos cada vez que nos encontramos.

La expresión de él se había suavizado un poco, pero aún se le notaban rastros de furia.

Estoy de acuerdo en que esas palabras no son las más adecuadas pira una buena comunicación entre nosotros -conmentó con frialdad, mientras sus oscuros ojos se detenían en la suavidad de su boca

y con lentitud subían hasta encontrarle la mirada.

Jenny se sonrojó, el corazón le latía muy de prisa.

Será mejor hacer algo por ni¡ pelo -se disculpó, y sin mirar atrás, entró en el dormitorio.

Mientras se cepillaba el pelo, pensaba que si él aún estaba en la sala cuando ella saliera, todo iría por buen camino. Dio un ligero toque de color a sus casi blancas mejillas y un tono rosado a sus labios.

Cuando entró en la sala, Jenny sintió el ambiente tenso. Tuvo la impresión durante un segundo, de que él se había marchado; pero entonces sus ojos le descubrieron.

Estaba de pie, sus movimientos eran lentos y suaves. Jenny no logró descifrar nada en su enigmática expresión.

-Le pedí a mi ama de llaves que tuviera preparado algún plato para las siete de la noche y ya casi son -comentó Jack mientras sacaba las llaves del coche de su chaqueta.

Jenny ocultó su confusión lo mejor que pudo y trató de no

parecer desilusionada al saber que se marchaba.

Si aún no has cenado, quizá quieras venir.

Ella le miró asombrada, se dio cuenta de que por primera vez él le brindaba la oportunidad de negarse, pero algo le decía que hacía la invitación como un sutil ultimátum. El pensar que pisaba terreno peligroso le fue indiferente.

-Gracias, me gustaría -aceptó.

Ninguno de los dos habló durante el trayecto. Cuando el coche se detuvo frente a la elegante mansión, Jenny no pudo reprimir una expresión de asombro ante la formidable construcción. Era de piedra blanca, con grandes arcos y caminos cubiertos de grava. Los tejados eran de color rojo, y eso daba a la casa un aspecto más acogedor.

-Tienes una casa muy bonita -le dijo ella, mientras salía del coche.

Jenny le siguió en silencio hasta una puerta de madera, en la entrada principal. En el vestíbulo, echó un vistazo a la mullida alfombra ele color crema que había en el suelo. 1 labía también algunos cuadros de paisajes en la pared y desde el pasillo, Jenny vio el patio. lleno de luz.

Una mujer de mediana edad llegó a la habitación y Jack la recibió con una sonrisa.

-Ven y conoce a Jenny -le dijo con amabilidad-, la señora Lowry, Jenny Meredith.

-Por favor, llámeme Jenny -le pidió, afectousa, y la señora Lowry se lo agradeció con un gesto amistoso.

-Gracias, Jenny. Todo está en orden, la cafetera está en la cocina. Solamente tiene que tocar el timbre cuando estén preparados.

Con una cortés sonrisa los dejó solos y Jenny sintió la mano de Jack en su brazo conduciéndola al comedor.

En la mesa había un mantel blanco de lino, la cubertería era de plata y la vajilla de la mejor calidad. También las copas eran de cristal finísimo. Una botella de Cabernet Sauvignon había sido puesta en hielo en un cubo de plata y cuando los platos fueron descubiertos y despidieron un aroma delicioso, Jenny recordó cuánto apetito tenía.

El pato a la naranja y el flan de frutas con nata eran un regalo para el paladar. Minutos después de haber empezado a comer, la joven recordó que no habían hablado, pero Jack interrumpió sus propósitos de iniciar la conversación.

-Tranquila, Jenny -le dijo--. Tendrás una indigestión si te

concentras en tantas cosas a la vez. hablaremos después de tomar el café.

Ella se ruborizó ante su reproche. Discutir con él y provocar su furia no le acarrearía nada bueno. Además, ella no tenía en ese momento la fuerza necesaria para pelearse con él.

El teléfono sonó y Jenny asintió ante la insinuación de Jack de contestar a la llamada en su estudio. Por hacer algo, la joven empezó a limpiar la ¡ilesa, llevó los platos a la cocina y al ver que había lavaplatos colocó la vajilla y lo puso a funcionar. Después de hacer esto, se dirigió al salón y se arrodilló junto a los discos. Encontró un álbum con los éxitos de oro de Glen C ampbell, lo puso en el tocadiscos y se sentó en un sillón para escuchar los compases de la música. De pronto, recordó la cafetera y corrió a la cocina para desconectarla.

-Perdón por tardar tanto tiempo --se disculpó Jack cuando Ileó hasta donde estaba ella-. La señora Lowry se afligirá al ver que nuestra huésped se ha encargado de los platos. Deberé reprenderla marrana por la mañana -añadió alegremente-. Ahora sé una buena pina y lleva el café al salón, que lo necesito. Imagínate que estoy tnih;,jando en un asunto urgente, es tarde y deseo una compañía silenciosa que me permita concentrarme.

Jenny aceptó con placer, la escena hogareña que representaban le gustó.

-¿No sería mejor que me llevases a casa? -sugirió-. Entonces nadie te interrumpiría.

-Podrías quedarte sentada leyendo, mientras yo trabajo -sugirió pensativo Jack.

-Creo que lo mejor será irme -comentó temblorosa, al sentir que las manos masculinas se posaban sobre sus hombros y la obligaban a mirarle.

-Eres como un pequeño y asustadizo conejito, ¿verdad, preciosa! -preguntó con suavidad--. Podría apostar a que tu ex prometido nunca te hizo el amor.

Jenny no contestó, sentía que no podía, porque de ello dependía su vida. Empezó a contemplar la tela de su camisa tratando de concentrarse en algo, cualquier cosa que le impidiera estallar en solloios. Una lágrima se escapó y fue ir9posible reprimir las demás.

-¡Mírame! -le ordenó Jack, suA manos aún permanecían sobre sus hombros, su presión era tan fuerte que parecía que la iba a clavar en el suelo-. Si es así, ayúdame...

E Ha levantó la cabeza en silencio para buscar su mirada, se sentía incapaz de controlar el temblor de sus labios.

-Jenny Meredith -dijo él con dulzura, tratando de contenerse--. Ya he tenido suficiente. ¡Por Dios, ayúdame! Hasta hace diez días eras una cínica insensible, incapaz de mostrar ninguna emoción. Te quiero aquí, en mi casa -su voz era dulce y con un gesto de ternura, añadió-: no como una distracción pasajera, sino como mi esposa.

Jenny sintió algo cono un vértigo. Estaba soñando, ¡tenía que estar soñando!

-No puedes pensar eso -susurró incrédula.

-¿No? -preguntó él-. He conocido muchas mujeres en mi vida. Todas ellas fueron sólo una ilusión, no me quedó nada de aquella relación. Eran hermosas mujeres sin escrúpulos -añadió con dulzura-, algunas se propusieron llegar a ser la futura señora de Jack Benedict. El pensar que alguna de ellas me esperara al llegar a casa, criara a mis hijos, arreglara ni¡ mesa, era totalmente incongruente.

Hizo una pausa y le sonrió.

-Mi preciosa Jenny, has logrado conquistarme. Ríes en lugar de molestarte cuando acaricio tu pelo y no te molestas si te estropeo la pintura de labios cuando te beso. El hombre que amas es tu Inundo y los hijos serán tu razón de vivir -añadió-, te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Jenny le miró aturdida. Estaba helada, parecía incomprensible que él la deseara como su esposa. Una agradable compañía para entretenerse un poco, sí, pero... ¿su esposa? ¡Parecía tan increíble!

-Yo... es muy pronto, demasiado pronto. En realidad no puedo creer lo que estás diciendo -tartamudeó, temblorosa.

-Nunca le había pedido a ninguna mujer que se casara conmigo -confesó Jack-. Como es verdad lo que pienso y te estoy diciendo... mañana solicitaré la licencia para casarnos a primera hora en la oficina del registro... a menos que prefieras una boda religiosa -preguntó, inclinándose hacia ella-, estoy preparado para sufrir las formalidades que requieren las tradicionales nupcias donde tienes que vestir ele blanco y después sentarte a sonreír delante de una tarta de varios pisos.

De forma involuntaria, Jenny extendió la mano y cogió con los dedos uno de los botones de la camisa de él hasta que lo desabrochó.

De pronto, todo a su alrededor se tornó oscuro y un turbulento torbellino la envolvió. Lo último que pudo recordar fue la exclamación de Jack y los brazos de él sosteniendo su cuerpo.

Volvió a la realidad con el sabor del coñac en sus labios, vio la expresión de pena de Jack a escasa distancia de su rostro. Hizo una

mueca por el fuerte sabor y con un empujón intentó hacer el vaso a un lado, pero él lo sujetó con fuerza sobre su boca hasta que bebió a última gota. Instantes después, sus mejillas se sonrosaban.

Pensé que el desmayarte era resultado de las circunstancias tan emotivas de otro tiempo -comentó Jack, bromeando-, ¡pero lo has hecho por segunda vez en sólo dos días!

Jenny estaba consciente de que él se encontraba muy cerca de ella. l-:staba recostada sobre los almohadones de un sofá de terciopelo. Una diminuta y pequeña sonrisa de incredulidad apareció en la comisura de su boca cuando le miró.

-¿Eres real? -preguntó, temerosa, segura de que estaba ;soñando.

¡Oh, sí, mi Jenny preciosa! -le contestó con voz suave-, no me incites a probártelo -le previno-, tal vez conseguirías más de lo que ofreces y en la situación en que te encuentras, sería una desleal ventaja.

Le sonrió tímidamente.

-Es una lástima desperdiciar un sitio tan cómodo como éste -susurró, soñadora.

Sonriente, Jack besó con delicadeza su cuello.

-¡Jenny Jenny! ¿Quién puede resistir semejante invitación? - se inclinó sobre ella y empezó a besarle el rostro-. ¡Si un poco de coñac ha conseguido este resultado, recordaré que debo llevar siempre un poco!

La joven cerró los ojos, el dulce sueño de sus besos la trasladó a un mundo desconocido. Con lentitud, colocó los brazos alrededor de su cuello, sus dedos se introdujeron en la espesura de su pelo y llegaron hasta la nuca, ¡Era como ir al cielo, la indudable experiencia ele su contacto la arrastraba hacia nuevos horizontes donde ella sólo deseaba ir con él y no detenerse nunca!

Exhaló un suspiro cuando él. todavía con las manos sobre sus hombros, se sentó a su lado. Ella le miró con ternura. Tenía los labios rojos y temblorosos por sus besos.

-¿Jack? -interrogó con marcado acento cuando él le acarició una mejilla.

-Eres una joven descarada y coqueta. Jenny Meredith -se puso de pie y la cogió de las manos para levantarla-. Después de todo, creo que lo mejor será llevarte a casa. En este momento casi no eres responsable de tus actos -insinuó.

Los labios de Jenny se curvaron en una irresistible sonrisa y sus ojos brillaron con malicia.

-¿Siempre eres así de galante con todas las mujeres? Jack la observó co dureza.

-Jenny, tienes sólo veinte segundos para llegar a esa puerta y meterte en el coche, de lo contrario, ¡por todos los cielos, que te haré ni¡ mujer ahora mismo!

Jenny abrió desmesuradamente los ojos. Estaba segura de que él cumpliría su palabra. No era prudente permanecer allí e iniciar una conversación que no les llevaría a ninguna parte, así que dio media vuelta y casi corrió hacia la puerta.

Hasta que no se encontró a salvo dentro del coche, no se sintió más calmada. Los pensamientos se atropellaron en su cerebro, iban y venían con tanta rapidez, que creyó que la cabeza le explotaría.

Su mirada se clavó en la alta figura de Jack cuando caminaba hacia ella para subir al coche. Aparentaba control absoluto de sus emociones y ella se preguntó cómo podía parecer tan sereno.

Jenny iba fascinada, llevaba la mirada perdida. El coche se deslizaba por la carretera velozmente.

El silencio dentro del coche le pareció parte de un siglo. Cuando el coche se detuvo frente a su apartamento, ella susurró: -Gracias por la cena.

-Ven aquí -ordenó Jack con suavidad.

Jenny le miró ansiosa. En silencio y con delicadeza, él la cogió de los hombros y le dijo:

-Querida Jenny, ten confianza en mí, es todo lo que te pido.

Al notar la calidez de sus dedos sobre su piel, sintió un deseo de abandonarse a sus caricias y tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojarse en sus brazos.

-Será mejor que me vaya -consiguió decir-. Tú tienes trabajo que hacer.

Sin mirarle, salió del coche y subió con rapidez hasta su apartamento. Abrió la puerta y encendió las luces. Se asomó a la ventana vio que el coche daba la vuelta para tomar el camino de regreso.

Indecisa, Jenny se fue a su habitación, encendió la televisión y tn interés, vio durante algunos minutos un programa, después apaó el aparato. Todavía se sentía marcada a causa del coñac. Se dijo quc debería irse a la cama, pero eran tantos y tan complicados los pensamientos que había en su cabeza, que no le sería fácil conciliar el sueno. El sofá era confortable y la invitó a descansar, cogió un cojín entre sus brazos y se quedó meditando en el caos que Jack Benedirt había provocado en sus sentimientos. No supo cuándo empezó a dormitar; se despertó más tarde, friolenta y con el cuello dolorido. Miró el reloj y se dio cuenta de que había dormido durante casi tres horas. Bostezando, se metió en la cama.

Antes del mediodía, el teléfono de la oficina sonó y ella fue a contestar. Eran su tía Madge y su tío Dan, que habían llegado a Auckland un día antes de lo planeado. Su tía Madge, entre risas de buen humor, le contó que por el cansino había engatusado a su tío Dan para que le permitiera visitar dos tiendas en vez de una. Eso significaba que tendrían que cambiar la cena con Jenny, pero esperaban que ella no tuviera nada importante que hacer. Encantada, Jenny quedó con ellos en la entrada del hotel tan pronto como saliera de la oficina, y como su tía mostró interés en conocer su apartamento, Jenny prometió llevarlos a visitarlo, así aprovecharía para cambiarse de ropa para la cena.

Cuando regresó a la oficina, después de una agitada hora en la que se compró un par de zapatos, encontró unas líneas escritas. Decían que llamara a la señora Lowry al número anotado. Jenny marcó con rapidez.

-¿Señora Lowry? Soy Jenny Meredith. Recibí su mensaje pidiendo que la llamara -explicó Jenny.

- Sí, Jenny -respondió la señora Lowry-. El señor Benedict me pidió que le telefonera para que confirmara una cena con usted para hoy a las siete en punto.

Jenny se sintió desilusionada.

-Me temo que no podré esta noche, señora Lowry -le manifestó, pesarosa-. Mi tía y mi tío han llegado a Auckland un día antes de lo previsto y acabo de ponerme de acuerdo con ellos para cenar.

-¡Qué pena! -exclamó con tristeza la señora Lowry-, el señor Benedict dijo que estaría en la corte todo el día, me consta que no es de su agrado que se le interrumpa allí. De cualquier manera -continuó resuelta-, trataré de dejarle un mensaje con su secretaria, con la esperanza de que él llame antes de salir de la ciudad. También le dejaré una nota aquí, es mi día libre y ya me iba a ir.

-Estoy apenada, señora Lowry -se disculpó amablemente.

-No se preocupe, Jenny. Sé que el señor Benedict lo entenderá, adiós.

Jenny se despidió y colgó el teléfono.

Faltaban unos cuantos minutos para las seis de la tarde cuando su tía Madge y su tío Dan estuvieron en su coche. Dan elogió su forma de conducir y dio gracias a todos los santos de no vivir en la ciudad. A duras penas acomodó su enorme cuerpo dentro del coche y refunfuñó por el tamaño del coche de Jenny.

Su tía Madge le reprendió con dulzura por comportarse como un viejo mal educado; él gruñó diciendo que esperaba volver pronto a la tranquilidad del campo.

Al llegar al apartamento, Jenny le sugirió a su tío Dan que sirviera una copa de jerez para cada uno, mientras ella se cambiaba. Ya en su habitación, eligió una falda de terciopelo y una blusa entallada de color crema. Optó por dejarse el pelo suelto y se retocó el maquillaje. Pasó a otro bolso las llaves, el dinero y algunas otras cosas necesarias. Al salir recibió un sonoro silbido de su tío, aprobando su aspecto.

-Esto es muy bueno para levantar mi moral -reconoció, sonriendo, mientras cogía la copa de jerez.

-Me encanta tu apartamento, Jenny -dijo entusiasmada su tía Madge-. La cocina es pequeña, pero tiene todo lo necesario para no sufrir por falta de espacio, además, tiene muy cerca la otra casa, puedes golpear en caso de emergencia.

Jenny le sonrió.

-No creas, tía, hay una doble pared de hormigón separando cada apartamento. Me costaría una buena caída que me escucharan del otro lado--con destello de malicia, añadió-: mi lema es: «Sicinpre segura». Tengo buenas cerraduras en las dos puertas, están aseguradas con cadenas y por si fuera poco, tengo el teléfono.

Su tía Madge la miró con alivio y sonrió con timidez cuando Jennvv le dijo:

- Eres tan temerosa como mi madre. ¡Viva por mi liberada tía! --exclamó afectuosa.

Su tío Dan carraspeó al oír aquella descripción.

-Creo que será mejor que nos marchemos, ¿estáis de acuerdo? -preguntó Jenny.

- ¡Sí! -afirmó Madge.

¿Tendré que soportaron a las dos toda la noche? -interrogó su tio Dan bromeando.

- Sería más apropiado decir que nosotras tendremos que cargar contigo -contestó con dulzura su esposa.

-Conque retándome, ¿eh, mujer?

-Y dime, ¿cuándo no lo he hecho?

El timbre de la puerta los interrumpió y Jenny miró sorprendida a sus tíos. Con rapidez se dirigió hasta la puerta y la abrió. La alta figura de Jack apareció ante sus ojos. No tuvo tiempo de decir nada, un apasionado beso se lo impidió.

-¡Jack! -exlamó sofocada, cuando él la soltó.

Estaba apenada y confusa por aquella demostración de posesión delante de sus tíos.

El rubor cubría sus mejillas cuando hizo las presentaciones. Trataba de descifrar la mirada de su tío Dan. Jack no se inmutó,

saludó a Dan con un apretón de manos y le miró a los ojos con picardía.

Jenny explicó a su tío que había invitado a Jack a unirse a ellos para cenar, lo que su tía Madge aprobó rápidamente. Para ser granjero. su tío Dan demostró mucha habilidad cuando telefoneó al restaurante para hacer la reserva.

-Bueno, pues está hecho -sonrió Dan-. Se necesita otro hombre para lograr controlar a estas dos. Un toque de sus ancestros irlandeses por parte de su madre aparece de vez en cuando una y otra vez y tienen un carácter endemoniado cuando se enfadan --explicó de buen humor Jack-. Ya lo ha notado, ¿no es así?

-Sí -contestó Jack, tratando de ignorar las caras de asombro de Madge y Jenny-. Pero sé manejarlas -contestó amablemente.

-Me alegro y no lo dudo -expresó Dan sin inmutarse-. Ya se ha notado.

Eso era demasiado para su tía Madge.

-¡Daniel Farrell! -le dijo-. Eres el más...

-Será mejor darles de comer... tal vez así se calmen las cosas- expresó Dan a Jack, con una leve inclinación. Jack siguió el juego verbal.

-¿Y algo de vino? He notado que hace efecto.

El hombre mayor se encaminó hacia la puerta.

-Espero que su coche sea más amplio que el de Jenny. ¿Trae usted coche?

-Sí -afirmó Jack sonriendo-. Estoy seguro de que lo encontrará bastante cómodo.

-¡Oh, sí! --exclamó, cuando vio el Mercedes Benz aparcado en la entrada-. ¡Esto sí es un coche!

-Me alegro de que le guste -respondió amable Jack.

-¿No le importa si voy en el asiento delantero? Tendrá a Jenny para usted de regreso a casa.

-No, de ninguna manera --afirmó Jack, mientras mantenía la puerta abierta para que Jenny y su tía Madge subieran.

La cena fue deliciosa, tanto la comida como la conversación. Los dos hombres parecían tener algo en común y simpatizaron mutuamente. Ya avanzada la noche, Jack le pidió a Jenny que bailara y ella tuvo la oportunidad tic explicarle la llamada de la señora Lowry, el aviso de su tía Madge un día antes de lo previsto y su ajetreada tarde.

-¿Trabajaste hasta muy tarde anoche? -interrogó Jenny. Se sentía tímida e insegura ante ese hombre tan sofisticado. Jack arqueó una ceja y una ligera sonrisa curvó sus labios. -

¿Conversación cortés, o interés por mi bienestar? Jenny tragó saliva. nerviosa.

-Pensé que deberías sentirte cansado, eso es todo -le contestó con calma

La señora Lowry mencionó que estarías en la corte todo 1 día.

- Estoy acostumbrado -respondió al tiempo que la estrechaba un ni¡¡,, entre sus brazos.

-Sí, por supuesto -susurró.

Los labios de él rozaron el lóbulo de su oreja izquierda y subieon hasta sus sienes.

-Creo que en realidad eres tímida -le dijo él.

Jenny intentó zafarse sin conseguirlo. Su voz era pausada y ligeamente hiriente.

-Te burlas de mí?

-¿Yo? ¿has pensado que tú me provocas?

-¡No es cierto! -se ruborizó al darse cuenta del significado de sus palabras-. Mereces no salirte con la tuya siempre -añadió malhumorada.

-Me vengaré más adelante por lo que has dicho.

-Jack Benedict... yo...

-¿Sí? -la interrumpió, sonriendo-. Más tarde, mi preciosa Jenny, más tarde. Vamos a tomar el café y después llevaremos a tus tía» a su hotel -colocó un brazo alrededor de su cintura y la condujo hasta la mesa.

Durante cl café, Dan atrajo la atención de Jenny.

-Tu tía Madge tiene una de esas terribles citas en un salón de belleza mañana. Ten compasión de este caballero y come conmigo, Jenny.

-Encantada -aceptó sonriendo.

-Perfecto. En cualquier parte que no sea complicado encontrarte.

Jenny meditó unos segundos y entonces sugirió el restaurante que estaba al lado de donde se encontraban; prometió buscarle en la entrada un poco antes de la una.

Su tía Madge y ella caminaron al salir del restaurante al lado de los hombres. Cuando iban a mitad de la escalera, su tía Madge se volvió para mirarla sonriente.

-Me gusta tu Jack, Jenny -dijo-. ¿Le conoces bien?

Jenny sonrió.

-Le conocí hace apenas diez días, tía -respondió haciendo un mohín con la nariz-. Y él no es mi Jack.

-¡Oh, Jenny!, tenía la esperanza de que... -la chica la interrumpió con delicadeza.

-Acabo de llegar de Auckland huyendo de un compromiso que se deshizo, ¿recuerdas? ¡Y no quiero enfrascarme en otro!

Su tía la miró sorprendida y alarmada a la vez. Luego, le dijo con lentitud:

-Yo intenté esperar seis meses antes de casarme con tu tío Dan, pero él, mi querido hombre tan impetuoso, no tenía intención alguna de esperar.

-¿El tío Dan impetuoso? ¿Y cuánto esperásteis, tía Madge? -preguntó, curiosa.

-Nuestro noviazgo fue como un torbellino -respondió su tía con expresión soñadora.

Jenny empezó a reír.

-¿Cuánto? -insistió.

-Trece días -le confesó su tía Madge y en tono confidencial añadió-: Créeme, fueron los más largos y tormentosos días que he vivido.

Jenny se quedó pensativa durante algunos segundos.

-Creo que te entiendo. -Creo que sí -asintió su tía.

Hasta sus oídos llegaba la risa de su tío Dan. Jenny y Madge se volvieron y los vieron caminar hacia ellas. La chica le extendió la mano a Jack, cuando él llegó a su lado.

Dejaron a sus tíos en la entrada del hotel. Jenny contestó a la sonrisa de despedida de su tía Madge con un adiós algo melancólico.

En cuanto el coche salió de la ciudad y tomó el camino hacia el sureste, Jenny sintió prisa por decir algo, pero nada le parecía coherente, así que decidió permanecer en silencio.

-Ven aquí -le ordenó Jack en cuanto detuvo el coche a la entrada del apartamento-. Tenemos que hablar.

Cogió la llave de la mano de Jenny, la metió en la cerradura y abrió la puerta. Le cedió el paso y la siguió hasta el saloncito.

-Tus tíos forman una pareja encantadora --dijo, sonriendo. lenny. nerviosa, retorcía las asas de su bolso.

Me encantan los dos -afirmó la chica-. Mi tía Madge y mi madre son hermanas, hermanas gemelas -le informó con voz temblorosa.

Jack la miró fijamente y ella empezó a enredarse el pelo en los dedos.

-Regresarán mañana por la tarde a Claudelands, así que después de todo, no será necesario que llegues tarde a la fiesta.

Jenny consiguió concentrarse.

-¡Oh, no, supongo que no! -respondió.

-Mírame -le ordenó amablemente Jack, al mismo tiempo que la

cogía por los hombros.

Le levantó la barbilla para mirarla a los ojos. Jenny parpadeó al notar la pasión que había en aquellos ojos oscuros. En un gesto nervioso humedeció los labios y él se los besó con delicadeza.

-Eres por muchas cosas la mujer más exasperante que he conocido -dijo con impaciencia cuando ella pasó la lengua por su labio superior por segunda vez-. ¡No hagas eso! -exclamó.

La chica le miró desconcertada.

-No entiendo lo que quieres decir -dijo suavemente.

-Jenny, Jenny. ¿Qué es lo que voy a hacer contigo? -le pregunte cuando ella se humedeció inconscientemente los labios por tercera vez.

Jack la abrazó.

-Estás fuera de mi vista durante menos de veinticuatro horas y casi te conviertes en un manojo de nervios, llena de dudas e insegura de ti y de mí, ¿por qué?

La chica permaneció silenciosa entre sus brazos, incapaz de pronunciar palabra.

-¿Es el proyecto de matrimonio lo que te ha desanimado? -interrogó.

La joven levantó la cabeza con lentitud hasta encontrar la mirada de él.

-No sería sincera si te dijera que no -respondió, con voz trémula-. No he conocido nunca un hombre como tú. Me da miedo pensar que apenas unas semanas antes creí estar enamorada de Max, que me iba a casar con él y me sentía feliz -se interrumpió de pronto, pero consiguió continuar-. Todo ha sucedido tan rápido, ¿no te das cuenta de que necesito tiempo?

-¿Tiempo, preciosa? -preguntó, extrañado-. Sólo alguien tan inocente corno tú puede dar una explicación tan cruel.

La chica sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. -Por favor, no puedo pensar bien ahora -le suplicó.

La boca de él descendió con delicadeza y besó sus lágrimas. Todavía llorando, ella se volvió para ofrecerle sus labios, y pasó mucho tiempo antes que él dejara de abrazarla.

-No estoy seguro de si sería lo mejor que te llevara a rastras hasta la oficina del registro a las tres y media del próximo lunes, tal como lo he arreglado -le dijo con dulzura, al mismo tiempo que le acariciaba ligeramente los labios con el dedo índice-. Debes tomarte tu tiempo, Jenny. pero no creas -añadió-, que voy a permitir que ese tiempo sea ilimitado a cualquier señal de posponer la fecha, haré caso omiso y te llevaré a la fuerza al registro, ¿lo has entendido?

-¡Sí, señor! -exclamó.

Repentinamente, Jack la cogió en brazos y la atrajo hacia él. Después presionó sus labios contra los de ella hasta obtener respuesta. Fue como si hubiera transcurrido un siglo antes de que él levantara la cabeza y la dejara libre. Jenny tenía los ojos brillantes.

-¡Sí, señor! -repitió Jack.

-Creo que vas a ser un marido demasiado tirano -le dijo ella, mientras tina sonrisa se dibujaba en sus labios.

-Y tú -afirmó él con energía-, ademas de ser una hechicera, es lo menos que se me ocurre.

Sacó un pequeño estuche del bolsillo de su chaqueta y se lo puso en la mano.

-Ábrelo -le dijo con suavidad. -¿Jack'? -balbuceó.

-Era de mi madre -afirmó, cuando ella lo cogió con timidez.

Jenny lanzó una exclamación de asombro al ver el anillo, que tenía un rubí rodeado de diamantes.

-La montura puede cambiarse si tú lo deseas.

-Así es precioso -dijo con voz temblorosa-, no me atreveré usarlo.

Sin decir nada, él sacó el anillo del estuche y se lo puso a Jenny en la mano izquierda.

-Gracias -susurró Jenny-. Será mejor que lo guardes otra vez, me lo pondré sólo en ocasiones especiales.

Jack sonrió y sus ojos oscuros brillaron cuando le acarició la mejilla.

-Lo llevarás todo el tiempo, Jenny. Para tu tranquilidad, está asegurado -añadió con delicadeza-. Ahora vete a la cama, pasaré por ti mañana por la noche, a eso de las siete. La señora Lowry tendm preparada la cena para nosotros. Disfruta la comida de mañana con tu tío Dan.

La besó suavemente en los labios. Dio media vuelta y salió de la habitación.

CAPÍTUL0 6

C UANDO Jenny llegó al restaurante, su tío Dan ya la esperaba. La cogió del brazo y la llevó a la mesa.

-Ahora, mi niña... ---dijo su tío cuando se fue el camarero-. Creo que tenemos que hablar tú y yo.

Jenny sabía lo que le iba a decir.

-Tenemos que hablar mucho -respondió.

El camarero volvió y cuando se disponía a servir vino en la copa de Jenny, ella le dijo:

-Gracias, beberé agua.

Su tío Dan movió la cabeza con lentitud. Su expresión se tornó seria mientras probaba los apetitosos mariscos que les habían servido. acompañados de una ensalada verde.

-¿Le conoces desde hace mucho tiempo, Jenny? -le preguntó su tío.

La miraba atentamente y Jenny se dio cuenta de que no le podría engañar.

Le miró la mano izquierda. El anillo de Jack estaba guardado bajo llave. Debería dormir con el anillo puesto, sólo así tendría el suficiente coraje para llevarlo también durante el día. Tenía miedo de enfrentarse a las miradas de Suzy, Judy y Lise, sobre todo a la de Lise. Sus compañeras darían la noticia del compromiso de Jenny con el muy codiciado Jack Benedict y pronto se sabría en todo el edificio. Entonces, ella tendría que dejar el trabajo.

-Casi dos semanas -respondió por fin.

-Yo puse un anillo de compromiso en el dedo de tu tía Madge la primera semana que nos conocimos, y casi la arrastré a la iglesia para casarnos, a la segunda –afirmó su tío Dan con determinación.

-¿Y tú piensas que...?-Jenny levantó la vista para mirarle a los ojos.

-No levantes barreras donde no las hay, Jenny. El amor que se aneja con la cabeza más que con el corazón, pierde mucho de sus Cimientos.

-Estoy segura de que hay mucho de verdad en eso, tío Dan; pero también hay un refrán que dice: matrimonio apresurado, de repente olvidado.

-Vienes de una buena familia, Jenny. Si se te maneja bien, Ilegarás a la meta.

-Me haces sentir como un caballo de carreras -expresó la joven con una triste sonrisa.

-Que cualquier hombre cuerdo querría tener -añadió su tío sonriendo.

-Eso me levanta la moral, tío Dan, pero ya no soy una niña ijo Jenny, poco dispuesta a confiar sus complejos y temores. lack había prometido darle tiempo, aunque no especificó cuánto. De lo que estaba segura era de que no esperaría mucho tiempo. 1labia mantenido con Max una relación durante seis años y empezaha a comprender el bien que le había hecho. Sí, una pequeña voz le decia que había estado más enamorada del amor que de Max. Y comparan a Jack con Max resultaba ridículo.

-Bien dicho, Jenny -su tío Dann sonrió afectuosamente-, él me agrada.

Jenny se sintió apenada. Su tío Dan era un hombre bondadoso y descaba su bienestar de todo corazón.

-Me pidió que me casara con él -le confesó.

Su tío Dan la miró fijamente, en su expresión había solemnidad.

-¿Y aceptaste?

Jenny afirmó con un movimiento de cabeza.

-La boda será pronto -afirmó su tío Dan-. Dudo mucho que él te permita pensarlo demasiado.

-Sí -aceptó Jennv con calma.

Le miró ansiosamente y descubrió que había una amable respuesta en su expresión.

-Jenny, me recuerdas mucho a tu tía Madge. Ella no estaba totalmente segura de casarse conmigo, y sobre todo porque nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pensaba que sería presa de los chismes de la gente y que llegarían a falsas conclusiones, ¡no importa! -le advirtió-. No hagas caso de habladurías, normalmente, es envidia. Me alegro -añadió amablemente-, me gusta más que el otro tipo. Bueno, basta de plática. La comida se está enfriando, tendrás que comer rápido si quieres llegar a tiempo a la oficina.

Jenny sonrió.

-Tu tía Madge estará encantada -afirmó con satisfacción-. ¡No le dejes escapar! Te lo aconsejo.

Jenny prefirió no decir nada hasta no dar cuenta del filete y la ensalada que tenía en el plato.

Se vistió cuidadosamente para asistir a la cena en casa de Jack. Deseaba ponerse un traje largo, pero decidió que una falda y una blusa sería más cómodo, si tenía que desnudarse para nadar. Jack no había mencionado si la fiesta se prolongaría hasta tarde y Jenny estaba empezando a ponerse nerviosa.

Al oír que un coche se detenía en la puerta, corrió hacia el tocador para sacar el anillo de compromiso. Cogió el pequeño estuche con manos temblorosas y se puso el anillo en el dedo.

Al entrar, Jack observó en silencio el rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos.

-Pareces una alumna culpable, sorprendida por el profesor cuando estaba a punto de escaparse de clase -dijo él, después de cerrar la puerta-. ¿Deseas confesar?

-¿Por qué piensas que hay algo que me hace sentir culpable? -preguntó, tratando de esconder su confusión.

Él se inclinó y la besó en los labios. Después, le cogió la barbilla para mirarla a los ojos.

-Grant Ogilvie me invitó a tomar una copa después de comer y no mencionó que su secretaria se haya comprometido -dijo, con un brillo misterioso en los ojos.

-Se lo he contado a mi tío Dan --empezó a decir ya más calmada, cuando se dio cuenta de que él la miraba muy serio.

-No podrás esconderte durante mucho tiempo, preciosa –le dijo, tocándole la punta de la nariz con un dedo-. Tal vez convenga que vayamos a Tauranga mañana para que informemos a tu madre y a Jane de nuestro matrimonio y evitar así que lo sepan por terceos. Pasaremos la noche allí y las invitaremos a cenar.

Jenny bajó la vista al notar la pasión que había escondida en la profundidad de los ojos de él. Le miró deseando que los días siguientes hubieran transcurrido ya.

-Nuevas inquietudes... ¿tan pronto? -preguntó Jack haciendo 'una mueca-. ¡Otra mirada como ésa y recurriré a las tácticas de los hombres de las cavernas!

Jenny le miró de soslayo, su corazón latía apresurado cuando él la estrechó contra su pecho. El sentir sus manos expertas le produjo un cxtasis difícil de ocultar.

-Jack -susurró, indecisa y temblorosa, mientras los labios de él se deslizaban apasionados por su rostro.

<Mi tío Dan estaba en lo cierto», pensó. «Jack Benedict no esperará mucho tiempo».

-¿Decías Jenny? -le preguntó, arqueando una ceja.

-Tienes una desleal ventaja sobre mí -respondió sin aliento y con las mejillas encendidas.

-Estás equivocada, Jenny, eres tú la que trata de poner obstáculos para retrasar nuestro matrimonio.

Jenny sintió que sus ojos se le llenaban de lágrimas. Luchó por zafarse de su dominio y le dio la espalda. Eso era lo que no debería hacer, se reprochó. malhumorada. Estaba llena de dudas y temores, entremezclados con esa aplastante pasión que nunca había sentido antes. Parecía imposible que un sentimiento así pudiera llamarse

amor. Se suponía que el amor era una emoción bonita, no ese ansia envolvente que a veces la llevaba al cielo y otras al infierno. Se estremeció cuando las manos de él la atrajeron hacia su pecho, mientras que con los labios la acariciaba el pelo.

-Te amo, Jenny -expresó con delicadeza-. Nos pertenecemos el uno al otro y los dos sabemos la verdad de eso. Habrá momentos en que yo no pueda protegerte de habladurías que te hagan daño. Mi vida no ha sido de celibato, no puedo negar que ha habido numerosas aventuras amorosas en mi pasado. Soy consciente de que necesitas tranquilizarte. No puedo culparte de eso -hizo una pausa duante unos instantes y añadió-: sólo puedo prometerte mi fidelidad, mi amor, y ya la tienes.

A Jenny se le hizo un nudo en la garganta por la emoción. Se sentía incapaz de añadir algo a esas bellísimas palabras. Lentamente, se volvió para encontrar su mirada. Él se inclinó y le dio un beso en los labios.

-Mi querida Jenny -susurró cariñosamente, cuando levantó la cabeza-. La señora Lowry está esperándonos para cenar, una hora después empezarán a llegar nuestros invitados.

Jenny se cepilló el pelo y cogió su bolso. Antes de salir, él le cogió la mano y se la besó.

-Volveré a Wellington el próximo martes para atender una conferencia legal inaplazable -confesó, pesaroso. Jenny se sintió triste.

-¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Jack la miró a los ojos.

-Una semana, quizá ocho días.

La joven tragó saliva. Toda una semana sin verle, no lo soportaría. Quería decirle que se casaría con él al siguiente lunes como inicialmente lo había planeado Jack. Ya no deseaba esperar cuatro semanas hasta Navidad. Ella había conseguido persuadirle de que esperaran hasta entonces, para así arreglar sus asuntos en la oficina y poder ausentarse dos semanas. Jenny pensó, desesperada, que realmente no había nada que planear. Tenía mucha ropa nueva en su armario, abundante ropa de noche y lencería por docenas. Jack poseía una enorme y lujosa casa, así que no había nada por lo que esperar. Su tío Dan tenía razón, estaba llevando las cosas por un camino equivocado. Las habladurías no se harían esperar, de eso no había duda, pero, ¿eso importaba?

-Estás sufriendo sin necesidad, Jenny -Jack le acarició la mejilla con delicadeza-. Después de esta noche, nuestro compromiso y próximo matrimonio será del conocimiento general. Puedes llamar

a Tauranga antes de cenar y se lo diremos a tu madre, tal vez prefieras que llevemos a tu madre y a Jane a la granja con tus tíos, no hay razón para que no podamos ir a Auckland el domingo por la mañana.

.Jenny sonrió, indecisa, pensar que se acercaba el momento de ;conocer a los amigos de Jack la intimidaba. Su madre actuaría con cautela y estaba segura de que Jane no se sorprendería del todo. Quizá debería dejarse llevar por los preparativos de Jack, sabía, sin ninguna duda, que él ganaría al final.

.Jenny reconoció la destreza de Jack para tranquilizar a la señora Meredith, al mismo tiempo que la sujetaba a ella firmemente por la cintura. La señora Meredith no prolongó la plática porque quizá pensó iluc no sería conveniente hacerlo. Jenny sonrió, parecía que su madre estaba convencida y había aceptado la sugerencia de Jack para remo todos juntos al día siguiente en una celebración familiar. Aprobó el hecho de visitar a su tía Madge y a su tío Dan en Claudelands el domingo. Jack aceptó la invitación para quedarse con los Meredith en vez de buscar acomodo en un hotel o estar con los Sanderson.

-Me encantaría verte en acción en la corte, Jack Benedict -comentó Jenny--. ¡Tienes un modo de allanar los obstáculos! Y con la toga y la peluca debes ser diabólico!

-Supongo que es un cumplido -le contestó, inclinándose hacia ella --. De otra manera me vería obligado a tirarte esta noche a la pise¡na.

Atrévete y... -exclamó, indignada, y él se echó a reír.

-¿Qué harías, Jenny, me lo quieres decir?

-Puedes estar seguro ele que acabarías mojándote también -le dijo ella, retándole.

-¿Sí? -la cogió de la barbilla-. ¿Es una amenaza o una promesa?

-Las dos cosas -respondió.

Jack la besó con tanta pasión que ella se estremeció.

-La cena, una pequeña interrupción.

Los conocimientos culinarios de la señora Lowry eran muy extensos, todo estaba exquisito y después del segundo vaso de vino, Jenny ya estaba preparada para encarar cualquier cosa.

Vio que la señora Lowry se dirigía hacia los dos hombres que estaban en el jardín, en la parte posterior de la casa, donde se encontraba la piscina iluminada. Uno de ellos estaba colocando una parrilla mientras el otro organizaba un pequeño bar. Al final de la piscina había unos vestuarios para cambiarse de ropa. Jenny se acercó a Jack y le preguntó el número de invitados.

-Cerca de treinta --Contestó Jack-, el primer grupo acaba de llegar -añadió cuando vio que seis parejas se dirigían hacia ellos.

Se hicieron las presentaciones. Jenny notó la incredulidad en todos, pero especialmente en dos de ellos, cuando fue presentada como la futura señora de Jack Benedict. Las bebidas fueron distribuidas y la escena se repitió con cada grupo de invitados que llegaba.

Jenny sintió que sus facciones eran estudiadas por casi todas las mujeres y necesitó poca imaginación para saber que hablaban de ella. Odiaba las miradas curiosas y las sonrisas fingidas. No estaba lejos de la realidad, a la mayoría de las mujeres les habría encantado arañarla.

Jenny le sonrió alegremente a las jóvenes que había en el sitio donde se cambió sus ropas por un bikini de color azul y rosa. No pudo evitar ruborizarse ante las voluptuosas curvas de una muchacha que abiertamente reconoció que esperaba que los tirantes de su bikini se desprendieran en la piscina. ¡Jenny tuvo que contenerse para no preguntarle por qué no se quitaba la parte de arriba y así no tendría que hacer ningún esfuerzo por perderla!

Al terminar, salió con las otras chicas y anduvo por el borde de la piscina. El agua clara era invitadora y ella no sabía si deslizarse suavemente o tirarse de cabeza.

Sintió un brazo alrededor de la cintura y otro que la levantaba. Se volvió y vio la expresión divertida de Jack.

-¡No te atreverás a tirarme al agua, Jack! -exclamó, furiosa, cuando él fingió soltarla.

-¿Por qué no debo hacerlo'? -preguntó, antes de tirarse al agua con ella.

Jenny extendió los brazos alrededor de su cuello y en cuanto tocaron el agua Jack la besó. Era una sensación que invadía sus sentidos por completo. Cuando emergieron, los ojos de él tenían un brillo especial.

-¡Es una lástima que haya gente! -susurró, y la besó otra vez.

Durante unos instantes observaron a la voluptuosa pelirroja, que jugueteaba con dos hombres. Su descuidado abandono dejó oleadas de turbación en Jenny cuando minutos más tarde la parte de arriba del bikini de la joven se vino abajo, acompañado de gritos de falsa modestia para atraer la atención.

-Creo que iré a cambiarme -le dijo a Jack.

El rostro de él permaneció impasible al presenciar la escena.

Cuando regresó, la carne de la parrilla despedía un agradable y exquisito aroma. Jenny se acercó a Jack. Él también se había

vestido y al verla la recibió con una cálida sonrisa. El corazón de Jenny latía con fuerza y tuvo que contenerse para no lanzarse en sus brazos. Nunca, nunca se cansaría de verle.

Sus enormes ojos brillaban cuando reía y sus sensuales labios podían deleitar o castigar de igual manera. Que él quisiera casarse con ella no con alguna de las mujeres que había conocido, le parecía abrumador y más que nada, desconcertante.

-Regresa a la tierra, Jenny -se inclinó para hablarle muy cerca del oído y añadió--: Parece como si estuvieras muy lejos de aquí, allá entre las estrellas.

-¡Estaba! -Jenny le miró fascinada-. Mis pensamientos son estrictamente privados, así que puedes consumirte en tu dolor, Jack Benedict.

Jack sonrió y la miró tranquilo.

-Estás equivocada, puedo leer en ellos como en un libro abierto.

Jenny le hizo un gesto, mientras le miraba sonriendo.

-Si eso es cierto, ¿quieres ser tan amable de explicarme por qué no me has dado una de esas deliciosas hamburguesas?

-Te la estaba reservando, cariño -respondió, sonriendo, mientras ella desviaba la vista-. Tienes una semana a partir del próximo viernes.

Jenny abrió los ojos desmesuradamente y sus labios se entreabrieron por la sorpresa cuando le miró.

Jack le dio una hamburguesa.

-En menos de dos semanas te convertirás en la señora Benedict y entonces no permitiré comedias. Tengo la licencia y estamos citados a las cuatro de la tarde en la oficina de registro. Regresaré de Wellington el miércoles. Día y medio bastará para poner en orden cualquier cabo suelto en la oficina. Por desgracia no puedo prolongar ese fin de semana, pero durante las vacaciones de Navidad nos ¡reinos un par de semanas. ¿Qué te parece la costa de Queensland Gold, o prefieres Acapulco o Hawai?

-¡No estás hablando en serio! -exclamó Jenny.

-Sobre nuestro matrimonio, sí -afirmó, inflexible.

Jenny dio un mordisco a la hamburguesa mientras sus temerosos ojos le buscaban con desesperación.

-¿En dónde... dónde vamos a ir después de la ceremonia? -preguntó, titubeando.

La boca de Jack se curvó en una amplia sonrisa.

-A algún sitio lejos de aquí, donde podamos estar tranquilos. Donde sólo me tengas a mí por compañía -se inclinó para besarle el cuello-. Cuando hayas terminado con eso -dijo, señalando la

hamburguesa-, intentaremos encontrar un espacio para bailar.

Jenny le miró amnorosamnente cuando él le cogió la mano en la que tenía la hamburguesa y se la llevó a la boca para darle un mordisco. Estaba dispuesta a dar el último bocado cuando oyó un murmullo de voces a su lado. Jenny lanzó un grito al sentir que alguien le había tirado un café ardiendo en el brazo. Tuvo que morderse el labio inferior para controlar el dolor. Oyó que Jack respiraba profundamente y se volvió al oír que una muchacha se disculpaba.

-Ha sido un accidente --dijo Jenny con calma-, todo está bien -aseguró a Jack.

É,I la llevó rápidamente hasta un baño. En cuestión de segundos tenía una vasija con agua fría y hundió en ella el brazo de Jenny hasta el codo.

-Deja el brazo así un rato, quince minutos por lo menos -le dijo, preocupado al ver la palidez del rostro de ella-. Volveré enseguida.

Jenny asintió en silencio. La herida era dolorosa y cuando Jack regresó estaba a punto de llorar.

-Bébete esto -le dijo, poniendo el vaso sobre sus labios.

Jenny casi se ahogó cuando el líquido le raspó la garganta. Ya más tranquila, él repitió la acción y sostuvo el vaso hasta que la joven bebió la última gota.

-¿Otra vez coñac? -preguntó, pensativa.

-Contigo no estoy seguro que es más difícil de controlar -respondió---, si los efectos del coñac o un ataque de nervios, los dos tienen las mismas consecuencias imprevisibles.

-¡Tú no eres, que digamos, una influencia tranquilizadora, Jack Benedict. ¡Siempre te encuentro devastador! -exclamó Jenny sonriendo cautivamente.

-¿Ah, sí? Esta conversación parece ser muy reveladora. Continúa.

Él se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

-No, no lo haré -replicó Jenny-. Eres demasiado arrogante,así que puedes seguir sin mi apoyo.

Jack se acercó a ella.

-No lo aceptarás, Jenny, pero tu condena está firmada. Te tengo donde yo quiero y tú lo sabes.

-No completamente -añadió con picardía.

-Te recordaré tus comentarios dentro de dos semanas -dijo, tranquilo, cuando retiró el agua de la vasija y le secó con cuidado el brazo.

Jenny minó fascinada cómo sus fuertes manos le ponían un

vendaje en el brazo. Cuando termninó, ella iba a decir algo pero él se lo impidió pesándola.

El recuerdo de la noche era algo confuso, no dudaba que se debía a los efectos del coñac que había bebido. Le resultaba difícil creer que eran las tres de la mañana cuando se despidió el último de los invitados.

La joven se sentó en el sofá del salón, mientras esperaba a que .Iack desconectara los altavoces del jardín. ¡Era tan confortable recostar la cabeza en el respaldo del sofá! La quemadura del brazo todavía le molestaba, pero el dolor ya no era tan intenso «Sería agradable si pudiera dormitar unos segundos hasta que Jack esté preparado para llevarme a casa», pensó, como si estuviera soñando.

CAPÍTULO 7

JENNY se despertó con las insistentes llamadas a la puerta. Atolondrada, trató de reconocer las cosas que la rodeaban. ¡Ésa no era su habitación! La miró con detenimiento y algo le indico que estaba en la casa de Jack. Se sobresaltó al oír que alguien deseaba entrar.

-¿Qui... quién es? -preguntó, tartamudeando. Para su tranquilidad, oyó la voz de la señora Lowry. -Pase -respondió la joven.

La señora Lowry dejó la bandeja con el desayuno en un lado de la cama y le sonrió a la chica.

-Buenos días. Jenny. Disculpe que la haya despertado, pero el señor Benedict desea partir después de comer y como ya son las once y media, pensé que le gustaría disponer de tiempo para tomar un baño. Su blusa y su falda ya están planchadas. Le traeré una bata. Encontrará todo lo necesario en el cuarto de baño.

Jenny asintió, desconcertada.

-Gracias, señora Lowry.

-Todo está bien, querida. Cuando el señor Benedict la vio tan profundamente dormida, no tuvo corazón para despertarla -le explicó amablemente la señora Lowry.

-¿Está... está... el señor Benedict todavía en la cama? -preguntó Jenny, en el mismo momento en que Jack aparecía en la puerta.

-Buenos días, holgazana -le dijo, y se sentó en el borde de la cama-. Empezaba a pensar que intentabas dormir todo el día.

Jenny se cubrió con la sábana hasta la barbilla y la señora Lowry se marchó. Jack estaba imponente vestido de negro.

-Tenías que haberme llevado a casa -le dijo, mientras tiraba nerviosamente del dobladillo de la sábana.

-Lo intenté, Jenny, créeme -le aseguró-, pero suspiraste y te acomodaste sobre los cojines -añadió, encogiéndose de hombros ---. ¿Cómo está el brazo esta mañana?

Jack cambió de conversación al ver que la señora Lowry aparecía en la puerta con la ropa de Jenny en el brazo.

Mejor, gracias -respondió ella amablemente, ante la mirada burlona que él le dirigía.

¿Había algo que pudiera inquietar su aparente calma? ¿No se daba cuenta de que ella estaba apenada por haber pasado la noche sola en su casa? ¿Qué conclusiones habría sacado la señora Lowry?

-¿Es por decoro. preciosa? -preguntó Benedict con ironía-. Si hubiera intentado seducirte estarías en mi cama, amplia y cómoda, y no habrías tenido ninguna duda del sitio en que te encontrabas...

o con quién -concluyó con calma.

Jenny le miró ansiosa, si no estaba equivocada, había una velada amenaza en esas tranquilas palabras.

Creo... creo que eres el hombre más imposible que he conocido --le comentó, enfadada y sus mejillas se sonrojaron cuando él rozo sus labios con un dedo.

-Indudablemente -afirmó, complacido, mientras se dirigía hacia la puerta-. Revisaré el brazo cuando estés preparada.

Jenny le miró con cautela. É l se daba cuenta de la confusión que su presencia le producía. Como si él pudiera leer sus pensamientos, se volvió para mirarla; en la profundidad de los ojos había un destello diabólico. Después. Jack desapareció y la puerta se cerró. Jenny se quedó mirando la puerta durante algunos segundos antes dee levantarse.

Le parecía extraño estar sentada frente a Jack, desayunando una exquisita tortilla de champiñones.

-El primero de muchos -le comentó Jack. Ella dio un sorbo a su taza de café.

- Estás muy seguro de ello, Jack Benedict, ¿qué pasaría si prefiero desayunar en la cama?

-Ocurrirá en algunas ocasiones -respondió él.

Jenny casi se ahoga con un sorbo de café, cuando recobró la compostura, Jack la miró con picardía.

-Si ya te has terminado el café, podemos irnos. Supongo que querrás pasar por tu apartamento para coger alguna ropa antes de salir para Tauranga.

Jenny le miró, intentando ocultar los estragos que le producía en su interior. Quizá era mejor que él estuviera fuera una semana. porque a ese paso. ella terminaría con los nervios destrozados.

Al llegar al apartamento guardó con rapidez algo de ropa en una maleta. Zapatos. ropa interior y un vestido adecuado para la cena de esa noche. El vestido de muselina india con encaje le pareció ideal, sobre todo porque era de manga larga y así podría taparse la quemadura del brazo.

Jack entró en el momento en que ella se aseguraba de que la puerta posterior y las ventanas estuvieran bien cerradas. Cerró la maleta y cogió el bolso. Parecía que todo estaba bien.

Jack condujo hacia el sureste para coger la autopista. Antes de llegar a Paeroa empezó a lloviznar, la lluvia se hizo más fuerte cuando llegaron a Katikati. Un poco después, el cielo empezó a clarear.

Llegaron al paisaje familiar de las afueras de Tauranga. El coche

entró en el camino que llevaba a la casa de los Meredith y Jenny sintió un ligero sobresalto. Cuando se detuvo el coche, su madre y Jane corrieron hacia ellos. La señora Meredith la recibió llorando y su hermana la abrazó con cariño.

Jenny bajó del coche y presentó a Jack a su madre, se divirtió ante las exclamaciones de asombro de la señora Meredith y de su hermana cuando vieron el anillo (le compromiso.

Podía asegurar que Jack había agradado a su madre. La mirada interrogante que lanzó la señora Meredith a Jack fue respondida por una mirada firme y segura. No necesitaron palabras entre ellos, los dos estaban dispuestos a velar por el bienestar de Jenny.

Jack se instaló en la habitación de Jane, ella ocuparía la otra cama del dormitorio (le Jenny. La señora Meredith sacó las copas de cristal para brindar con el champán que Jack había llevado.

-Salud y felicidad para los dos -dijo la señora Meredith sonriendo, mientras Jenny permanecía abrazada a Jack.

-Un niño para ti -le dijo Jane a su hermana mientras levantaba su copa-, y una niña para ti -añadió, sonriendo a Jack.

Jane miró traviesamente a Jenny al notar que ésta se ruborizaba. Él la abrazó con más fuerza. El pulso de Jenny se aceleró al pensar en la posibilidad de tener hijos de él. Su respiración se detuvo cuando Jack se inclinó para hablarle al oído.

-¿Qué más desearía un hombre que dos niños de pelo dorado, con la sonrisa de su madre y esos seductores hoyuelos en las mejillas? -preguntó, acariciándole el pelo.

- O dos terribles chicos de pelo oscuro y con el carácter de su padre -añadió Jenny-. ¡Apuesto a que fuiste un muchacho inaguantable!

-¡Pero logré sobrevivir! -exclamó, esbozando una sonrisa.

-Eso me recuerda algo -dijo la señora Meredith, dando el último sorbo de champán-. Ve y trae el álbum de fotos, Jane.

-¡No! -exclamó Jenny.

-¡Bueno, aquí está! ---dijo Jane, cuando regresó con el álbum.

Jenny, malhumorada, escuchaba los detalles que Jane le relataba a Jack, mientras pasaba las páginas del álbum. Cómk, se divirtió él con aquella instantánea de ella, donde aparecía desnuda a los seis meses de edad.

-Veo que tenías un hoyuelo en la mejilla -comentó él.

-¡Ya llegará tu turno, Jack Benedict, espera un poco! -exclamó Jenny, avergonzada.

Cuando empezaron a ver las fotos de sus días escolares, Jenny sonreía y se sorprendió cuando vio las instantáneas de Max con

toda tranquilidad, como quien ve algo familiar, sin sentir nada especial. Ni orgullo herido, ni arrepentimiento, nada. Si por casualidad apareciera en ese momento por la puerta, podría saludarle como a un amigo y hasta le agradecería haber tomado la iniciativa para romper el compromiso.

Más tarde, cuando estaban cambiándose de ropa en la habitación, Jane le dijo a su hermana:

-Tengo un día libre al final de esta serrana, si te parece bien me quedaré contigo, estaré sólo un par de noches antes de volar el lunes por la mañana. Quiero hacer algunas compras en la ciudad el viernes.

Jenny le sonrió a través del espejo, mientras se pintaban para ir a bailar.

-Sensacional, estaré encantada con tu compañía. Jack sale el martes por la mañana para Wellington y los días se me harán eternos durante su ausencia.

-Al final, te veré casada antes de que me vaya a Australia -expresó Jane mientras se aplicaba rimel en las pestañas-. Mamá dice que ya está todo preparado en la oficina de registro, ¿,ya has decidido lo que llevarás puesto?

Jenny abrió los ojos, sorprendida.

-¡La verdad es que no había pensado en eso! -exclamó. -¡Me lo imaginaba! -exclamó Jane, riéndose-. Iremos de compras el próximo viernes. Tal vez si trabajas en la hora de la comida podrás salir una hora antes -le sugirió.

-Quizá -respondió, pensativa, mientras se volvía hacia Jane para que le subiera la cremallera del vestido.

-¿Te ha dicho Jack que ha invitado a Boh y a Elvira Hamilton a que se unan a nosotros esta noche? -comentó Jane al subir la cremallera.

-Gracias, Jane.

Jenny se recogió el pelo y cuando estuvo satisfecha del resultado, se soltó algunos mechones.

-Así está bien -afirmó Jane, satisfecha del aspecto de las dos. -Creo que estamos bastantes aceptables. Jenny miro a su hermana y sonrió.

-Estás encantadora, Jane.

Jane abrazó efusivamente a su hermana.

-Eres la mejor hermana entre un millón, Jenny. Te mereces toda la felicidad del mundo.

Jenny la miro y replicó. sonriente:

-¿Qué es esto, una sociedad de mutua admiración?

Jane cogió el bolso de noche y se dirigió hacia la puerta.

-Ven -Jane hizo una seña a su hermana-, será mejor que rescatemos a Elvira del encanto de Jack. Es demasiado susceptible con los hombres guapos, así que no dudo que se sienta terriblemente asustada.

-¡Jane! -la amonestó Jenny, y le habría dicho más si su hermana no la hubiera interrumpido.

-¡Es verdad, es tan increíblemente romántica! ¡Y si Jack no tiene cuidado, puede aparecer como el gallardo héroe de su siguiente novela!

-En ese caso -sonrió Jenny a su hermana-, estoy segura de que se sentiría muy halagado.

La noche fue todo un acontecimiento. Jenny se dio cuenta de que cualquier duda que su madre hubiera tenido con respecto a Jack se había disipado. La señora Meredith parecía tranquila. Era como si Jack fuera el hijo que hubiera querido tener. Resultaba increíble, pero en todos aquellos años que Jenny trató a Max, no recordaba que su madre hubiera sentido la estima que demostraba por Jack. Y no era por el prestigio de su profesión, de eso estaba segura. En una ocasión Jane comentó que si por casualidad llegara a la residencia de los Meredith la esposa del primer ministro, su madre le ofrecería una taza de té, como haría con cualquier persona.

-¿Permites que un amigo se entrometa en tus más íntimos pensamientos?

La voz de Bob volvió a Jenny a la realidad. Ella se disculpó mientras giraba en la pista de baile.

-No tengo «pensamientos íntimos«, Bob -le aseguró Jenny sonriendo---, estaba pensando lo bien que parece haber tomado mi madre mi compromiso con Jack.

Iba a entrar en detalles cuando vio que su prometido guiaba a su madre entre las parejas que bailaban.

-Es una gran persona, te lo digo con sinceridad -aseguró Bob-. Sólo podía ocurrir con dos personas maravillosas, Jack y tú -añadió, con entusiasmo--, todo el mundo le considera un calavera y supongo que le ha convenido hacer ese papel.

-Es bueno saber que le apruebas -respondió irónicamente.

Minutos más tarde se abrieron paso entre la multitud para regresar a la mesa, sus ojos brillaron al ver a Jack, lo que provocó desconcierto en él.

-Y ahora, ¿me quieres decir qué te pasa? -le preguntó, molesto, cuando bailaban.

Jenny le miró burlonamente.

-Creo que Bob se siente obligado a no hacer caso de tus libertinas fechorías -le respondió-. ¡Naturalmente. estando casado te reformarás y te convertirás en un esposo modelo!

-¡Mi querida Jenny! -exclamó, abrazándola con fuerza-, ¡te acercas inexorablemente a la tunda que te mereces por tus inoportunos comentarios!

El corazón de Jenny dio un vuelco. El remordimiento por sus torpes comentarios la hizo bajar la cabeza. ¡Qué inconsecuente era diciendo cosas tontas! Y lo peor, ¿qué podía hacer para retractarse?

-Perdóname --susurró.

-Así me gusta -contestó Jack irónicamente, al verla con la cabeza baja.

-No te culparía si... si... -Jenny titubeó.

-¿No me culparías de qué? -preguntó, mientras posaba los labios sobre su cabeza.

-Merezco unos azotes.

La voz de Jenny era tan débil que él tuvo que inclinarse para escucharla.

-¿Y tú crees que lo voy a hacer?

-Sé que puedes ser cruel si te lo propones -respondió con voz temblorosa.

Jack movió la cabeza de un lado a otro.

-Jenny, Jenny -la reprendió con delicadeza-, me confundes. Mitad niña, mitad mujer usas diferentes tácticas, sin medir ni entender las consecuencias.

Jenny se sintió herida al oír que él la consideraba inmadura, empezaba a calmarse cuando los labios de él la besaron con pasión y dulzura a la vez. Como si él pudiera leer sus pensamientos, le levantó el rostro y vio la indecisión que había en los ojos de ella. En un momento, la expresión de él se suavizó y frotó sus labios contra los de ella en una sensual caricia.

-Creo que será mejor continuar más tarde -susurró-, aquí hay mucha gente.

Jenny no supo el tiempo que pasó después de eso. Durante el resto de la noche conservó el ensueño de la presencia de Jack. «Tal vez fue el vino», pensó feliz, « o la melodiosa música».

Abandonaron el lugar ya tarde, iban rumbo a la casa de Elvira Hamilton cuando Jack y la señora Meredith aceptaron de buena gana la invitación de Elvira para tomar café. Parecía increíble, pero estuvieron en la casa de esa amiga casi dos horas.

Eran casi las tres y media de la mañana cuando llegaron a la

rasa, después de dejar a Bob con sus padres. La señora Meredith se disculpó y se fue a dormir. Jane los miró traviesamente y desapareció detrás de su madre.

-Será mejor retirarnos también -sugirió, confusa, cuando Jack la atrajo hacia él.

El le acarició la espalda y sus labios buscaron ansiosos la piel suave de su cuello. Fue como si hubiera transcurrido un siglo antes de que el la encaminara con delicadeza hacia el pasillo.

-Creo que será lo más aconsejable -su voz se suavizó al ver que.lenny se sonrojaba-. Dulces sueños -añadió, mientras le echaba el pelo hacia atrás con un movimiento suave de su mano.

El «buenas noches» salió como un susurro de sus labios cuando él se dio vuelta y se marchó. Ya en su habitación, se sintió aliviada al comprobar, por la respiración de Jane, que estaba dormida. Un intercambio de confidencias con su hermana era algo que no podría soportar en ese momento.

CAPÍTULO 8

LAS horas que pasaron con su tía Madge y su tío Dan fueron una delicia. Después de la comida, su tío invitó a Jack a dar un paseo por la granja.

Tendrás que arreglártelas sin él durante un rato -le dijo su tío a Jenny, mientras ella retiraba los platos de la mesa.

-¡Qué coordinación tienen estos hombres! -exclamó Jenny, con una sonrisa.

-Sí -reconoció su tía Madge-, no tienen idea de lo que significa la liberación de la mujer.

-¡Fuera de aquí, mujer! -exclamó su marido, fingiendo enfado-, una de esta especie la sobrellevo, dos las tolero, a tres las tomo en cuenta con preocupación, pero cuatro juntas, son unas chismosas, ¡puedo arreglármelas muy bien sin ellas! -con un brazo trató de rodear a las cuatro mujeres que más quería en su vida y les sonrió con benevolencia-. Pobre Jack, no sabe lo que le espera casándose con una mujer de esta familia. Considero que estoy protegiendo los intereses de Jenny llevándomele a dar un paseo.

-¡Fuera, fuera de ni¡ cocina!

Madge empujó a su marido, riendo.

-¿,Lo ves? -Dan se dirigió a Jack-. ¡Mujeres! ¡Es inútil tratar de entender a estas criaturas!

Cuando ellos se fueron, Jenny desvió la conversación hacia el viaje de Jane y, rápidamente, su tía Madge expresó su apoyo. Habiendo trabajado dos años en Australia, cuando era soltera, su tía Madge resultó ser una valiosa aliada y cuando los hombres regresaron, una hora más tarde, la señora Meredith estaba convencida de que Jane no estaba equivocada.

Jack insistió en que Madge y Dan estuvieran presentes en la boda. Ofreció su casa para que la familia de ella se quedara todo el fin de semana.

Después de tomar una cena ligera, volvieron a Tauranga. Como había necesidad de levantarse temprano al día siguiente, para asegurarse de llegar a Auckland antes de las nueve de la mañana, tuvieron que acostarse temprano.

Va mañana le pareció a Jenny extrañamente fresca cuando tomaron el camino de regreso a Auckland, tal vez era consecuencia (Icl agitado fin de semana o de la falta de sueño. El aire le aliviaba del sopor, mientras corrían veloces por el campo. El resplandor de la primavera había pasado ya, pero la naturaleza, con toda su belleza, estaba allí.

Cuando cogieron la autopista hacia Auckland, Jenny miró con

melancolía los pueblos que había a lo lejos. Había mucho tráfico, el ruido de la metrópoli se hizo más fuerte cuando pasaron las zonas industriales de Penrose y Otahuhu.

En cuanto Jack aparcó el coche, ella miró su reloj de pulsera, se sorprendió al ver que ya eran las nueve menos cuarto. Se sentía incómoda por no haber hablado durante el camino, pero después de todo, su silencio había sido compartido. Apenas salieron del aparcamiento, Jack le cogió la mano.

-Me espera un día muy ocupado, Jenny. Me será imposible verte a la hora de la comida y dudo que pueda llamarte por teléfono. Al finalizar el día sube a mi oficina y cenaremos en cualquier restaurante del centro antes de ir a casa.

Las luces cambiaron indicando que los peatones podían pasar y la multitud no les permitió seguir hablando. Todo el mundo parecía tener prisa. Cuando Jenny estaba con Jack en la planta baja de las oficinas, sintió miradas de curiosidad en dirección a ellos. Podía imaginarse lo que estaban pensando.

No pudo ocultar una triste mirada al salir del ascensor. Por alguna extraña razón se sentía desprotegida y vulnerable. Pensó que se estaba comportando de una forma ridícula.

Al llegar a la oficina, se sintió como una niña que visita por primera vez al dentista. No sabía cómo explicarle a Grant Ogilvie su situación de dejar el trabajo y lo que era peor, tenía que informar a sus compañeras de su próximo matrimonio y revelarles con quién iba a casarse.

Jenny se puso más nerviosa al entrar en el despacho. Suzy estaba hablando por teléfono y Judy quitaba la funda a la máquina de escribir. No había ninguna señal de Lise y Jenny se relajó un poco. Al cabo de un rato, llegó Grant Ogilvie y Jenny le comunico con unas cuantas palabras que tenía que dejar la oficina a la semana siguiente.

Su jefe parecía realmente encantado, la felicitó amablemente y le ofreció tiempo libre si lo necesitaba.

No pasó mucho tiempo hasta que Judy se dio cuenta de que Jenny llevaba puesto un anillo de compromiso. Jenny recibió las felicitaciones de Judy y Lise. Suzy, estática, pronunció algunas palabras.

Jenny se vio obligada a descubrir que el hombre de su vida era Jack Renedict. Lise hizo una mueca y sus ojos grises la miraron con desprecio. Jenny se fue deliberadamente del despacho, argumentando que tenía que terminar un trabajo.

La sugerencia de Judy sobre comer todas juntas para celebrarlo

fue recibida con entusiasmo por parte de Suzy; pero Jenny se dio cuenta de que Lise declinó la invitación con frialdad. Había destellos de rencor en los ojos de la chica y Jenny los ignoró, deseando creer que eran producto de su imaginación.

Durante todo el día, Jenny recibió continuas miradas de Lise, acompañadas de comentarios mordaces y empezó a sentirse molesta. Estaba decidida a no revelar la fecha exacta de la boda, pero debido a la obstinada insistencia de Lise, lo dijo.

Poco después de las cinco tapó la máquina de escribir, se sentía aliviada de poder escapar de la oficina. ¡Por fin había terminado aquel día de trabajo! Se retocaría el maquillaje, se arreglaría el pelo y cogería el ascensor para subir a la oficina de Jack. Era maravilloso soltarse el pelo y cepillárselo, poco a poco sintió que la tensión se alejaba. ¡Un minuto más en aquel mal ambiente que había creado Lise, y Jenny contestaría algo desagradable!

-Supuse que te encontraría en el baño --la voz de Lise sonó fría-. ¡Realmente no puedo imaginarme qué has hecho para hacer caer en la trampa a Jack Benedict! -comentó mientras se miraba el smalte de las uñas.

Jenny trató de controlarse, pensando que la joven era víctima de su propia envidia.

-Lise... -empezó a decir Jenny.

-¡Oh, no te molestes dándome explicaciones sobre este absurdo romance! -exclamó, furiosa-. Él se cansará muy pronto de tus encantos, como lo ha hecho ele las innumerables mujeres que ha tepido antes que tú. Te ha puesto un anillo en el dedo, ¡y qué! –le retó burlonamente-, el divorcio está de moda. ¡Personalmente, te doy seis meses! Y tendrás mucha suerte.

-¿Y tú estarás esperando para consolarle? -preguntó con calma Jenny, controlando el impulso de abofetearla-. Te advierto que endrás que esperar mucho tiempo añadió con determinación.

-Ahora comprendo por qué te ha preferido a ti -replicó Lise, furiosa-. Representas el tipo de madre ideal. ¡Eso le cansará muy pronto y tú te quedarás sola en casa, noche tras noche, preguntándote quién será su última amante!

-¿Te marchas tú o lo hago yo? -preguntó fríamente Jenny-. Somos demasiadas en esta habitación.

Lise cogió el bolso e intencionadamente tiró al suelo el de Jenny. Su contenido rodó en diferentes direcciones. Sin pronunciar palabra, Lise pisoteó las cosas que había esparcidas por el suelo y dio un portazo antes de salir.

Jenny se apretó las sienes con los dedos, intentando olvidar

aquella escena. ¡Qué odio!

Pasaron algunos segundos antes de que Jenny lograra recobrar su ánimo y se agachara para recoger el contenido de su bolso. Afortunadamente no se había roto nada, aunque la tapa de plástico de su lápiz de labios no cerraba bien; pero era un daño mínimo si se comparaba con lo que podía haber sucedido. Algunos de los cosméticos los necesitaba para retocarse el maquillaje y los recogió con dedos temblorosos.

Eran casi las seis menos cuarto cuando llegó a la oficina de Jack, en el último piso.

La puerta estaba cerrada. Apretó el timbre y después de un momento, apareció una elegante mujer que en pocos segundos le per mitió a Jenny la entrada.

-¿Señorita Mercdith?

Jenny asintió y sonrió a la mujer.

-Soy Sarah Armitage, la secretaria del señor Benedict. Él lu está esperando, aunque en este momento hay un cliente con él. ¿,Quiere beber algo? ¿Café, o quizá una copa de jerez?

-Un jerez, gracias,

Jenny se sintió menos tensa cuando siguió a Sarah Armitage por un pasillo que llevaba a un salón magníficamente amueblado. Ienny contempló la vista del puerto de Waitemata. Los coches que circulaban por el puente parecían pequeños desde allí, había dos trasatlánticos atracados en el muelle. Una lancha regresaba de un día de excursión; tan pronto fueron desembarcados los pasajeros, un transbordador se deslizó suavemente y se dirigió hacia la salida del puerto.

-Es una bonita vista, ¿no cree? ---preguntó Sarah Armitage, mientras Jenny cogía la copa de jerez-. Por favor, póngase cómoda. Si me permite, le avisaré al señor Benedict de que usted ha llegado. Estoy segura de que no le hará esperar demasiado.

La secretaria sonrió anmablenmente mientras abandonaba el salón. Un ligero aroma de exótica fragancia quedó en el aire y Jenny hizo un gesto con la nariz para apreciarlo. Notó que se trataba de un perfume bueno y caro.

En una mesa de caoba había un montón (le revistas, Jenny cogió una y se sentó en un sillón, al lado de la ventana. Bebió a sorbos el jerez y empezó a relajarse. Pensó que si tenía que afrontar más reacciones como la de Lise, iba a necesitar la paciencia de un santo.

Si continuaba pensando en el asunto, no soportaría la ausencia obligada de Jack durante la semana siguiente. Jenny no sabía si tomar ese viaje como una bendición o como una carga que soportar

pacientemente. Por un loco e impulsivo momento deseó ir con él a Wellington, aunque tuviera que dejar su trabajo; pero la razón se impuso y suspiró con resignación. No formaba parte de su personalidad abandonar las cosas con precipitación. Jane iba a llegar a Auckland el viernes para pasar el fin de semana con ella y quizá una llamada telefónica a Dianne y George para visitarlos en el transcurso de la semana haría menos pesadas sus noches.

Agradables pensamientos, espero -Jack estaba en la puerta y la miraba sin expresión-. ¿lías tenido mucho trabajo hoy? –le preguntó, y se acercó al mueble de las bebidas para servirse una copa. Jenny sonrió y se encogió de hombros. -Así, así -respondió con cautela.

Él se sentó en el brazo del sillón en el que estaba ella. -¿Cómo es eso de así, así? -preguntó meditabundo. Jenny le miró sobresaltada cuando él le cogió la barbilla para que le mirara a los ojos.

-Esta mañana, cuando saliste del ascensor, me pareciste un cordero que iba a ser devorado por los lobos, incluso ahora hay algo oculto en tu mirada. ¿Lise? -interrogó, y Jenny parpadeó.

-Has acertado -contestó, sintiéndose impotente para detener el temblor de sus labios.

Jack reprimió una palabra violenta. -¿Tan terrible ha sido? Jenny tragó saliva.

-No representas precisamente la imagen de un buen marido y de un amoroso padre. Tal vez eso se pueda lograr con el tiempo, cuando seas un anciano, canoso y calvo, que tenga a sus nietos sobre sus rodillas -afirmó observando la irónica sonrisa que aparecía en los labios de él.

-Y mientras yo me convierto en un ancino canoso y calvo, tú, ¿cómo serás?

-Yo seré una simpática y regordeta señora de pelo blanco que querrá mucho a sus nietos -respondió Jenny, sonriendo.

-Creo que el cordero está rugiendo como león. Jack la besó en los labios.

-Termínate la copa -le dijo, pensativo—. Vamos a cenar a algún sitio tranquilo, después conocerás a mi abuelita.

Jenny le miró sorprendida y él le dijo:

-¿Te parece extraño que tenga una abuela? -preguntó, sonriendo, al ver su confusión.

-Como nunca habías hablado de tu familia, pensé que... Jenny hizo una pausa, tratando de ocultar su desconcierto. -¿Qué, Jenny? ¿Que venía del infierno y era el abogado del diablo? -preguntó, entre dientes, cogiéndole las manos que ella trató de liberar.

-Lo hiciste a propósito, ¿verdad? -le acusó sin razón, cuando él la abrazó.

-Picas el anzuelo con tanta facilidad, que algunas veces encuentro difícil resistirlo -respondió, tranquilo-. Ven, pequeña, tengo severas instrucciones de presentarme a mi abuela a las nueve de la noche.

Jenny sonrió con dulzura.

-Eso suena bastante...

Jack la interrumpió.

-Es una dama incorregible, a veces demasiado sincera, pero a pesar de todo, adorable.

-Es decir, muy parecida a su nieto -Jenny movió la cabeza en un gesto de desaprobación-, y yo que pensaba que solamente tenía que luchar contra uno -le miró sonriendo.

-Hay otras noticias para ti, Jenny -dijo misteriosamente-. Tengo en América una hermana que está impaciente por convertirse en tía. Hay otra que vive en Suiza, ésta se acaba de casar con un industrial.

Eran casi las nueve cuando llegaron a la bahía de Heliers. Una impresionante residencia colonial, de grandes proporciones, fue iluminada por los faros del coche. Al llegar a la entrada, la puerta se abrió y una mujer apareció en ella. Jack se la presentó a Jenny como Hattie Carmichacl. Se trataba de una pariente lejana.

-Está muy angustiada, Jack -comentó Hattie-. La señora empezó a mirar el reloj hace una hora, le ha costado mucho trabajo controlarse.

Entraron en la casa y Jack le dijo algunas palabras tranquilizadoras a Jenny, aunque no la ayudaron mucho.

La abuela de Jack estaba sentada en un sofá, tapizado de terciopelo. Llevaba el pelo bien peinado y todavía conservaba una graciosa belleza en las líneas de su rostro. La mano que extendió para saludar a Jenny estaba adornada con un anillo de diamantes.

-Por fin estás aquí --exclamó-. Ven aquí, pequeña, donde pueda verte bien.

-Abuela, se llama Jenny Meredith -dijo tranquilo Jack, mientras Jenny se acercaba para complacer a la señora.

-Me alegro de conocerla.

Jenny puso la mano entre las de la anciana.

-¿Soy tan formidable que hablas casi susurrando? –preguntó señora-. Mi nombre es Nina Benedict y como pronto te convertiras en un miembro de la familia, me puedes llamar abuela -miró M Jack y dijo-: ¡Espero que te hayas acordado de la botella de champán! Me niego a brindar con cualquier otra cosa.

Jack sonrió amablemente y cogió a Jenny de la mano.

-Dudo que me hubiera atrevido a presentarme sin ella, abuela.

-¡Bah! -exclamó la anciana-. No seas tan descarado conmigo. Hattie, trae las copas. Solamente tengo un nieto y después de esperar doce años a que me presente a su futura esposa, lo hace súbitamente, pocos días antes de la boda -levantó las manos al cielo en señal de desaprobación-. ¡Espero que no estés enredado con alguna de esas muchachas modernas! Sueño con arrullar entre mis brazos a mi primer biznieto el próximo año.

-En mi familia es muy normal que cada dos generaciones nazcan gemelos, así que creo que... -dijo Jenny a Nina Benedict-, tal vez podamos complacerla con dos biznietos varones al mismo tiempo ---finalizó mirando a Jack con dulzura.

La anciana sonrió.

-Sí, sí, sería maravilloso. Supongo que sería difícil hacer que fuera un niño y una niña, ¿verdad?

-¿El padre puede opinar sobre el asunto?

Jack sonrió y cogió las copas que le ofrecía Hattie; las dejó en una mesa de mármol para servir champán.

Jenny miró con timidez a Jack. Él solo pensamiento de imaginarse amada por él aceleró su pulso y tiñó de intenso rubor sus mejillas. ¡Oh! ¿por qué poseía él ese poder de hacerla sentir como una escolar de trece años?

-¿Lo ves, abuela? ¡Entre los dos hemos entristecido a esta pobre niña! -exclamó Jack burlonamente, mientras servía el champán.

Hattie sonrió a Jenny mientras levantaba su copa en espera del brindis de la señora Benedict.

-No son muchas las jóvenes que se apenan hoy en día - -exclamó Nina, sonriendo--. Lo harás bien, Jenny. ¡Ya es hora de que ese nieto mío siente cabeza! -su voz se oyó clara cuando exclamó-: ¡Que los dos disfrutéis de un amor eterno, y que la salud y la felicidad estén siempre con vosotros!

Las copas chocaron y Jack dijo, serio:

-Amén -y estampó un dulce beso en los labios de Ienny.

Ella abrió más los ojos y se encontró con la mirada de él. Había tanta pasión en aquellos ojos oscuros que no hubo necesidad de palabras.

-Lo he decidido -dijo la abuela-daremos aquí la recepción después de la ceremonia. Sólo la familia, por supuesto, si acaso, algunos amigos muy allegados. Hattie y yo empezaremos mañana los preparativos. Tú, Jenny, da tu número de teléfono a 1lattie. ¡No! -levantó una mano cuando Jack intentó protestar--. Estoy decidida y

nada me detendrá. A una anciana debe permitírsele disfrutar los últimos años de su vida -expresó Nina, desafiante.

Jack suspiró al comprobar la determinación de la anciana.

-Abuela, esos preparativos serán demasiado para ti y sé que el doctor estará de acuerdo conmigo -le acarició la mejilla--. Si te agrada, Jenny y yo invitaremos a su familia a una copa después de la ceremonia. Hattie puede ordenar algunos canapés, pero eso será todo-manifestó Jack-. No será nada formal y tampoco habrá otros invitados, ¿está claro? -preguntó a su abuela.

-Muy bien -aceptó Nina Benedict-. Eres tan autoritario como tu padre y tu abuelo. Solamente espero -dijo, lanzando una especulativa mirada a Jenny-, que sepa ponerte en tu sitio.

Jack se rió y apretó la mano de Jenny.

-Efectivamente, así es. Necesité mucha persuasión para convencer a Jenny ele que mis intenciones eran serias... y honorables-añadió irónico, mirando a la chica-. ¡Estaba segura de que era el mismo lucifer y no vacilaba en expresar su desaprobación hacia mí!

Nina Benedict sonrió, encantada, y dio un sorbo a su copa.

-¡Sin duda que eso ha sido un cambio terrible! Has encontrado la horma de tus zapatos -añadió satisfecha-, y ahora, mis niños, perdonad a una vieja decrépita y reveladme algunos de vuestros planes. Supongo que piensas dejar tu despacho en buenas manos durante unos días --se volvió para hacer una pregunta, estaba ligeramente sofocada y Jack la interrumpió.

-¡Ya basta! Te diremos todo a su tiempo.

Jenny notó ansiedad en él cuando se inclinó para coger la mano de su abuela.

-No debes cansarte, piensa en esos biznietos. Y ahora, debemos irnos y la besó en el pelo.

Impulsivamente, Jenny hizo lo mismo y la anciana la recompen con una sonrisa. Hattie los acompañó hasta la puerta.

El enorme coche se deslizó con rapidez en dirección a Bucklands cach, Jenny permaneció en silencio durante el corto trayecto. Tenia muchas preguntas que hacer a Jack, pero se sentía insegura. Él no esperaba que Lise pudiera causar daño. Jenny sentía un nudo en a garganta y tragó saliva. No dudaba que Use había compartido más de una cena con él, ¡mucho más! ¡Oh! ¿Por qué sentía deseos de llorar? Era la última noche que estarían juntos antes de que él se fuera

Wellington y ella tenía que estropearla recurriendo a las lágrimas.

Jack aparcó el coche en la entrada del apartamento y le dijo a Jenny que deseaba tomar un café. Su respuesta fue monosílaba al bajar del coche. Cuando entró en el apartamento, se dirigió hacia la cocine y conectó la cafetera eléctrica. Dispuso las tazas y algunas salchichas que sacó de la despensa.

El corazón le latió apresuradamente cuando la ruano de Jack la tomó por los hombros para obligarla a mirarle.

-Creo que es demasiado -Jack le levantó la barbilla-. ¡Ven, Jenny, ven conmigo! -exclamó, furioso-. Si lo de Use te molesta, llamaré a Grant Ogilvie para que dejes tu trabajo hoy mismo. Es maste pondré en un avión a 'I'auranga mañana temprano y estarás a salvo en tu casa, con tu madre y Jane, hasta que pase por ti la semana que viene.

Jenny le miró confusa.

-¡No puedes hacer eso! -exclamó-. ¿Qué pensarían?

-¡Al diablo con lo que piensen! -replicó con brusquedad-. No permitiré que tengas un ataque de nervios a causa del agobio de Lise o de cualquier otro comentario sobre el asunto. He pensado que puedes viajar conmigo a Wellington, por lo menos allí te podría echar un vistazo --concluyó.

-Me haces sentir cono una niña -expresó Jenny, moviendo la cabeza.

-Niña es la palabra adecuada. En este preciso momento no sé si hacerte el amor o ponerte sobre mis rodillas y darte unos azotes. Tal vez sería buena idea hacer una cosa y después la otra -añadió desafiándola.

-¡No te atreverás! --exclamó, alarmada, al ver la expresión de él.

-Será mejor que lo creas, Jenny -le advirtió-, escúchame con cuidado, porque no acostumbro a dar explicaciones. Lise no fue más que una atracción efímera a pesar de que ella se empeñó en creer lo contrario, compartimos una copa y dos o tres cenas, eso fue todo. Ahora, ¿te dejo con tu familia o me acompañas a Wellington?

Jenny buscó su mirada y movió la cabeza.

-No, Jack, estaré aquí. Jane llegará a Auckland el viernes para pasar el fin de semana y he pensado visitar una de estas noches a ¡ni prima de North Shore. Si no trae quedo -añadió un poco triste-, cualquier cosa liará parecer cono si tratara tic huir.

El la besó, primero con delicadeza y después con intensidad. Cuando al fin Jack levantó el rostro, ella le miró sin aliento, incapaz de pronunciar palabra.

-Si no me voy ahora -susurró, acariciándola-. Nada inmpedirá que pase la noche en tu cama, después de lo cual te encontrarás, sin

remedio, viajando conmigo a Wellington.

La besó con pasión en la boca y se marchó.

-Pondré una conferencia el miércoles por la noche -le dijo desde la puerta, y se fue antes de que ella pudiera despedirse.

CAPÍTULO 9

SORPRENDENTEMENTE Lise no se presentó a trabajar al día siguiente; Suzy les dijo que estaba enferma y Judy expresó sus dudas sobre la ausencia de Lise; seguramente se debía a los comentarios del compromiso de Jenny con Jack. Fue un alivio para Jenny no tener que entablar una batalla verbal con Lise, aunque ya había dado un giro al asunto y prefería evitar cualquier contacto con la joven.

Durante el día recibió una llamada telefónica de su prima Dianne, invitándola a cenar esa noche, cosa que Jenny aceptó gustosa, 'aunque sabía que la noticia de su compromiso causaría asombro. Dianne y George habían oído hablar de Jack Benedict y Jenny pasó parte de la noche oyendo a Dianne alabar el excelente círculo social que frecuentaba Jack. Jenny soportó todo con calma. Poco antes de las diez, un ligero dolor de cabeza la ayudó a escaparse. ¡La incesante charlatanería de Dianne se lo había provocado!

Lise regresó a la oficina el miércoles y Jenny se tranquilizó al comprobar que la joven prefería ignorarla por completo. No era muy feliz trabajando en esas condiciones, pero era preferible el silencio a que siguiera con sus desagradables comentarios.

La llamada de Jack llegó poco antes de las siete de la tarde. El sonido de su voz hizo que la chica se sintiera mejor.

-¿Jenny?

-Sí, ¿eres tú, Jack?

-¿No reconoces mi voz, Jenny? -preguntó, tranquilo, y Jenny detectó buen humor en su tono de voz.

-Bueno, es que no hemos hablado mucho por teléfono.

Él se rió.

-Es verdad, Jenny. Sin embargo, no te preocupes, tienes muchos años de práctica por delante.

A Jenny se le hizo un nudo en la garganta y apretó el auricular un poco más.

-¿Qué tal el viaje? -le preguntó, sintiéndose de pronto apenada.

-Tranquilo -respondió--. ¿Algún problema con Lise?

-No, ayer no se presentó a trabajar y hoy ha preferido ignorarme.

-Más vale que siga así-dijo Jack, serio- ¿Me echas de menos?

-Sí.

-Tal vez se deba a que hay algunos cientos de kilómetros separándonos -comentó, irónico-. Esta conversación no tiene sentido, puedo oírte pero no tocarte.

Jenny sonrió y no pudo resistir atormentarle un poquito. -Una pequeña abstinencia... Jack Bcnedict.

-Eso será remediado muy pronto, Jenny -replicó él con tanto énfasis, que consiguió que ella se ruborizara.

-Será mejor despedirnos -concluyó la chica, avergonzada-. Aun de lejos, eres

incorregible.

-Jenny, creo que te estás ruborizando, ¿verdad?

Se rió y la chica contestó airada. -No piensoconfesártelo.

-Tranquila, ángel mío -susurró posesivamente-. ¿Te ha llamado ya Hattie?

-No, pero anoche estuve con Dianne y George, Hattie tal vez llamó mientras estuve fuera.

-Es probable que te sugiera una visita mientras yo estoy fuera.

Mi abuela tiene una caja llena de recuerdos, le gusta revolver en compañía de los miembros de la familia y como tú eres la última adquisición no dudará en invitarte. Hay también un álbum de fotos familiares -dijo cínicamente-. Eso te permitirá seguir mis pasos desde mi infancia. Jenny se rió.

-En ese caso aceptaré la invitación de Hattie con gusto, Jack replicó, con picardía.

-Esperaba una respuesta de esa naturaleza -respondió, sonriendo-. Estaré en contacto los próximos días. Felices sueños, Jenny.

En cuanto colgó el auricular la chica suspiró. El dolor que su voz dejó, empezaba a pasar al pensar que dos de los ocho días que esaría ausente, habían pasado ya. A ese ritmo, ¿cómo conseguiría viir los restantes seis?

Los sucesos tomaron un sorprendente giro al día siguiente. La invitación que esperaba de Hattie era para esa misma noche y por la tarde su madre la llamó desde Tauranga. Según parecía, el padre de Max había fallecido durante las primeras horas de esa mañana debido a un ataque al corazón. El funeral fue arreglado para el sábado por la tarde. La primera reacción de la chica fue negarse a ir, pero su madre indicó que consideraba necesario que Jane y ella acudieran.

A Jenny no le parecía muy oportuno asistir cuando estaba a punto de casarse con otro. Seguramente la madre de Max no desearía recordar ciertas cosas, pero la señora Meredith aseguró a Jenny que la invitación había sido dirigida a la señora Meredith y familia. Jane llegaría a Auckland, como estaba planeado, el viernes por la mañana y pasaría la noche con Jenny así irían juntas al

funeral el sábado por la mañana. Jenny se sentía atrapada.

-¿Problemas? -la voz de Grant Ogilvie interrumpió sus pensamientos.

-¡Oh, perdón! -exclamó-. ¿Deseas dictarme?

-No, lo hice en la cinta. Mañana estaré fuera de la ciudad, así que esta noche me quedaré una hora más. ¿Puedes quedarte un par de horas después de la hora de salir Jenny? -preguntó Grant-, normalmente no te lo pediría, pero sé que Jack Benedict está en Wellington. Si puedes, te estaré agradecido.

Jenny sonrió y dijo:

-Bien, he quedado esta noche a las siete y media, pero puedo marcharme a las siete de aquí. ¡Te importaría que me cogiera esas dos horas mañana, por la tarde en vez de pagarme horas extras? Mi hermana llega de Tauranga para hacer algunas compras y me encantaría ir con ella.

Grant Ogilvie asintió sonriendo.

-Permiso concedido. Estaría mal de mi parte si me negara. Jenny le devolvió la sonrisa.

-Gracias, haré hoy jornada intensiva.

Grant Ogilvie la miró y se encogió de hombros.

-¿Te das cuenta de que nunca encontraré otra secretaria tan responsable de su trabajo? Justamente cuando me felicitaba por haber encontrado a la secretaria perfecta, el soltero más codiciado de la profesión la convence para que se case con él.

-Si continúas con esa idea, pensaré que los motivos de Jack se inclinan más hacia mi experiencia en escribir documentos legales que en ejecutar los deberes de una esposa -exclamó Jenny, haciendo una mueca con los labios.

Grant sonrió antes de entrar en su oficina.

Nina Benedict y Hattie Carmichael le dieron la bienvenida con mucha amabilidad. Después de una exquisita cena y una taza de café, Jenny se sentó al lado de la abuela de Jack para ver el álbum familiar.

La primera fotografía que vio fue una de Jack, envuelto en pañales. Tenía tres años y su mirada era angelical. La mirada inocente empezó a cambiar cuando tenía siete años y estaba en la escuela primaria. Otras fotografías mostraban a un joven con habilidad en los deportes. Cuando llegó a adolescente, ya poseía ese diabólico destello en sus oscuros ojos.

Había algo más en la caja de recuerdos de Nina Benedict, el espíritu sensible de Jenny captó con facilidad la nobleza polaca de Nina; las alegres fiestas habían sido parte integral de la juventud de

Nina antes de los terribles días de la Primera Guerra Mundial. Tenía un collar de esmeraldas regalo de un duque europeo. Un brazalete de rubíes, que se lo obsequió un barón prusiano cuando ella. cumplió su mayoría de edad. Había varios anillos, cada uno montado con piedras preciosas de espléndida belleza.

La precipitación de salida de Polonia de su familia los llevó a Inaterra y allí. Nina se casó con Lucien. Su único hijo, 'Thaddeus, nació en Nueva Zelanda a los pocos meses de que Nina y Lucien emigraron. Thaddeus empezó su carrera como un prometedor abogado fundó la firma legal que presidía Jack. Por una crueldad del destio, diez años antes, el avión en el que viajaban los padres de Jack estrelló. No hubo supervivientes.

Jenny miró a Nina Benedict y preguntó con cortesía:

-¿Nunca ha deseado regresar a Polonia, por lo menos de visita?

Los ojos de Nina brillaron con una mezcla de regocijo y tristeza.

-Regresé hace veinte años, con Lucien. Le había hablado tanto de mi patria, que él deseaba ver todo aquello en persona. ¡Ah linda, nada era igual! ¡Creí que encontraría todo como antes, las mismas caras familiares detrás de las mismas puertas; pero todo era tan diferente! Mis amigos todos mis parientes, se habían marchado.

Nina suspiró y añadió:

-Después, mi adorado Lucien me llevó a Francia. Italia. España y Grecia. Estuvimos fuera más de un año, luego regresamos a casa, pero nunca logré olvidar. De alguna manera, al darme cuenta de que ya no era lo mismo, hizo que el recuerdo de lo que había sido fuera muy triste. Ahora, aunque pudiera no me gustaría viajar. Estoy conforme con la vida que llevo y agradecida de poder decirlo convencida. Tuve un esposo maravilloso, un hijo que fue mi orgullo, nietos que me dan satisfacciones. Mis recuerdos son maravillosos. El amor debe ser comprendido de manera muy especial. No es todo eso que hablamos del amor, porque hablar de amor no es necesario. Está en una mirada, en una caricia, en las palabras que no llegamos a decir. Muchos son los que buscan el amor toda su vida y nunca lo encuentran; pero tú, mi niña -Nina cogió una de las manos de Jenny-. Tú lo has encontrado con Jack y él contigo, yo lo sé. ¡Trátale con ternura y con el respeto que se merece, porque no hay mejor regalo en esta tierra!

Jenny sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, levantó la mano de la anciana y se la llevó a los labios.

-¡Que Dios te bendiga, mi niña! -dijo Nina, enseguida vio que Hattie se dirigía a ella-. Lo sé, lo sé, es hora de ir a la cama. Jack te traerá a visitarme antes de la boda, debo recordárselo. Buenas

noches, mi querida niña, he disfrutado inmensamente con tu compañía.

Jenny se puso de pie e impulsivamente besó la mejilla de Nina, lo que ella agradeció con una dulce sonrisa. Hattie condujo a Jenny hasta la puerta, la despidió afectuosamente y agitó la mano desde la puerta cuando Jenny se subió al coche.

La joven llegó pronto a su apartamento y en la entrada del edificio, encontró un enorme ramo ele flores con una tarjeta dentro. Con manos temblorosas abrió la puerta y dejó las llores en la cocina. Era una docena de hermosas rosas rojas, arregladas perfectamente. Con cuidado sacó la tarjeta y sus ojos se llenaron de lágrimas al leer: Tuyo, Jack.

Jane estaba feliz y satisfecha cuando Jenny y ella llegaron al apartamento después de una ajetreada tarde de compras.

---¿Jack? --preguntó Jane al ver las rosas rojas-. Bonitas, muy bonitas.

Suspirando, se dejó caer en un sofá, se quitó los zapatos y añadió:

-Gracias a Dios que he comprado todo lo que necesitaba, y además hemos encontrado algo adecuado para que te pongas el viernes. ¡Y también para mí!

Jenny se sentó al lado de su hermana.

-¡Unas copa de Moselle nos sentaría de maravilla! -exclamó Jane.

Jenny se levantó lentamente para coger el vino y las copas.

-Jane -dijo, mirando fijamente a su hermana-. ¿Es posible que la madre de Max no sepa que estoy comprometida con otro hombre?

-Sí, yo diría que sí. La señora Enfield frecuenta nuestro mismo círculo de amistades, es miembro del mismo club deportivo, yo diría que ya se lo ha comentado alguien -Jane sacó la botella de su envoltura--. ¿Por qué? Si alguien tiene la culpa, no eres tú precisamente, Jenny. Max rompió contigo. Tú sólo acudes al funeral de su padre, estoy segura de que no se le dará otro enfoque al asunto –concluyó con determinación.

A la tarde siguiente, Jenny reflexionaba sobre las palabras de Jane. Se encontraba mezclada entre los asistentes al funeral. No debería causarle sorpresa quc Max hubiera acudido para estar al lado de su madre en una ocasión como ésa. Se reprochaba por haber aceptado ir y colocarse en tan difícil situación. La verdad era que la señora Meredith y Jane habían cuidado de no dejar sola a Jenny con Max: pero sólo fue necesario un segundo para que él descubriera quc estaba comprometida. Era una pena que su madre

no le hubiera enterado del asunto, a pesar de lo nerviosa que estaba por el duelo. ¡Si por lo menos Jenny pudiera escapar de esa casa y de la gente; porque no tenía ningún deseo de dar explicaciones a Max!

-No mires para otro lado Jenny ---musitó Jane con calma-. Max viene hacia ti. ¿Quieres que me quede?

Jenny ocultó una mueca y se encogió de hombros.

-¿te atreverías a adivinar, por su expresión, que le han dicho que no he estado en casa suspirando por él?

-Es dificil afirmarlo -respondió Jane.

Jenny sintió una mano sobre el brazo y se volvió.

-Durante media hora he tratado de hablar contigo, pero he tenido poca suerte -comentó Max, mientras ella zafaba su brazo en actitud de rechazo--. Tenemos que hablar, Jenny -exclamó, desesperado.

La chica movió la cabeza y le miró a los ojos.

-No, Max -dijo, muy seria, y a la vez sorprendida por lo tranquila que estaba-. No tenemos nada de qué hablar.

«Y era verdad», pensó Jenny. No había nada, no sentía nada después de todo, ni siquiera un leve remordimiento por algo que nc había podido ser. Solamente un maravilloso alivio, una enorme gra titud al destino que impidió ese matiimonio que estaba condenado al fracaso. Él le parecía un extraño, como si lo hubiera conocido hacía mucho tiempo.

-Jenny -suplicó él, angustiado-, tiene que haber algo de que hablar. Fui un tonto, perdóname, estoy arrepentido -su sinceridad era evidente-. Mira, realmente no podernos hablar aquí, pero dentro de una hora, o esta noche, podremos hacerlo. ¡Tengo que verte! -finalizó, desesperado.

-Max-exclamó Jenny, moviendo la cabeza-. Todo ha terminado -le recordó suavemente, apenada por la herida que le causara-, estoy contpronietida, Max. Nos casaremos el próximo fin de semana.

-No has perdido el tiempo, ¿verdad? -gritó-. No te dejaré, Jenny, no tan fácilmente. Iré a tu casa y hablaremos -repitió, furioso, mientras sus dedos se clavaban en el brazo de Jenny.

-No lo hagas, Max -le advirtió, sintiendo que la cólera empezaba a invadirla-. Por una parte será una visita inútil y por otra, tu -leber es permanecer al lado de tu madre. Además -añadió con firmeza-, yo estaré fuera.

No lo había planeado, pero en ese momento se le ocurrió ir con lane y su madre a visitar a Elvira 1lamilton.

-Entonces te llamaré mañana, después de comer, para ir a la

playa -insistió Max.

Jenny, desesperada, movió la cabeza buscando ansiosamente a su madre y a Jane. No le importaba si ellas estaban dispuestas a marcharse o no, pero ella lo haría inmediatamente.

En ese preciso momento Jane la cogió del brazo y la señora Meedith llegó junto a Max.

-¿Estás lista, Jenny? -preguntó la señora Meredith, tranquila.

Su serenidad se convirtió en enfado cuando miró a Max.

-Te veré mañana, Jenny -casi gritó Max.

-Me temo que eso no será posible, Max. Mis hijas y yo tendrenos un día muy ocupado revisando los últimos detalles para la boda de Jenny. Por el bien de tu madre, me alegro de que hayas regresalo a casa. Ahora es cuando más necesita a sus hijos -diciendo esto, cogió a Jane y a Jenny del brazo y juntas, se encaminaron hacia el coche

-¡Vamos! -exclamó, indignada, la señora Meredith cuando conducía hacia la casa-- ¡Me contuve con Max por respecto a su difunto padre, pero como se atreva a venir a casa, le diré unas cuantas cosas!

-Te aseguro que yo añadiré algo más -dijo Jane, desde el asiento posterior del coche-. ¿Quién se cree que es? -preguntó furiosa-, fue él el que te dejó plantada en el último momento, cree que todo lo puede arreglar diciendo: «Lo siento» ¡qué poca vergüenza!

-Recuerdo haberle comentado a Ethel el compromiso de Jenny, pero supongo que con la súbita muerte de Bert, lo olvidó. Es evidente que Max no había sido informado. ¡Oh, Jenny! Ahora me siento muy apenada por haber insistido en que asistieras al funeral.

La señora Meredith parecía tan acongojada que Jenny se inclinó a darle una palmadita de consuelo en los hombros.

-No te sientas mal. Tú no sabías lo que pasaría y de cualquier modo, yo estoy tranquila. Una vez superada la crisis que me provocó el rompimiento de mi compromiso con Max, me siento increíblemente aliviada y ahora que le he visto de nuevo, lo he confirmado -afirmó con sinceridad y añadió-: Y será lo mismo donde quiera que me lo encuentre, acompañada de Jack o no... no...

-Es una pena que Jack esté fuera --expresó Jane-. Si él huhiera estado aquí, Max no se habría atrevido a levantar la vista hacia ti y mucho menos a hablarte.

Jenny empezó a reír y Jane y la señora Meredith se le unieron.

Poco después, mientras se tomaban una taza de té, decidieron dónde pasar el día.

Elvira I-íamilton pareció encantada de recibirlas después de la cena. La señora Meredith telefoneó para avisarle de que irían un

rato. Como ocurría siempre en compañía de Elvira, el rato se convirtió en varias horas y regresaron a casa después de la medianoche, felices y cansadas, sin recordar más el asunto de Max.

Al día siguiente se levantaron tarde. Eran casi las diez cuando salieron de casa con algunos bocadilles camino a Mount Maunganui. No tardaron mucho tiempo en convencer a Jenny de que regresara a Auckland el lunes por la mañana, a pesar de la sospecha que tenía ella de que Jack la llamaría al apartamento esa noche. El estaba enterado de que Jane pasaría el fin de semana en Auckland, así que si llamaba y no contestaba nadie, seguramente pensaría que estarían de visita o en el cine.

Le esperaba un día de tranquilidad y Jenny decidió tomar el sol. Mont Maunganui era un gran albergue en la montaña. Desde la montaña y a través del puerto, se extendía la enorme plantación de pinos de la isla de Matakana.

De común acuerdo, eligieron un lugar soleado al lado del océano, con la vista hacia Omanu. La señora Meredith se sentó en una silla de playa, al amparo de una sombrilla, a leer tranquilamente una novela; mientras Jenny y Jane se tumbaban en sus toallas.

Era un hermoso día; el cielo azul se reflejaba en el océano y una ligera brisa llegaba de la espuma de las olas al romper contra las rocas, olas que después bañaban tranquilas la orilla del mar. El chillido de las gaviotas hacía el ambiente un poco melancólico.

Jenny cerró los ojos, apartándose del mundo que la rodeaba. La imagen de Jack llegó hasta ella con resultados desvastadores. Los oscuros y brillantes ojos de él parecían encenderse y casi pudo sentir sus sensuales labios y escuchar su profunda voz, que con una chispa de buen humor le decía: «Preciosa». Las caricias de sus manos parecían reales y todos esos pensamientos la inquietaron hasta el punto de no poder soportar más su ausencia. ¿Qué estaba haciendo él ese fin de semana? ¿Navegando por la bahía con las amigas, jugando al golf, o quizá él también estaba tomando el sol en alguna playa lejana? «Regresa pronto, Jack», pidió en silencio. «Te necesito».

-¿Crees que será posible -la voz de Jane llegó hasta ella-, que mamá y yo podamos quedarnos en tu apartamento unos días después de que te vayas con Jack el viernes?

Jenny se sentó y puso atención a Jane.

-Mamá y yo cogeremos el avión el viernes por la mañana y hemos pensado que como salgo para Australia unos días más tarde con Sue y Emma, quizá podríamos estar allí hasta el martes. Parece

ilógico regresar a `I'auranga el sábado para viajar el lunes o la mañana del martes. ¿Tú qué opinas, Jenny? -preguntó Jane.

-Creo que no habrá problema, el alquiler está pagado hasta que termine la semana, le diré a la agencia que el apartamento quedará libre un día después de tu partida a Australia -sugirió Jenny, mientras enrollaba su pelo en una toalla.

El sol empezaba a perder intensidad. Jenny se dirigió a su madre.

-¿Estarás mucho tiempo aquí, mamá? Me gustaría lavarme el pelo antes del té y disfrutar de una noche tranquila.

Jenny se levantó y empezó a reunir sus cosas, mientras Jane aprohaba el plan y la seguía para vestirse. 1 labía sido un maravilloso día en familia y Jenny sintió tristeza porque tal vez sería el último.

Cenaron huevos revueltos, pan tostado y café, mientras veían la televisión. El ruido de un coche, deteniéndose en la entrada, poco después de las siete, les causó sorpresa.

Jenny sintió que el corazón se le encogía al reconocer la voz de Max y mentalmente se preparó para recibirle. La señora Meredith la miró agitada y la chica supuso que Max había tenido que insistir para entrar.

-Hay algunas cosas que debo aclararte, Jenny -dijo Max pretenciosamente.

-Pensaba que había sido bastante clara ayer, que... -respondió la joven con cautela, pero él le cogió una mano y la interrumpió.

-Eso no cambia nada lo que tengo que decir, Jenny. Mira, ¿podemos ir a alguna parte donde estemos solos? -preguntó ansioso.

Jenny se negó con la cabeza, mientras Max arqueaba una ceja en dirección a la señora Meredith y a Jane.

-No, no podemos. Cualquier cosa que quieras decir, tendrá que ser aquí, Max. Yo estaré casada dentro de cinco días y nada de lo que digas modificará eso -dijo, mirándole a la cara.

-Creo que iré a revisar mi ropa para ir a trabajar mañana -conmentó Jane, mientras se dirigía hacia su habitación.

La señora Meredith dijo que tenía que escribir una carta a su hermana Magde.

-Jenny -suplicó Max, cuando estuvieron solos-. Te amo, no, por favor -suplicó, desesperado, cuando la chica insistió en su negativa-. Opté por irme y eso hizo que me dejaras de querer, pero pronto descubrí mi error, acababa de comprar el billete de regreso cuando recibí la noticia de la muerte de mi padre.

Se acercó a ella y colocó una de sus manos sobre su brazo; al ver

que la chica no hacía objeción alguna, intentó abrazarla.

Jenny se liberó de inmediato y le miró, pensativa.

-Max, no debiste haber venido, no quería herir tus sentimientos, pero tienes que entender que no te amo. Fuimos amigos, Max, amigos desde pequeños, gozamos de nuestra mutua compañía y eso de alguna manera se convirtió en afecto entre nosotros -ella deseaba que lo entendiera-. Eso no fue amor, Max. Quizá por un momento pensamos que lo era. Encontrarás algún día a la chica adecuada para ti.

Max miró a la mujer a la que él había jurado que conocía tan bien como a él mismo y, con lentitud, movió la cabeza, incrédulo.

-¿hablas en serio? ¿En realidad lo piensas así? ¿O lo estás diciendo porque te dejé?

El se dejó caer en el sofá, con las manos en la cabeza. -Jenny, Jenny -gimió, desesperado-. Te amo. No dejaré que te vayas.

Jenny le dio la espalda, intentando evitar aquella escena.

El silencio parecía que duraría para siempre. Ella se dominaba para no decir las palabras que sabía que herirían a Max. No le era fácil ser cruel, pero la animó el hecho de que él había herido sus sentimientos, prefiriendo tomar el camino más fácil para terminar su compromiso.

-No te amo, Max -repitió lentamente.

Él la miró, su ahatiminto era evidente mientras esperaba a que ella continuara.

-Si eres sincero contigo mismo, y conmigo, debes reconocer que tenías dudas sobre nuestro matrimonio, de otra manera, no te habrías ido en el último momento sin dar una explicación. Nunca tuviste el coraje suficiente para decírmelo a la cara, sólo enviaste una pequeña nota que sabías yo no recibiría hasta que tú estuvieras lejos.

Jenny hizo una pausa para echarse el pelo hacia atrás, sus ojos brillaban ansiosos, mientras le pedía que entendiera.

-Después, mi madre y yo cancelamos los preparativos de la boda. Guardé lo que pude de ropa y alquilé un apartamento en Auckland -poco a poco la calma llegaba a ella--. Lo último que buscaba era tener un romance con algún hombre y luché contra ello con todas mis fuerzas. No estaba dispuesta a confiar en nadie.

Jenny sonrió, pensativa. Las semanas anteriores pasaron ante sus ojos como en una rápida película.

-Lo siento, Max -dijo, con sinceridad.

El silencio se hacía cada vez mayor. Él no hizo ningún intento por hablar. La chica levantó una mano para que no lo hiciera. Los

ojos de Max brillaron al ver el magnífico anillo de Jack y su expresión se convirtió en un gesto de burla.

-Eso que llevas es una pieza cara de joyería. ¿Es millonario?

Jenny le miró, enfadada.

-No importa que sea millonario o no -replicó, furiosa, tratando de controlarse.

-¡No me vengas con eso!

Max se rió mientras la tomaba entre sus brazos. La boca masculina se volvió cruel y despiadada cuando sus labios no tuvieron respuesta. La actitud pasiva de ella fue más de lo que él podía aceptar y la apartó con un gesto de desprecio.

-Está bien, tú tienes tu punto de vista. Y no voy a felicitarte por tu futuro, porque no sería sincero -concluyó.

Dio un portazo y se marchó.

-Tenía que pasar -reconoció Jenny, con un gesto de cansancio, cuando entraron la señora Meredith y Jane-, ayer me di cuenta de que su orgullo estalla herido y que intentaría venme.

Agotada, se pasó una mano por el pelo y se dejó caer en una silla, sus ojos se nublaron de tristeza.

-Debí regresar a Auckland esta misma tarde -miró a su madre y en sus labios se esbozó una sonrisa-. ¿Qué tal una copa de jerez? ¡Creo que me estoy volviendo alcohólica! -Jenny lanzó una mirada pesarosa a Jane-. ¡No te preocupes, hermana, estoy bien, sólo trató de besarme y cuando contlprohó que era un error, pareció entender el mensaje y se fue!

-¡Gracias a Dios! ¡Por fin te has deshecho de él! -exclamó Jane, mientras sacaba la botella de jerez.

Después de abrirla, sirvió una generosa cantidad en las tres copas que la señora Meredith había puesto en la mesa.

El día en la playa y los efectos del jerez le produjeron sueño a Jenny.

-Me voy a la cama -se levantó de la silla, bostezando--. No os levantéis temprano, me iré sin despertaros. Os veré en el aeropuerto el viernes por la mañana. La tía Madge y el tío Dan llegarán al apartamento al mediodía. Creía habértelo dicho, mamá, recibí una carta de la tía Madge confirmando que ella y el tío asistirán a la boda -Jenhy sonrió a su madre y a Jane-. Buenas noches -añadió, tirándoles un beso.

Había sido un fin de semana lleno de sorpresas y Jenny se sintió feliz porque al día siguiente regresaría a Auckland, y eso la acercaría más al regreso de Jack.

CAPÍTULO 10

DESPUES de haber madrugado, el lunes parecía interminable y Jenny rogaba porque terminara ese día. Grant Ogilvie le dejó el dictáfono en el escritorio, para que empezara el trabajo en cuanto llegara.

Al mediodía ya se habían acumulado algunos documentos sobre su trabajo pendiente. Judy empezó a sentir las molestias de un resfriado y obtuvo permiso para tomar el día libre. 1-labía tanto trabajo que Jenny no tuvo tiempo para recordar los sucesos del fin de semana y solamente pensó en la posibilidad de que Jack la hubiera llamado. Entre esos breves pensamientos transcurrió el día y poco antes de las seis, Jenny tapó su máquina de escribir. Faltaban sólo tres días para que ella tapara su máquina por última vez.

Jenny salió del ascensor con la cabeza llena de ilusiones y anduvo calle abajo en dirección al aparcamiento. Jack había mencionado algunos lugares para la luna de miel, pero no había confirmado el sitio a donde iba a llevarla después de la ceremonia. Existían muchas cosas que deseaba saber, cosas que en realidad no habían comentado. No sabía si Jack seguiría conservando a la señora Lowry después de que ellos hubieran contraído matrimonio y tuvieran hijos, ¿compartiría él el deseo de Nina Benedict de darle como regalo un biznieto, si era posible, al año siguiente?

El tráfico a esas horas era pesado y Jenny llegó a su apartamento veinte minutos después de salir del aparcamiento. Su comida de ese día había consistido sólo en un Bocadillo y una taza de café, ¡por lo que se sentía terriblemente hambrienta!

Echó un vistazo al frigorífico, pero nada de lo que tenía le apetecía. Cogió el bolso y las llaves del coche, que estaban en la mesa De la cocina. Una enorme hamburguesa con patatas fritas era lo que deseaba. Parecía que varias personas habían tenido la misma idea, porque la tienda estaba llena de clientes que llevaban paquetes en las manos. Quince minutos después, la joven estaba de regreso con dos pequeños bultos.

El teléfono sonó cuando ella rasgaba el papel (le la bolsa que contenía la hamburguesa y fue corriendo a su habitación para contestar. El corazón le latía apresurado al suponer que se trataba de Jack. Su corazonada fue cierta, sintió una punzada en el pecho al oír la voz de él.

-¡Vaya, bienvenida, preciosa! -exclamó Jack cariñosamente-. ¿Qué tal el fin de semana?

Una pequeña voz dentro de ella la hizo reflexionar sobre lo quc

debería decir.

-Jane llegó el viernes para hacer algunas compras -empezó a decir, vacilante-, y Grant Ogilvie me dio la tarde libre porque había trabajado mucho el día anterior. Compramos muchas cosas. Después, Jane y yo fuimos a Tauranga el sábado por la mañana. El marido de la madre de uno de nuestros amigos murió y el funeral fue el sábado por la tarde. Ella... ella pensó que en tales circunstancias debíamos estar allí.

¡Oh, siempre hablaba demasiado y él haría preguntas! -¿Qué circunstancias Jenny?

Ella contestó lo mejor que pudo.

-Era... era el padre de Max.

-¿Y qué pasó, Jenny? -preguntó, cortés, y enseguida comentó, irónico—-: Te tiembla la voz.

-Hubo un pequeño problema -dijo con resignación, haciendo una pausa para coger una patata frita y darle un pequeño mordisco.

-Déjame adivinar -él tono de voz de Jack era seria-. Max fue a casa para asistir al funeral de su padre y descubrió que su exprometida se iba a casar con otro hombre -concluyó, con sequedad.

-Sí -asintió Jenny.

-¿Debo saber algo más? -interrogó.

Jenny sonrió.

-Jack Benedict, ¿estás celoso? ¡Parece increíble! ¡Puedes estar seguro de que la ovejita se convirtió en una furiosa leona!

-¿En serio, Jenny? -interrogó, divertida-, me hubiera gustado estar allí, seguramente estabas muy bella cuando se colorearon tus mejillas-bromeó.

-¿Cuándo estarás de regreso? -interrogó, ansiosa.

-Probablemente más pronto de lo que creía -respondió.

-Jack -expresó, emocionada-. Las rosas son muy bonitas, gracias.

-Es un placer, Jenny. Ya veré si me lo agradeces corno debes, a mi regreso.

Jenny logró evitar una réplica como contestación a la insinuación que había en sus palabras.

-Mi hamburguesa se está enfriando. Jack --le dijo----. Es una de esas enormes hamburguesas con queso.

-Guárdame una, Jenny. A esta distancia, ¿esperas que pueda competir con algo que requiere toda tu atención? -preguntó, irónico .-: Buenas noches, Jenny.

El resto de la noche la pasó haciendo algunas cosas y alrededor de las nueve, decidió darse una ducha. Se sentía feliz. Después del

baño, se tomaría una deliciosa taza ele café y vería un paco la televisión luego se iría a la cama.

Jack estaría de regreso el miércoles, pero a qué hora y en qué vuelo, no tenía la menor idea. Si él viajaba de día, ella estaría en la oficina y no podría verle hasta la noche.

No había mucho para escoger en la programación de la televisión, nada que realmente valiera la pena. Se sentó en un sillón y bebió a sorbos el café.

Pocos minutos después de las diez, se levantó y estiró los brazos. Las noticias de la televisión no lograban mantener su atención durante mucho tiempo y pensó en su cómoda cama. Había dado unos pasos para apagar el televisor cuando oyó que llamaban a la puerta. Un sudor momentáneo recorrió su cuerpo, miró hacia la puerta y oyó que volvían a llamar con más fuerza.

Se acercó a la puerta. No podía ser Jack, él se habría identificado de inmediato, a menos que hubira llamado desde el aeropuerto de Wellington, precisamente en el momento de coger el avión hacia Auckland, sería muy raro que pudiera estar allí, frente a la puerta.

-¿Quién es? -preguntó con miedo.

-Soy Max, Jenny. Déjame entrar -contestó con voz imperiosa.

¡Max! Pero, ¿qué hacía él en Auckland? Y lo que era peor, ¿cómo había descubierto la dirección de su apartamento?

-Es tarde, Max -respondió Jenny, malhumorada--. No sé lo que estás haciendo aquí, pero no te dejaré entrar-añadió inflexible.

-Me tienes que dejar entrar -dijo en voz baja-. He venido para que me perdones. Estuve aquí a las cinco y media, esperé más de una hora, pero como no llegaste, cogí un taxi que me llevó a un hotel. En mi habitación me di ánimo para regresar -llamó otra vez a la puerta-. He despedido al taxi, así que me tienes que dejar entrar.

¡Qué molesto era Max!, pensó, furiosa, Jenny. No había duda de que era peor que un borracho. Por el ruido que hacía, la calle entera se iba a enterar.

-¿Si llamo a un taxi me prometerás no armar más escándalo? -le preguntó Jenny con ansiedad.

-¡Por lo menos me dejarás entrar y esperar! -exclamó. -Solamente si me prometes no hacer más ruido -dijo, titubeante, todavía no estaba muy segura de dejarle pasar.

-¡Está bien, está bien! -exclamó Max, en voz baja.

Jenny abrió la puerta y él entró dando traspiés, mal vestido y oliendo a cerveza.

-Vengo a pedirte que me perdones -susurró, con los ojos

brillantes-. Perdóname por mi comportamiento de la otra noche.

Parpadeó varias veces y tambaleante, anduvo hasta un sillón en donde se dejó caer.

Jenny le miró con enfado, pensando que sería una pérdida de tiempo reprenderle o intentar razonar con él. Lo mejor sería llamar un taxi por teléfono lo más pronto posible.

El taxi tardaría diez minutos en llegar al apartamento. Jenny se lo dijo a Max, que apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. -Prepararé algo de café -le dijo Jenny.

Pensó que si se quedaba dormido, no podría echarle. Seguiría hablándole, si lo hacía, tal vez no se dormiría.

-¿En dónde estás hospedado, Max? -preguntó, mientras colocaba una taza y el azúcar en una bandeja-. Espero que te hayas registrado ya en un hotel, de otra manera te será difícil encontrar habitación a esta hora.

No recibió contestación y entonces se volvió. Max se había acomodado en el sofá y lo que era peor, ¡tenía cerrados los ojos!

-¡Max! -le llamó, desesperada-. ¡Max, por tu bien, despierta! ¡No te puedes dormir aquí! -corrió hacia él y empezó a zarandearle-. ¡Max!

La única respuesta eran sus ronquidos, acompañados por su pausada respiración.

-¡Max! -le gritó, pero no recibió contestación, no cabía duda de que estaba completamente dormido.

-¡Diablos! -exclamó enfadada.

La cafetera empezó a hervir y fue a la cocina para desconectarla. El café estaba preparado. Jenny lo llevó a la sala e intentó despertar a Max. Volvió a zarandearle, le gritó, pero todo fue inútil.

Sólo quedaba una cosa por hacer y Jenny fue a la cocina para llenar un vaso con agua fría, si eso no daba resultado, nada lograría despertarle.

En ese preciso momento se oyó el ruido de un coche y un segundo más tarde un discreto sonido, anunciando que el taxi había llegado.

Jenny dejó caer sobre Max el vaso de agua fría y corrió hasta la puerta.

-¡No se despierta! -exclamó, desesperada, ante el sorprendido chófer que estaba en el coche-. Mire, disculpe -quiso explicar con rapidez-. Mi exprometido ha llegado hace diez minutos. Hizo tanto ruido que tuve que dejarle pasar, pensé que si le preparaba café y llamaba un taxi... -Jenny hizo una pausa, ansiosa-. Debe haber bebido y ahora está dormido. ¡No consigo despertarle! -exclamó

desesperada, deseando con toda el alma que el chófer la ayudara-, por favor, ¿puede ayudarme a despertarle'? -pidió, suplicante, pero el chófer movió la cabeza en señal de desaprobación.

-¿Sabe dónde está hospedado?

-No, no he tenido tiempo de preguntárselo.

-Lo siento, señorita -dijo el cl ófer-, lo que usted necesita es a la policía. Ellos lo moverán por usted -le aseguró, amable-, y si no, déjele dormir donde está -sugirió, con una sonrisa irónica. Jenny le miró desesperanzada.

-¿No puede...?

-Mire, señorita -expresó, severo-. Yo solamente soy el conductor. No es parte de mi trabajo mover borrachos y de ninguna manera lo haría, ¿por quién me ha tomado? Si usted quiere llamo a la policía con mi radio y esperaré hasta que lleguen -le dijo, sin entusiasmo.

Jenny suspiró, se sentía poco dispuesta a mezclar a Max con la policía. Si por lo menos fuera un extraño, pero ella le conocía desde hacía mucho tiempo.

-Supongo que tendré que dejar que duerma la borrachera -dijo, insegura, y el chófer movió la cabeza de un lado a otro ante su decisión.

-Bien, señorita, como quiera -le dijo el chófer, mientras se alejaba por el camino.

Jenny entró en el apartamento y dio un portazo. Después, fue a ver a Max. De un vistazo a su reloj de pulsera se dio cuenta de que eran casi las once de la noche. De mal humor derramó el café en el fregadero y luego buscó una manta para tapar a Max. Una vez en su habitación decidió atrancar la puerta con un diván, no pensaba que Max fuera a intentar algo, sólo era una precaución que le permitiría dormir tranquila hasta el día siguiente.

Aún así, le pareció que había pasado una eternidad hasta que consiguió sumirse en un inquieto sueño, que fue interrumpido por el timbre del reloj. ¡Las siete y media! Hora de levantarse y... ¡Jenny vio el diván atravesado en la puerta y dio un salto en la cama! ¡Max! Trató de escuchar algún ruido en la sala, pero todo parecía tranquilo. Quizá estaba todavía dormido, pensó, mientras se deslizaba de la cama y se ponía la bata.

Él se encontraba exactamente como ella lo había dejado por la noche. Se bañaría y cuando estuviera lista para ir al trabajo, le despertaría; después, le ofrecería café y le echaría de allí.

La ducha la liberó un poco ele la tensión; fresca, limpia y con unos toques de talco perfumado, Jenny se sentía preparada para encarar la vida. Llevó hasta el baño su ropa y el maquillaje, para

arreglarse. El corazón le latió con fuerza ante el pensamiento de que Jack podría llegar en cualquier momento a Auckland. Seguramente esa tarde o quizá por la noche... si tan sólo tuviera unos minutos durante la mañana, llamaría al aeropuerto para enterarse de las llegadas de los vuelos procedentes de Wellington. Su maquillaje estaba completo, a excepción del lápiz de labios que se aplicaría después de que hubiera desayunado. Jenny salió del baño y se encontró a Max recorriendo, atolondrado, la cocina.

-Hola -dijo con timidez-. Perdón por todo esto -añadió levantando pesadamente una mano.

-Supongo que te lo pasaste en grande, ¿no? -preguntó Jenny.

Le miraba indignada. Puso la cafetera y cogió algunas rebanadas de pan para tostarlas.

-Debo haberme quedado dormido -dijo él, frunciendo el ceño, mientras trataba de recordar lo que había pasado.

-Lo hiciste -le aseguró Jenny.

-Gracias por permitir que me quedara -exclamó, agradecido.

-No tuve otro remedio, y no quise llamar a la policía. El chófer del taxi no quiso hacer nada por ti, evidentemente, despertar borrachos no es parte de su trabajo --dijo, molesta-. ¡Max, por Dios! ¿Cómo supiste mi dirección?

-¡Jenny, ten compasión de mí! -rogó-. Creo que la cabeza me va a explotar.

La chica puso una taza de café en la mesa y le indicó que se sentara.

-Mira -empezó a decirle con fastidio-, me porté como un tonto el fin de semana. Tú tienes razón. Me gusta Australia. Dentro de una semana o dos regresaré allí, cuando mi madre se reponga un poco de su pena.

Max se sentó y bebió un poco de café.

-Fue un infierno para mí saber que estabas comprometida con otro hombre, aunque quizá fue la muerte de mi padre lo que me descontroló. Reconozco que te hice sufrir con mi reacción y herí tu orgullo.

Max parecía realmente arrepentido.

-Te amo, Jenny. Quiero que lo sepas. Quizá fuiste mi chica ideal, pero en el momento inoportuno. De un momento a otro todo se me vino encima, pensé que tenía muchas cosas que hacer antes de establecerme. Quería disculparme contigo, tratar de explicarte -concluyó.

Jenny miró su reloj y se dio cuenta de que tenía sólo unos minutos para llegar a la oficina. Aceptó las disculpas.

-Max -dijo-, si tienes prisa, te puedo dejar en la ciudad -sugirió, revisando su aspecto-. No estás tan mal, aunque necesitas afeitarte.

-Mis cosas están en un hotel a pocos kilómetros de la autopista de Hauranga y... -se interrumpió de repente-. Ese tipo, con el que te vas a casar, ¿cómo es?

Jenny le miró sorprendida y dijo, curiosa:

-Alto, de pelo oscuro, fuerte -y, lentamente, preguntó-: ¿por qué?

-¿Tiene un Mercedes? -preguntó, con cautela. -Sí.

Jenny sintió que el estómago le daba un vuelco, la tensión empezaba a invadirla, aunque trataba de controlar su respiración.

-Max --le dijo, con una leve sospecha-. ¿Qué estás tratando de decir?

-Alguien llamó a la puerta mientras estabas en el baño. Eso fue lo que me despertó -se apresuró a explicar-, y al ver que tú no aparecías, me incorporé y abrí.

Jenny tragó saliva.

-¡Debe haber sido Jack! ¿No dijo nada? ¡Oh, Max! ¿Qué habrá pensado al encontrarte aquí? -preguntó, desesperada, mientras el color se le iba de la cara.

Max se encogió de hombros.

-¿Qué crees que habrá pensado, Jenny? Me lanzó una mirada inquisitiva, echó un vistazo a la sala y se fue. Dijo que se pondría en contacto contigo más tarde. Eso fue todo, te lo juro -le dijo, un poco apenado-, no estuvo aquí más de dos minutos.

Jenny le miró sin expresión empezaba a sentirse enferma. Nada razonable cruzó por su mente mientras miraba a Max. Todo lo que deseaba hacer era llegar a la oficina, allí podría llamar a Jack y explicárselo.

-Vamos a salir dentro de tres minutos, Max -dijo, con ansiedad-. Te dejaré en tu hotel.

Max hizo un gesto conciliador, volvió a encogerse de hombros y cruzó la habitación hacia el cuarto de baño. Jenny permaneció en la puerta, esperando pacientemente. En cuanto él salió, subieron al coche.

-Lo siento, Jenny, espero que seas feliz.

Max estrechó su mano al bajar del coche.

-Gracias, Max -susurró distraída, mientras él agitaba la mano en señal de despedida.

Apenas se daba cuenta del tráfico mientras circulaba rápidamente entre los demás coches. De manera inconsciente sus ojos buscaron el coche de Jack en cuanto entró en el aparcamiento. Su mirada se entristeció cuando no vio el coche.

Cogió el ascensor con un dilema, se debatía entre ir directamente al despacho de Jack o telefonearle desde la oficina. En el último momento, presa del pánico, salió del ascensor en el sexto piso, con la firme decisión de telefonearle.

A las nueve y media, Jenny marcó el número de Jack, con dedos temblorosos.

Una voz femenina le contestó.

-Por favor, ¿puedo hablar con el señor Renedict? -preguntó Jenny, desesperada, deseando con toda el alma que Jack se encontrara en su oficina.

-Lo siento -dijo la mujer-. El señor Benedict ha salido hace diez minutos y estará en la corte todo el día. ¿Desea dejar algún recado?

Jenny sintió un vuelco en el corazón. La leve esperanza que tenía de que no hubiera sido Jack el hombre que había llamado a su puerta esa mañana, había desaparecido. Después de todo, pensó, a punto de sufrir un ataque de histeria, ¿quién más podría haber sido?

-No, gracias, llamaré por la tarde -contestó Jenny, y colgó el teléfono. t

Más tarde, Grant le lanzó una penetrante mirada cuando, con aire distraído, ella le pidió que le repitiera la frase que acababa de dictarle, Jenny se levantó con brusquedad, era la segunda vez en diez minutos que tenía que pedir que le repitieran la frase. ¡Debía concentrarse!

De una forma o de otra, Jenny consiguió pasar la mañana, aunque cada vez que sonaba el teléfono no podía controlar el latir apresurado de su corazón. Ansiaba que Jack la llamara por teléfono. Con la esperanza de que él fuera a buscarla durante la hora de la comida, permaneció en la oficina... ¡los abogados de la corte tendrían que comer!

A media tarde, su poder de concentración había desaparecido totalmente, cometió tantos errores que tuvo que repetir el trabajo.

Resignada. Jenny cubrió su máquina de escribir unos minutos después de las cinco. Se sentía mal, si lograba conducir bien entre el tráfico de la ciudad, sería un milagro. Su ángel de la guarda debió cuidarla, porque estuvo dos veces a punto ele chocar. Al llegar a su calle y enfilar hacia su apartamento, buscó el coche de Jack, pero no lo encontró.

El solo pensar en comer era inconcebible. Tiró el bolso en el pasillo y se dejó caer en un sofá. Los pensamientos que le invadieron la cabeza durante todo el día la habían hundido totalmente. Las lágrimas inundaron sus ojos al pensar que Jack

podía haber llegado a falsas conclusiones al enterarse de que Max había pasado la noche en su apartamento. Que Jack quisiera romper su compromiso era más de lo que ella podría soportar y Jenny empezó a llorar al imaginar su vida sin él. Pasó mucho tiempo hasta que consiguió tranquilizarse un poco.

De repente, llamaron a la puerta, pero se sentía incapaz de moverse. Segundos más tarde la llamada se repitió, más fuerte esta vez. Jenny se levantó y se acercó a la puerta.

-Abre la puerta, Jenny -dijo Jack, en tono autoritario.

Con dedos temblorosos, cogió el picaporte, abrió la puerta y se quedó mirándole fijamente.

Jack la miró sorprendido, su cara cambió al darse cuenta ele la expresión acongojada de ella. Sin pronunciar palabra, entró y cerró la puerta. Le cogió la barbilla, la miró a los ojos y le dijo:

-Habla, Jenny.

Jenny parpadeó, no sabía qué decir.

-Pensé que habías venido esta... esta mañana -tartamudeó, su voz era casi un susurro. Max llegó aquí, al apartamento ayer por la noche. Había estado bebiendo y no paró de llamar a la puerta.

Se humedeció los labios y le miró a los ojos, había un vivo fulgor en ellos, algo que no podía definir.

-Le permití... le permití pasar y llamé un taxi, pero se quedó dormido en el sofá. No le pude despertar con nada y... el chófer del taxi no quiso llevárselo. Me dijo que debería llamar a la policía y si no, que le dejara dormir -no podía apartar sus ojos de él-. Cuando Max me dijo que habías estado aquí, por la mañana, yo...

Jenny se interrumpió, estaba temblando.

Jack le limpió las lágrimas y sonrió.

-Mi adorada Jenny -le dijo con ternura-. Necesité sólo un vistazo para ver que el necio de Max había pasado la noche en el sofá y que estaba sufriendo una resaca --hizo una pausa para darle un beso y añadió-: He estado en la corte todo el día, el único descanso que tuve fue para comer algo. Cuando terminó la sesión vine directamente a verte.

Para lograr que sonriera, cerró con su boca sus temblorosos labios, en un tieso que la dejó aturdida.

Jenny suspiró cuando él levantó la cabeza, la sonrisa que ella le prodigó reflejaba su íntimo resplandor. Sus ojos examinaron cada línea del rostro amado, buscaron su sensual boca y sintió que su corazón se detenía cuando vislumbró la pasión que había en los ojos de él.

....

-¿Lista, preciosa?

Jenny estaba charlando con su tía Madge y se volvió, sonriendo, para mirar a Jack.

-Sí -contestó, tomando su mano entre las suyas.

Era hora de partir hacia su corta luna de miel. Irían a un apartado lugar en el norte de Whangari.

Jenny sonrió al recordar los sucesos de los días anteriores. Todo empezó cuando fue a recibir a la señora Meredith y a Jane al aeropuerto. Después sus tíos llegaron al apartamento.

Después que la familia tomara una ligera comida, las cosas empezaron a suceder con rapidez. El tiempo era un factor importante. Tenía que luchar contra la burla mordaz c irónica de su tío Dan. ¡Cuatro mujeres bajo un mismo techo, todas tratando de vestir sus mejores galas para la boda, era más de lo que su pobre tío Dan podía soportar! ¡Parecía un milagro, después de todo, que hubiera llegado a tiempo a la oficina de registro!

Después de la solemne ceremonia, Jenny posó con Jack para que les hicieran unas fotos. Condujeron hasta la elegante casa de Nina Benedict en St. Heliers Bay, donde había una elegante recepción. Nina logró que estuvieran con ella más de una hora y media; luego los despidió con lágrimas en sus ojos azules.

En la casa de Jack. los dos se cambiaron la ropa de la boda por algo más cómodo, antes de reunirse con la señora Mcredith, Jane, la tía Madge y el tío Dan, para tomar un café en el salón.

-¿Me escribiréis en cuanto regreséis? -preguntó la señora Meredith, cuando Jenny la abrazó para despedirse.

-Harc algo mejor que eso -Jenny sonrió, mirándola con cariño----, Te telefonearé el miércoles por la noche y así me contarás la partida de Jane para Australia.

-Tened cuidado y que Dios os bendiga -les deseó su tía Madge.

Dan dio un beso a Jenny y un fuerte apretón de manos a Jack.

Sólo faltaba Jane. Las hermanas se abrazaron con cariño, sabían que quizá pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a verse.

Era un extraño sentimiento, de tristeza y felicidad. Jenny sintió que las lágrimas la traicionaban cuando el coche bajó por el camino y enfiló hacia la carretera principal.

Jenny se recostó en el cómodo asiento, sintiéndose relajada y maravillosamente tranquila. Debió haber dormido durante un rato, seguramente la excitación del día y los efectos del champán la hicieron su víctima. Despertó al detenerse el coche. Jack se inclinó para cogerle un mechón de pelo que se había escapado del elegante

peinado que Jane le había hecho algunas horas antes.

-mmm -murmuró, adormilada.

-Hemos llegado, Jenny -le dijo él, señalando hacia la bahía, el agua brillaba con la luz plateada de la luna-. Cuando me retiro de la civilización me vengo a este sitio.

Jenny sonrió, pensativa, mientras contemplaba el paisaje.

-Ahora sé a qué te referías cuando decías: «en alguna parte tranquila y lejos de aquí».

-Una jarra de vino, una barra de pan y tú -dijo Jack, al inclinarse para depositar un beso en sus dulces y entreabiertos labios.

Jenny sonrió traviesamente al ver sus oscuros y brillantes ojos.

-Espero que tengas allí una red para pescar -indicó, señalando la casa con un dedo-. Algún pez combinará muy bien con esa jarra de vino y la barra de pan, te permitiré que lo cocines -dijo ella, alegre, y se bajó del coche.

-¿En serio? -preguntó, burlón.

Jack salió del coche y se dirigió a la parte de atrás para sacar las maletas y llevarlas hasta la puerta de la casa.

Jenny comprobó segundos más tarde, cuando siguió a Jack hasta el interior, que la casa era sencilla y confortable.

-¿Y bien, Jenny? -preguntó Jack.

Ella se volvió para mirarle, la expresión de Jenny era compungida cuando levantó los ojos para encontrar su mirada.

-Te amo -dijo, deseando que la estrechara entre sus brazos.

Los oscuros ojos de Jack brillaron cuando los labios de ella se curvaron en una delicada sonrisa. En silencio, abrió los brazos, y Jenny corrió hacia él, pensando que sus fuertes brazos, alrededor de su cintura disiparían cualquier duda de la nec,sidad de él por ella.

-¿No te arrepientes, cariño? -le preguntó él.

-¡Nunca! -aseguró ella.

Él la levantó por los aires para llevarla a la habitación. Una vez en ella, la dejó suavemente en el suelo y empezó a desabrocharle la chaqueta.

-No podría soportar la vida sin ti, Jenny. ¡Que cl destino sea generoso con los dos y te mantenga siempre a mi lado! -exclamó, mirándola con cariño.

Jenny le rodeó el cuello con sus brazos y buscó sus labios.

-¡Ahora y siempre, mi adorado Jack! -susurró.